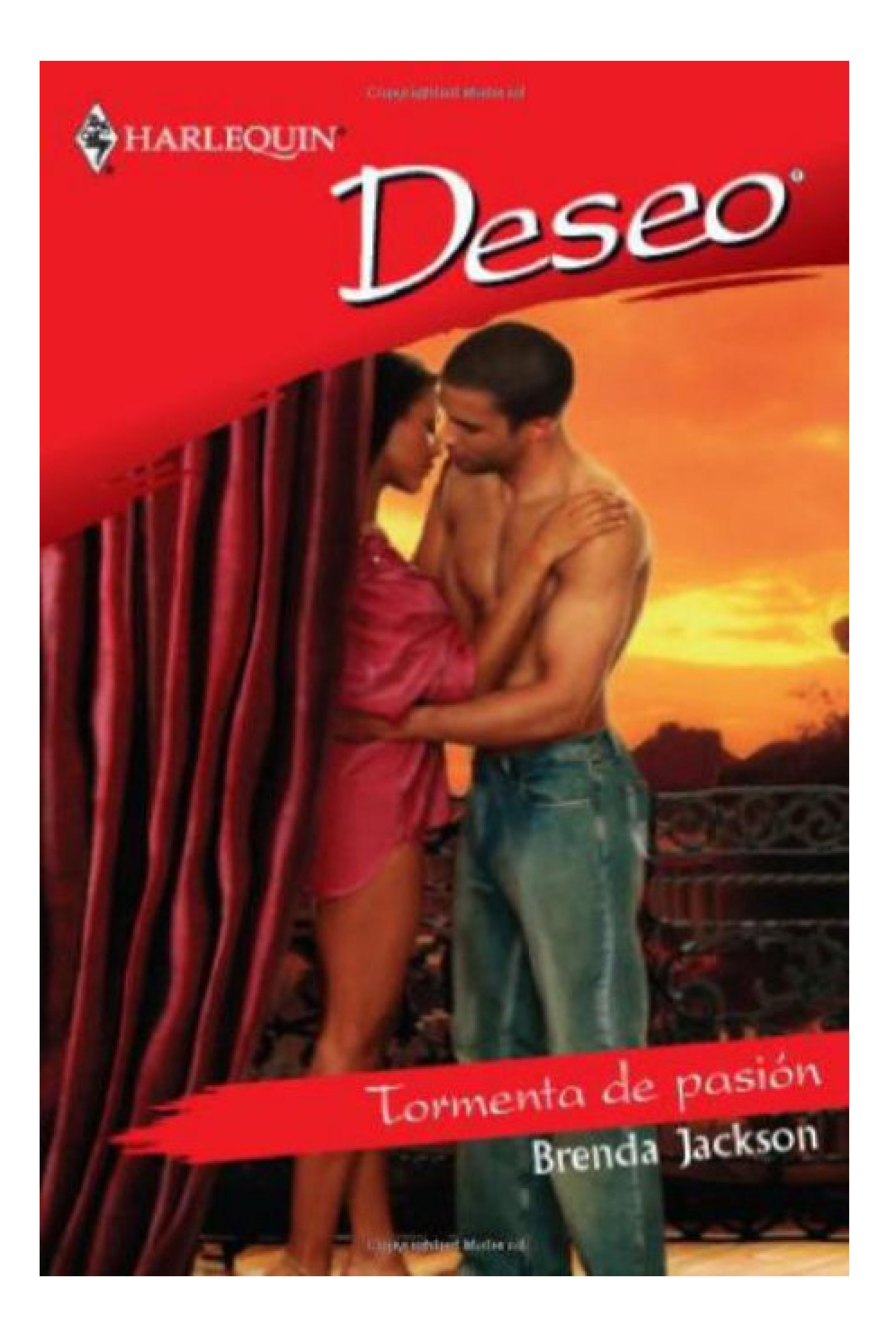

HARLEQUIN
Deseo
Tormenta de pasión
Brenda Jackson

Las mujeres lo consideraban perfecto… Podía llevarse a cualquiera a la cama con sus dulces palabras, y lo hacía a menudo. El bombero Storm Westmoreland había estado con muchas mujeres sin que ninguna dejara huella en él… hasta que un tórrido fin de semana con una sexy virgen hizo que el seductor Storm deseara algo más que la satisfacción física… Jayla Cole se encontraba en el ojo del huracán, incapaz de estar a la altura del atractivo Storm… o de soportar la tormenta emocional que él desencadenaba dentro de ella.

¿Se sentiría satisfecha con una relación meramente sexual… o seguía deseando formar su propia familia?

Brenda Jackson

Tormenta de pasión

Westmoreland - 5

CAPÍTULO 1

— ¿Jayla? ¿Qué estás haciendo en Nueva Orleáns?

Jayla Cole dejó escapar un grito ahogado por la sorpresa. Al darse la vuelta, su mirada se cruzó con la del hombre alto, moreno y peligrosamente guapo que tenía frente a ella en el vestíbulo del hotel Sheraton, en el hermoso Barrio Francés.

El hombre era Storm Westmoreland, de quien se decía que era capaz de dejar sin aliento a la mujer que llamara su atención. Según había oído, Storm era un experto en complacer a las féminas pero sin prometer nada. Las malas lenguas decían que tenía la increíble habilidad de hacer realidad las fantasías de una mujer, dejando un recuerdo para algunas indeleble.

También era el hombre que la había evitado de forma repetida durante los últimos diez años.

—Llegué a la ciudad hace un par de días para asistir a la Convención Internacional de Comunicación Empresarial —contestó Jayla tratando de no perderse en la profundidad de sus ojos oscuros, la sensual voluptuosidad de sus labios o el pequeño brillante que llevaba en la oreja derecha.

Por si fuera poco, tenía un tono de piel del color del chocolate con leche, el pelo muy corto y un par de hoyuelos de lo más sexy.

Llevaba puestos unos pantalones de pinzas de color caqui y una camisa que acentuaba su sólida constitución. Su torso seguía siendo tan amplio y su trasero tan prieto como recordaba. Estaba fenomenal con cualquier cosa que llevara.

—¿Y tú? —se decidió a preguntar a continuación—. ¿Qué estás haciendo en Nueva Orleáns?

—He venido a una reunión de la Asociación Internacional de Jefes

de Bomberos.

—Leí en el periódico lo de tu ascenso. Papá estaría orgulloso de ti, Storm.

—Gracias.

Jayla vio la expresión de tristeza reflejada en los ojos de Storm y comprendió el motivo. El tampoco había superado la muerte de su padre. De hecho, la última vez que había visto a Storm había sido en su funeral seis meses atrás. De vez en cuando la llamaba para preguntarle cómo estaba. Adam Cole había sido el primer jefe de Storm cuando entró en el cuerpo de bomberos con veinte años. El padre de Jayla siempre había querido a Storm como al hijo que nunca tuvo.

Jayla nunca olvidaría la primera vez que su padre lo había llevado a casa a cenar cuando ella tenía dieciséis años. Se había quedado profundamente impresionada con él. Se enamoró perdidamente de él a pesar de los seis años de edad que se llevaban. Por mucho que intentó que él se fijara en ella, nunca lo consiguió. Algunas veces llegó a ponerse realmente en ridículo pero, afortunadamente, él siempre rechazó sus avances con buenos modos.

Pero habían pasado diez años de aquello y la edad le permitía admitir algo que se había negado a admitir entonces. Aquel hombre no era su tipo y estaba totalmente fuera de su alcance.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —preguntó él irrumpiendo en sus pensamientos.

—Me quedo toda la semana. La conferencia ha terminado hoy pero me quedaré hasta el domingo para recorrer la ciudad. Hacía cinco años que no venía.

Storm sonrió y Jayla no pudo evitar sentirse nerviosa.

—Yo vine hace un par de años y lo pasé genial —dijo él.

Jayla no pudo evitar preguntarse si habría venido con una mujer o con sus hermanos. Todo aquél que hubiera vivido en Atlanta sabía quiénes eran los hermanos Westmoreland: Dare, Thorn, Stone, Chase y Storm. Su única hermana, Delaney, la menor de todos, los había dejado sorprendidos a todos al casarse con un jeque de un país en Oriente Medio dos años atrás.

—¿Y cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó Jayla.

—Mi reunión también ha terminado hoy y, como tú, también he decidido quedarme hasta el domingo para recorrer la ciudad y comer comida típica.

El tono que había empleado Storm había sido tan sexy que Jayla notaba el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Te apetece cenar conmigo esta noche? —preguntó Storm a continuación.

—¿Cómo dices? —preguntó Jayla no muy segura de haber oído bien.

—He dicho que si te apetece cenar conmigo esta noche —repitió Storm con una de sus abrumadoras sonrisas—. No te he visto desde el funeral de tu padre y aunque hemos hablado por teléfono de vez en cuando me gustaría sentarme y charlar contigo, saber cómo te va.

Jayla se estremeció. Las palabras de Storm le recordaron la promesa que éste le había hecho a su padre antes de morir: que si su pequeña Jayla necesitaba algo alguna vez, él estaría allí.

No le gustaba la idea de otro hombre dominante en su vida, especialmente uno que le recordaba tanto a su padre. La razón por la que Storm y Adam Cole habían hecho tan buenas migas era que se parecían mucho.

—Gracias por la invitación pero ya he hecho planes —mintió Jayla.

No pareció que el rechazo lo desconcertara. Se limitó a encogerse de hombros y mirar el reloj.

—Está bien, pero si cambias de idea, llámame. Estoy en la habitación 536.

—Gracias. Lo haré.

—Me ha gustado mucho verte de nuevo, Jayla, y si alguna vez necesitas algo, no dudes en llamarme.

Si realmente pensaba que lo llamaría es que no la conocía en absoluto. Puede que su padre lo quisiera como a un hijo, pero ella nunca lo había considerado un hermano. En su mente, Storm era el hombre que podía encenderla y durante los dos años anteriores a su marcha de Atlanta para ir a la universidad, había sido el hombre que había consumido sus pensamientos.

Cuando regresó a casa cuatro años después, lo había encontrado totalmente irresistible pero no tardó en darse cuenta de que él seguía sin hacerle caso.

—A mí también, Storm. Por si no nos vemos más antes de irnos, espero que tengas un buen viaje de vuelta a Atlanta —dijo Jayla confiando en que su tono fuera más alegre de cómo realmente se sentía.

—Lo mismo digo.

La sorprendió tomándole los dedos y apretándolos cariñosamente. No pudo evitar estremecerse. Su contacto había sido como una corriente eléctrica. No pudo evitar notar la fuerza de aquella mano y la forma en que la miraba desde la profundidad de sus ojos oscuros.

Recordó otro momento en que sus miradas también habían conectado. Había sido el año anterior cuando los hombres del parque de bomberos le habían dado una fiesta de cumpleaños sorpresa a su padre.

Recordaba que Storm estaba hablando con alguien cuando de pronto se giró y sus miradas se cruzaron como si fuera la primera vez que se veían. El episodio había sido breve pero sobrecogedor para ella de todas formas.

—Tu padre era un hombre muy especial, Jayla, y significaba mucho para mí —dijo Storm suavemente antes de soltarle la mano y retroceder un paso.

Jayla asintió tratando de no pensar en la reacción de su cuerpo ante la cercanía de Storm y tratando también de sujetar las lágrimas que siempre la asaltaban cuando recordaba que había perdido a su padre hacía poco por un cáncer de páncreas.

—Y tú también significabas mucho para él, Storm —dijo a pesar del nudo que tenía en la garganta—. Fuiste el hijo que nunca tuvo.

Vio cómo Storm inspiraba profundamente y se dio cuenta de que sus palabras le habían llegado muy dentro.

—Prométeme que si alguna vez necesitas algo me llamarás.

—Lo haré, Storm —dijo ella tras un suspiro, consciente de que le había vuelto a mentir.

Obviamente satisfecho con su respuesta, se dio la vuelta y se alejó. Ella lo observó, inmóvil, esforzándose por ignorar los desarrollados músculos que se adivinaban bajo la tela de la camisa y los pantalones. El último pensamiento antes de verlo entrar en el ascensor fue que ciertamente tenía un trasero precioso.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Storm apoyó la espalda en la pared mientras recapacitaba. Ver a Jayla había tenido un gran efecto en él. Recordó lo bonita que era cuando tenía dieciséis años pero con el tiempo se había convertido en la criatura más hermosa que había visto.

—Jayla —suspiró.

Nunca olvidaría cuando Adam lo invitó a cenar para celebrar el

regreso de Jayla a Atlanta. Nada le había hecho suponer que su reencuentro lo afectaría de tal manera. Entró en la casa y sintió como si le hubieran dado un fuerte golpe en el estómago, como si sus pulmones se hubieran vaciado repentinamente.

Jayla se había convertido en una mujer, muy hermosa y ciertamente deseable, y lo único que, había evitado que no la añadiera a su lista había sido el profundo respeto que sentía hacia su padre. Pero no había podido evitar que Jayla se colara, sin avisar, en sus sueños.

Volvió a suspirar. Jayla tenía unos preciosos ojos color miel, un pelo castaño reluciente con reflejos dorados y una piel del color del cacao cremoso. Pensó que la combinación era irresistible. No había podido olvidar tampoco el maravilloso cuerpo que se ocultaba bajo los pantalones cortos y la camiseta de tirantes, ni lo bien que olía. No había podido reconocer la fragancia, él que pensaba que las conocía todas.

La propia Jayla se estremeció cuando sus manos se tocaron al saludarse. El lo había sentido y la respuesta de ella a su contacto hizo que su cuerpo diera un respingo. Había tenido que esforzarse realmente para no dejar ver que aquello lo había impresionado.

Storm calculó que Jayla debía de tener veintiséis años pero toda su persona irradiaba un halo de inocencia que no había visto en ninguna otra mujer de su edad. Y era precisamente esa inocencia lo que más lo confundía. Pero había algo de lo que sí estaba seguro: por lo que a él concernía, Jayla seguía estando fuera de los límites para él.

Tal vez hubiera sido mejor que Jayla hubiera rechazado su invitación a cenar. Lo último que necesitaba era compartir una comida con ella. De hecho, estar cerca de ella era una invitación a los problemas teniendo en cuenta la atracción que sentía. Dejó escapar un pequeño gemido casi imperceptible y se dio cuenta de que lo único que había cambiado era que Adam ya no estaba para recordarle que Jayla era la única mujer que no podía tener.

—Maldita sea.

Pensar en Jayla lo llenaba de deseo. Storm se restregó una mano por la cara. Nada había cambiado. Aquella mujer seguía siendo una gran tentación para él. Definitivamente no era su tipo. A él le gustaba demasiado la libertad de amar que disfrutaba y no le importaba lo que los demás pudieran pensar. Sabía perfectamente que la razón por la que tenía una vida tranquila sin estrés era precisamente su activa vida

sexual. Sólo tenía que seguir siendo responsable y asegurarse de que sus encuentros sexuales no implicaban riesgos para su salud.

De nuevo pensó en Jayla. Recordó cuando dejó Atlanta para asistir a la universidad en el norte del país. Adam habría preferido que se quedara más cerca de casa pero finalmente había cedido y la había dejado ir. Adam lo había mantenido al corriente de sus avances en la universidad. Siempre se había mostrado orgulloso de ella y cuando Jayla se graduó con honores, Adam había invitado a sus hombres para celebrarlo. Habían pasado cuatro años de eso.

El ascensor se detuvo interrumpiendo los pensamientos de Storm y éste salió cuando las puertas se abrieron. Había llegado a la conclusión, por muy increíble que estuviera, de que la última mujer con la que desearía tener algún tipo de compromiso era Jayla Cole. Sin embargo, no pudo evitar pensar en el aspecto de ésta momentos antes en el vestíbulo. Increíble, sencillamente increíble...

A la mañana siguiente, Jayla estaba desayunando tranquilamente en el restaurante del hotel. Se reclinó en la silla y bebió su zumo de naranja con una vivaz sonrisa en el rostro. La llamada que había recibido momentos antes de salir de la habitación la había alegrado mucho.

Habían llamado de la clínica de fertilidad y le habían dicho que habían encontrado un donante de esperma con el perfil adecuado. Había muchas posibilidades de que pudieran empezar con los preparativos en menos de un mes.

Se sentía muy feliz al pensar en tener un bebé. Su madre había muerto cuando ella tenía sólo diez años y la muerte repentina de su padre unos meses atrás la hacían sentirse muy sola a veces.

Al principio, había pensado en los hombres con los que había salido en los últimos dos años pero todos dejaban mucho que desear, o bien eran demasiado dominantes o demasiado aburridos. Así que finalmente había decidido probar en una clínica de fertilidad. No pudo ocultar la sonrisa de felicidad. Estaba ansiosa por poder abrazar a su bebé. Un precioso bebé con la piel color chocolate, ojos oscuros, labios carnosos, unos bonitos hoyuelos y...

—Buenos días, Jayla. Parece que estás de muy buen humor esta mañana.

Jayla levantó la mirada y se encontró con los ojos de Storm. A pesar de haber decidido que no quería volver a verlo en lo que restaba de semana, no le molestaba volver a encontrarse con él en tan poco

tiempo. Estaba demasiado feliz con su vida para que nada ni nadie pudiera hacer que cambiara de opinión.

—Estoy de muy buen humor, Storm. Acabo de recibir una muy buena noticia —respondió ella sonriendo ampliamente. Notó la curiosidad en los ojos de Storm pero sabía que era demasiado educado para pedirle los detalles. Y ella no tenía la más mínima intención de compartir con él sus planes. Su decisión de embarcarse en la aventura de ser madre soltera era personal. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a Lisa, su mejor amiga.

—¿Te importa que me siente contigo?

—Claro que no. Siéntate —dijo ella sonriendo aún más.

Jayla lo observó mientras se sentaba y comprobó una vez más que su ropa se complementaba perfectamente con su forma de ser. Definitivamente, estaba estupendo vestido con vaqueros y una camiseta que decía: «Los bomberos están que arden».

—¿Qué estás desayunando? —preguntó él mirando el plato.

—Bufé. Y todo está delicioso.

—Creo que yo también lo probaré —dijo él asintiendo—. Vuelvo en un minuto.

Jayla lo observó mientras se dirigía a la mesa. No podía evitar mirarlo. Sabía que no podía sentirse culpable por su atracción hacia él. Además, no era la única, pensó al ver cómo lo miraban otras mujeres. Sin embargo, parecía que él estaba más interesado en llenar su plato que en la atención que su presencia provocaba.

Jayla pestañeó al darse cuenta, para su sorpresa, de que los rasgos de Storm eran idénticos a los que había requerido en la clínica cuando había rellenado el cuestionario. Si la clínica le había dicho la verdad y habían encontrado al donante que cumplía esos requisitos, su bebé sería idéntico a Storm.

Sacudió la cabeza sin poder creer lo que su subconsciente le estaba haciendo. Al pestañear otra vez por la sorpresa, se dio cuenta de que Storm la había pillado mirándolo y era él quien la miraba con una ceja levantada.

El corazón de Jayla empezó a latir desaforadamente mientras él cruzaba el restaurante hacia ella.

—¿Qué he hecho? —preguntó Storm sentándose—. Me estabas mirando como si fuera un extraterrestre.

—Nada —dijo ella esforzándose por sonreír—. No he podido evitar

ver toda la comida que estabas poniendo en tu plato.

Jayla dio un sorbo a su zumo de naranja. Se había encontrado con los hermanos de Storm hacía poco tiempo y recordaba que todos ellos estaban en una espléndida forma física. Si todos comían tanto, también tendrían que entrenar… mucho.

—Tus padres deben de haber gastado una verdadera fortuna en el supermercado —añadió.

—Así es, y mi madre no trabajaba fuera de casa cuando éramos pequeños, así que mi padre tenía que hacer todo el trabajo para traer la comida a casa. Pero nunca se quejó de las grandes cantidades de dinero que se gastaba en comida. Así es como quiero que sea en mi casa si alguna vez me caso.

—¿Qué? —dijo Jayla levantando una ceja.

—No quiero que mi mujer trabaje fuera de casa.

Jayla lo miró mientras dejaba el vaso en la mesa. Lo había oído más veces de gente que conocía a Storm. No era ningún secreto que cuando Storm Westmoreland se casara, buscaría una diva doméstica.

—Admiro y respeto profundamente a las mujeres que se quedan en casa a cuidar de sus hijos —dijo ella con toda sinceridad.

—¿De veras?

—Sí, criar a un hijo es un trabajo que requiere todo el tiempo.

—¿Y tú lo harías? ¿Te quedarías en casa? —preguntó él reclinándose sobre la silla mirándola.

—No.

—Pero acabas de decir que tú…

—Admiro a las mujeres que lo hacen, pero eso no significa necesariamente que yo lo hiciera. Creo que puedo tener una carrera laboral y ser madre a la vez —dijo ella interrumpiéndolo.

—No será fácil.

—Ser padre no es fácil, Storm, tanto si trabajas fuera de casa como si no. Lo más importante es que los hijos se sientan queridos y protegidos. Y ahora si me disculpas, voy a probar un poco de esa fruta.

Storm la observó mientras se dirigía a la mesa del bufé. Pensó en que la noche anterior había decidido mantenerse lejos de ella porque era una tentación. Al entrar en el restaurante había sentido su presencia mucho antes de verla y al echar un vistazo al salón la había visto sentada, sola, con una gran sonrisa en los labios, ajena a todo y a todos. No podía evitar preguntarse qué la habría puesto de tan buen

humor.

Bebió un sorbo de su café pensando que, fuera lo que fuera, obviamente ella no quería compartirlo. La miró mientras se servía la fruta en un tazón. Le gustaba la ropa que llevaba, un vestido de tirantes finos de color fucsia y sandalias planas. Tenía unas piernas fabulosas y el pelo le acariciaba los hombros. Era la viva imagen de la seducción y a la vez parecía cómoda con esa ropa tan adecuada para un cálido día de septiembre.

—La comida aquí es muy buena —dijo mientras se sentaba y probaba las frutas.

Storm levantó la cabeza y se quedó sin aliento cuando su mirada se posó en la boca entreabierta de Jayla que paladeaba un trozo de pina como si fuera la cosa más exquisita que hubiera probado nunca. La observó mientras ella masticaba lentamente. La situación le parecía fascinante al tiempo que excitante.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó al cabo.

La pregunta de Jayla lo trajo al presente y, dejando el tenedor en el plato, se reclinó sobre la silla sin dejar de mirarla a los ojos.

—Saldré a disfrutar de las vistas. Le he preguntado al recepcionista y me ha aconsejado hacer el tour Gray Line.

—A mí me ha dicho lo mismo. ¿Quieres que lo hagamos juntos? —dijo Jayla sonriendo.

Por muy inocente que pudiera parecer la sugerencia, Storm habría preferido que no se lo hubiera dicho con esas palabras «hacerlo juntos». El se estaba imaginando un escenario totalmente diferente y le estaba costando mucho concentrarse.

—¿Estás segura de que no te importa que te acompañe? —preguntó él mirándola a los ojos. Aunque no las recibía a menudo, reconocía unas calabazas en cuanto las veía y la noche anterior Jayla se las había dado cuando él la invitó a cenar.

—No, me encantaría que me acompañaras. Se preguntó qué la habría hecho cambiar de idea. Evidentemente, las noticias que había recibido habían tenido un gran efecto en ella.

—¿Qué dices entonces, Señor Bombero? ¿Salimos a quemar las calles?

Quemar las sábanas estaba más en la línea de lo que a él le apetecía hacer con ella pero se recordó quién era aquella mujer y que estaba fuera de sus posibilidades.

—Claro. Será divertido —dijo él—. «Siempre que no vayamos a más».

—Eso es exactamente lo que necesito, Storm —dijo ella riéndose de una forma muy sexy—. Pasar un día verdaderamente divertido.

Storm la miró un momento y de pronto comprendió. Los últimos seis meses debían de haber sido duros para ella. Jayla y su padre habían tenido siempre una relación muy estrecha.

Storm notó que el instinto de protección lo invadía. Él le había prometido a Adam que siempre cuidaría de ella. Además, si alguien podía enseñarle cómo divertirse, ése era él. Había pasado los últimos años tratando de evitarla precisamente por la atracción que sentía hacia ella y en ese momento se daba cuenta de que, por haber estado tan ocupado haciéndolo, se había perdido a la verdadera mujer. Tal vez fuera hora de rectificar y empezar a construir una relación aunque sólo fuera de amistad.

Pasarlo bien con una mujer sin sexo de por medio sería una aventura nueva para él pero estaba deseando probar. Como no era probable que ninguno de los dos pensara seriamente en tener algo con el otro no veía nada malo en bajar la guardia un poco y pasarlo bien con ella.

—Entonces nos divertiremos, Jayla Cole —dijo con total sinceridad —. ¿Y quién sabe? Puede que te sorprendas y lo pases tan bien que no vuelvas a pensar en ser tan seria.

CAPÍTULO 2

Un latigazo de excitación recorrió a Jayla cuando el autobús turístico hizo una nueva parada. Esta vez se trataba de subir a bordo del Natchez para hacer un crucero por el Mississippi. Se trataba de una réplica de uno de los barcos de vapor que cruzaban antaño el inmenso río. Jayla permaneció junto a la barandilla desde donde observaba la magnificencia del río. Era muy consciente, sin embargo, de la presencia masculina que la acompañaba. Durante el viaje en el barco, Storm no había dejado de divertirla contándole curiosos detalles de los barcos fluviales.

Jayla lo observaba con detenimiento, la cabeza inclinada, sus ojos ocultos tras las gafas de sol. Le gustaba mirarlo tanto como escucharlo. De fondo, una suave melodía de jazz flotaba en el aire y el sonido del barco atravesando las aguas era realmente relajante para Jayla.

—¿Por qué sabes tanto de barcos fluviales? —preguntó Jayla cuando Storm guardó silencio un momento. Vio cómo los labios de Storm se curvaban en una sonrisa y Jayla sintió que los nervios se le agarraban al estómago.

—Por mi primo Ian —replicó él retirándole a Jayla un mechón de pelo de la cara—. Hace unos años, decidió comprar con ayuda de algunos inversores amigos suyos un precioso barco fluvial con capacidad para cuatrocientos pasajeros.

—Vaya. ¿Y qué viajes hace?

Storm se apoyó en la barandilla y se metió los manos en los bolsillos de los pantalones cortos.

—El barco de Ian, el Delta Princess, sale de Memphis y recorre durante diez días el Mississippi haciendo escala en Nueva Orleáns, Baton Rouge, Vicksbourg y Natchez. Es un crucero de primera clase y

la comida es excelente. Al principio, el negocio tardó en arrancar, pero ahora hacen reservas con un año de antelación.

De nuevo el silencio y Jayla volvió a mirar hacia el río. Las aguas corrían pacíficamente al contrario que los sentimientos que bullían en su interior. Storm había mantenido su palabra. Estaba pasando el mejor día desde hacía mucho tiempo. Él mostraba una actitud divertida que la invadía a ella también. Era agradable reír de buena gana y se alegraba de poder hacerlo con él.

Intentó recordar la última vez que se había reído así con un hombre y cayó en la cuenta de que había sido con su padre. Incluso al final, cuando sabía que el dolor le atravesaba el cuerpo, su padre encontraba la energía para gastar bromas. Suspiró ligeramente. Lo echaba mucho de menos. Cuando era adolescente, se había mostrado muy rebelde porque su padre era muy estricto con ella. Y fue al regresar de la universidad cuando empezó a fraguarse entre ellos una especial relación padre—hija.

—¿Y qué planes tienes para después?

La pregunta de Storm irrumpió en sus pensamientos.

—¿Mis planes para después?

—Sí. Ayer, te invité a cenar y rechazaste mi invitación diciendo que ya tenías planes. Hoy, espero haberme adelantado.

Jayla suspiró. Pasar el día con Storm estaba siendo divertido, justo lo que necesitaba pero no era necesario pasar con él la noche también. Lo único que tenían en común era que los dos querían y respetaban al padre de Jayla. Puede que eso fuera lo único que llegaran a compartir, pero pasar más tiempo con Storm no haría sino despertar antiguos sentimientos de la atracción que siempre había sentido por él.

Se quitó las gafas y lo miró a los ojos pero inmediatamente deseó no haberlo hecho. Sus ojos eran oscuros, tanto que apenas se distinguían las pupilas. El vuelco que sintió en las entrañas fue tan inesperado que se quedó sin aliento.

—Me preguntaba cuándo dejarías de esconderte detrás de esas gafas —continuó Storm quitándoselas de las manos al ver que Jayla iba a ponérselas de nuevo—. No me importa que me mires —añadió sonriendo con aire fanfarrón.

Jayla no pudo evitar sonrojarse violentamente ni tampoco sonreír.

—Supongo que después de tantas veces ya te resultará pesado, ¿no?

—¿Qué? —dijo él alzando una ceja.

—Que las mujeres te miren constantemente.

—En realidad no —dijo él sonriendo—. Normalmente yo también lo hago así que para cuando deciden si les intereso o no yo también sé si estoy interesado en ellas o no.

—Qué arrogante —dijo Jayla sonriendo al tiempo que recuperaba sus gafas y se ocultaba tras la pantalla oscura.

—Yo lo veo más como un ahorro de tiempo —dijo simplemente—. Supongo que podrías decir que descarto a aquéllas que no pasan el corte.

Jayla suspiró profundamente y luchó por no seguir preguntando aunque la curiosidad pudo más que ella.

—¿Y yo he pasado el corte?

Por un momento pensó que Storm no iba a responder pero entonces se inclinó hacia delante, le quitó las gafas y la miró a los ojos.

—Con mucho, Jayla Cole. Soy un hombre de sangre caliente y mentiría si te dijera que no te encuentro atractiva pero, por otro lado, tengo que respetar quien eres.

—¿La hija de Adam?

—Sí.

Jayla apretó los dientes totalmente frustrada. Dudaba mucho que Storm supiera el dolor que había sentido al verse rechazada por él por ser hija de quien era. Parte de ella había logrado superar el rechazo hacía años, pero por otra parte, seguía enfureciéndola.

Vio cómo Storm consultaba la hora como queriendo decir que la conversación había terminado.

—No me has dicho si tienes planes para después —continuó Storm.

Jayla estiró el brazo para recuperar sus gafas pero entonces cambió de opinión. Decidió que quería divertirse un rato con él. Se acercó más y lo tomó de la solapa de la camisa.

—¿Por qué, Storm? ¿Qué tienes en mente para después? —preguntó con su tono más sugerente.

—Cenar —contestó él tras estudiar con ojo crítico sus rasgos.

—¿Cenar? ¿Eso es todo? —dijo ella apretándose más contra él. Storm echó un vistazo a su alrededor. Sólo había unas cuantas personas. Después la miró a ella.

—Eso es todo, sí. A menos que...

—¿A menos qué?

—A menos que quieras que te tire al río para que te enfríes.

Jayla pestañeó sorprendida. Storm no sonreía y la miraba con gesto serio.

—¿Crees que necesito enfriarme, Storm?

Storm volvió a sonreír aunque le costó.

—Creo que tienes que comportarte, mocosa —dijo él pellizcándole la nariz.

Ella frunció el ceño. Eran las mismas palabras que le había dicho diez años atrás cuando trató de insinuársele. Sabía que tanto la primera vez como en ese momento, Storm tenía razón pero le molestaba que siguiera utilizando a su padre como excusa para no acercarse a ella. Una parte de ella sabía que era ridículo sentirse molesta, especialmente cuando debería estar agradecida teniendo en cuenta la reputación de Storm de acostarse con las mujeres y decirles adiós a la mañana siguiente.

Sus proezas de donjuán eran legendarias. Y aun así, una parte de ella odiaba sentir que se negara a verla como una mujer. Ya no era una niña y era capaz de decidir por sí misma con quien quería tener una relación. Además, en poco tiempo se convertiría en una mujer con la gran responsabilidad de criar sola a un bebé.

—¿Qué me dices de la cena, Jayla?

Jayla sabía que debería dejarlo estar pero parte de ella no lo tenía tan claro.

—Lo pensaré.

Y sin decir nada más le quitó las gafas y se alejó de él.

Storm sacudió la cabeza mientras observaba a Jayla que se alejaba por la cubierta. Había tenido mucho valor para preguntarle si pasaba el corte, como si no hubiera sentido las chispas que habían saltado entre ellos el día anterior y esa misma mañana. Afortunadamente para él, aquélla era una atracción que podía controlar pero tenía que admitir que cuando había fingido insinuársele unos momentos antes había estado a punto de perder el control.

Recordaba cuando era una adolescente. En aquellos años, Adam la había descrito como una jovencita vivaz, cabezota e independiente. Parecía que no había cambiado demasiado.

Storm la observó mientras se movía entre las mesas en las que se había servido un generoso bufé de comida y tuvo que reconsiderar su relación con ella. Muchas cosas de Jayla habían cambiado mucho. No recordaba la última vez que una mujer había llamado tanto su

atención. Seguro que Jayla no podía ni imaginar lo cerca que había estado de besarla un momento antes cuando había acercado su cuerpo al de él. Storm había mirado fijamente sus labios y le habían parecido tan suaves que había deseado averiguar él mismo cuanto.

Storm suspiró. Su plan no iba más allá del juego pero su cuerpo no se había recuperado de los efectos. Sin embargo, tenía que atenerse a lo que su deber le marcaba aunque ella no supiera lo que era ni cuánto le costaba.

¿Por qué no podía quitarle los ojos de encima? ¿Acaso no había decidido que estaba fuera de sus límites? Retiró la vista y trató de concentrarse en la belleza del río. Era un precioso día de septiembre y tenía que admitir que lo estaba pasando muy bien con Jayla. Tenía la habilidad de hacerle desear verla sonreír, oírla reír. Podía asegurar que disfrutaba con ella más de lo que había disfrutado con una mujer en mucho tiempo.

Se preguntaba si saldría con alguien. Recordó que Adam mencionó una vez que era demasiado selecta con los hombres y que nunca encontraría al hombre perfecto que cumpliera todos los requisitos. Aquella conversación había tenido lugar años antes y Storm no podía evitar preguntarse si su actitud habría cambiado. Algo o alguien la había hecho sonreír esa misma mañana. Lo único que había dicho era que había recibido una buena noticia que no había querido compartir con él. Se preguntaba si tendría algo que ver con un hombre.

—Storm, ¿quieres comer algo?

El sonido de su voz llamó su atención y Storm la miró. El tono de sus ojos parecía arrastrarlo hacia ella y no quiso ni pensar en su boca, en la que se desplegaba una enorme sonrisa. Parecía que ya no estaba molesta. Al no responder, Jayla volvió a preguntar.

—¿Quieres o no?

Luchó contra el deseo de decirle que sí, que estaba hambriento pero no de comida. Se limitó a acercarse a la mesa y tomar el plato que le ofrecía.

—Sí. Gracias.

—De nada. Deberías probar esto. Está buenísimo —dijo ella metiéndose una bola de queso en la boca. Storm se quedó sin aliento. La miró mientras masticaba. Pensar en besarla no era lo más adecuado. Tenía que concentrarse en compartir una relación platónica con ella y nada más.

—Muchas de estas, y no habrá un después.

—¿Cómo dices? —preguntó Storm.

—He dicho que muchas de éstas y no será necesario cenar después. Están deliciosas.

Su primer impulso fue decirle que, para él, la comida era como el sexo, nunca se cansaba. Pero decidió que sería mejor no decirle nada. Tras llenar sus platos, subieron a la cubierta superior donde habían colocado las mesas.

Se sentaron en una junto a la barandilla. Storm se fijó en la mata de pelo de Jayla que flotaba con la brisa y volvió a admirar su belleza. Mientras él se concentraba en ella, Jayla se concentraba en la comida. La mayoría de la gente que visitaba Nueva Orleáns disfrutaba mucho con las excelencias culinarias.

En vez de concentrarse en su plato, Storm estaba obsesionado con una pregunta. Cuando se dio cuenta de que no iba a poder comer nada hasta que recibiera una respuesta, decidió preguntarle.

—¿Sales con alguien, Jayla?

—No, he decidido dejar ese asunto —dijo ella mirándolo.

—¿Por qué? —preguntó él frunciendo el ceño. Su respuesta no era la que había esperado.

—Porque hay demasiados hombre como tú —dijo ella reclinándose sobre la silla.

—¿Y cómo soy yo? —preguntó él inclinándose hacia delante.

—El tipo de usar y tirar.

Storm no podía decir nada porque era cierto. Pero aun así, oírselo decir a ella no le gustó.

—No todos los hombres son como yo. Estoy seguro de que habrá hombres dispuestos a comprometerse.

—No me digas. ¿Conoces a alguno? —dijo ella ladeando la cabeza y sonriendo.

Storm frunció el ceño aún más. Jamás le presentaría a ninguno de sus amigos. A la mayoría de ellos sólo les interesaba jugar, como a él, y su único hermano soltero tenía demasiado trabajo en el restaurante para permitirse una relación. Pensó entonces en sus primos pero tampoco servía. Si estaba fuera de los límites para él también lo estaba para lodos aquellos conocidos suyos.

—No. No te puedo recomendar a nadie. ¿Dónde has buscado?

—Últimamente en ningún sitio porque, como te he dicho, no me

interesa. Pero cuando sí me interesaba lo intenté en todas partes, bares, citas a ciegas, incluso en Internet.

—¿En Internet? —dijo Storm quedándose con la boca abierta.

—Sí, y tengo que admitir que llegué a pensar que había encontrado a alguien —dijo ella sonriendo ante el gesto de sorpresa de él—. Hasta que lo conocí en persona. Tenía por lo menos quince años más que la foto que me había enviado, y aunque sólo tenía dos manos parecía que tuviera doce. Casi tuve que atizarle varias veces por tratar de tocarme en ciertas partes que no debía.

Las manos le temblaban de rabia a Storm imaginándosela en semejante situación. No en vano Adam le había pedido que velara por ella. Se recriminaba por no haberlo hecho mejor. Podía creer que a cualquier hombre le gustaría acariciarla porque era una verdadera tentación pero querer tocarla y hacerlo eran dos cosas muy diferentes.

—No vuelvas a hacer algo así —la riñó Storm.

—Vaya, Storm, si no te conociera diría que pareces celoso —dijo ella con una sonrisa juguetona. Pero Storm no estaba de humor para juegos.

—Celoso. Lo único que intento es cuidar de ti. ¿Qué pasaría si un tipo te pusiera en una situación de la que no pudieras escapar?

—¡Por todos los santos! Dame el beneficio del sentido común, Storm. Quedamos en un sitio público y...

—¿Te tocó en un sitio público? —la interrumpió él.

—Estábamos bailando —respondió ella.

—Espero que aprendieras la lección.

—Así es. Pero no fue lo único que aprendí de los hombres.

—¿Y qué es? —preguntó Storm alzando una ceja.

—La mayoría son demasiado controladores, algo que definitivamente no necesito después de haber tenido a Adam Cole como padre. No empecé a salir con chicos hasta los diecisiete años y nunca me dejaba quedarme a dormir en casa de mis amigas.

—No tiene nada de malo que tu padre tratara de protegerte, Jayla —dijo Storm frunciendo el ceño—. Estoy seguro de que no le resultó fácil criar él solo a una hija, especialmente a una tan desafiante y cabezota como he oído que eras tú.

—Lo que sea. Querías saber las razones por las que han dejado de interesarme los hombres y te las he contado. Supongo que pensé que no merecía la pena. Dan demasiados problemas.

Jayla lo miraba con sus grandes ojos, una expresión a la vez seria y muy sexy en ellos. Storm sacudió la cabeza. A decir verdad, él había pensado muchas veces lo mismo de las mujeres pero nunca se le había pasado por la cabeza dejar de relacionarse con ellas.

—No creo que debas borrar a todos los hombres de tu cabeza.

La banda de jazz comenzó a tocar de nuevo y la conversación terminó. Mientras ella parecía concentrada en la música, Storm se reclinó en la silla y la observó. Preocuparse por la hija de su mentor significaba que era un buen amigo y no un pretendiente celoso. Nunca le había importado tanto una mujer como para hacerle sentir celos y Jayla Cole no iba a ser la excepción, ¿o sí?

Definitivamente, haberse encontrado con Storm en Nueva Orleáns había sido inesperado. Decidió disfrutar de ello mientras durara. Hasta el momento, estaban pasando un día muy divertido.. al menos la mayor parte del tiempo. La otra parte había estado demasiado ocupada en luchar contra la atracción que sentía hacia él. El no era diferente de los otros hombres con los que había salido, hasta podía ser que fuera incluso peor, pero eso no evitaba los latigazos de electricidad que sentía en su interior cada vez que la miraba. Parte de ella no podía evitar preguntarse si sería cierto todo lo que se decía de él.

—El barco regresa a puerto, Jayla.

El tono que había empleado, ronco y apenas audible, irrumpió en sus pensamientos.

—Hemos regresado antes de lo pensaba —se limitó a decir tratando de no mostrar la decepción.

—Hemos estado recorriendo el Mississippi durante más de tres horas —dijo él sonriendo de nuevo—. ¿No crees que es hora de regresar?

Jayla se encogió de hombros preguntándose si Storm ya se habría aburrido de ella. Sin decir nada, se levantó y empezó a recoger los restos de la comida. Storm alargó el brazo y la detuvo. Jayla alzó la vista y sus miradas se cruzaron,

—Yo no soy uno de esos hombres que espera que la mujer recoja siempre.

Jayla abrió la boca pero las palabras se negaron a salir. Sus manos seguían juntas y pudo sentir que una riada de calor la inundaba. Cerró la boca para evitar el gemido. Con el ceño fruncido, dejó escapar la respiración y se desembarazó de él antes de continuar con lo que estaba

haciendo.

—No creo que esto sea ese caso, Storm. Es una costumbre. Cuando papá y yo comíamos juntos, yo siempre limpiaba la mesa después. Teníamos un trato. El cocinaba y yo limpiaba.

—¿De verdad? —preguntó él con una sonrisa—. ¿Y por qué? ¿Tú no cocinas?

Jayla lo miró y ver los hoyuelos que se le habían formado en las mejillas la hicieron estremecer de una forma que escapaba a su comprensión. Pensó que no sería así si no fuera virgen.

—Sí, sé cocinar —respondió—. A papá le encantaba hacerlo. Pensaba que para disfrutar la comida había que prepararla. No podía soportar los platos preparados que yo metía en el microondas.

Storm se rió mientras la ayudaba a recoger todo lo de la mesa.

—Entiendo a tu padre porque a mí también me gusta la comida casera.

—¿Cocinas todos los días para ti solo? —preguntó Jayla mientras se acercaba a la papelera.

—No. Como tengo turnos de veinticuatro o cuarenta y ocho horas libres, como en el parque cuando trabajo y en Chase's Place cuando libro. Es el restaurante de mi hermano.

Jayla asintió. Recordaba que el hermano gemelo de Storm, Chase, tenía un restaurante en el centro de Atlanta. Era una local muy popular. Había ido varias veces y siempre había comido muy bien. Echó un vistazo al reloj.

—Creo que me echaré una siesta cuando volvamos al hotel.

—Pues yo no. Quedan muchas cosas por ver. Creo que iré al club que hay en la calle Bourbon. He oído que tienen un buen espectáculo.

Jayla levantó una ceja. Sabía exactamente el tipo de espectáculo al que se refería porque un grupo de compañeros suyos había ido. Era un club de striptease. Frunció el ceño preguntándose por qué disfrutaría tanto Storm viendo mujeres desnudas. ¿Por qué los hombres no se daban cuenta de que había algo más debajo de las ropas de una mujer?

—Pásalo bien —dijo con más brusquedad de lo que había pretendido.

—Créeme. Lo haré.

Y ella sabía que lo decía en serio.

CAPÍTULO 3

Storm estaba un poco asqueado pero cuando miró a su primo Ian vio que él lo estaba pasando realmente bien. Ian le había llamado la noche anterior y le había dicho que el Delta Príncess iba a hacer escala en Nueva Orleáns y le había sugerido quedar para tomar algo en el club.

—¿Qué te pasa, Storm?

—Me aburro —contestó él con toda sinceridad. Ian levantó una ceja.

—¿Cómo puedes estar aburrido viendo cómo unas mujeres se quitan la ropa?

—Siempre es igual —contestó él encogiéndose de hombros.

—Bueno, sí, eso espero —dijo Ian con una sonrisa.

Storm no pudo evitar devolverle la sonrisa. Ian y él eran primos y se habían criado juntos. Tenían la misma edad y ambos apreciaban la belleza del sexo opuesto. A Storm no le sorprendía que Ian encontrara extraña su falta de interés en las mujeres del espectáculo.

—Vale, ¿quién es ella?

—¿Quién es quién? —preguntó Storm confundido.

—La mujer que ha arruinado tu interés por las demás mujeres.

Storm frunció el ceño y miró a Ian.

—¿De dónde has sacado esa idea? Nadie ha arruinado mi interés por las mujeres.

—Y yo digo que mientes —contestó Ian mirándolo fijamente.

Storm dejó escapar un suspiro de frustración. Ian tenía suerte de que no le diera un puñetazo pero ése era el estilo de su hermano Thorn, conocido por su fuerte temperamento. Al menos, así había sido hasta que se casó. Tara había conseguido aquietar su genio y la última vez que lo había visto se había comportado con verdadera suavidad. El

matrimonio había hecho feliz a Thorn, y también a sus otros dos hermanos Dare y Stone. A Storm le parecía asqueroso. Y se preguntaba por qué sus hermanos estarían siempre tan sonrientes.

—No puedo creer que te hayas quedado ahí sentado tan tranquilo mientras te llamo mentiroso, así que debe de ser verdad —dijo Ian dando un sorbo de cerveza.

—No me apetece darte un puñetazo, Ian, así que déjalo —dijo él mirando hacia arriba. No quería que su primo viera que tenía razón. Jayla había arruinado su interés por las demás mujeres y no podía comprender el motivo. No había intimado con ella y nunca lo había intentado. Pero aun así, no podía disfrutar con las mujeres que se contoneaban delante de él medio desnudas mientras que imaginar a Jayla quitándose la ropa lo hacía sudar.

—¿Otra cerveza, primo?

Miró a Ian. Lo que de verdad quería era regresar al hotel y llamar a Jayla para ver qué estaba haciendo.

—No, paso. ¿Cuándo regresas a Atlanta?

Ian se reclinó en la silla y sonrió.

—En unas semanas. Le prometí a Tara que estaría en la ciudad para esa fiesta benéfica que está preparando. ¿Por qué?

—Te llamaré entonces —dijo Storm levantándose y dejando un par de billetes en la mesa—. Les diré al tío James y a la tía Sarah que estás bien.

Ian asintió.

—Y por favor, si mamá te pregunta si me viste con una mujer, dile que sí. Desde que tus hermanos se han casado no deja de mirarnos con cara rara.

Storm se rió. Su madre había empezado a mirarlo a él y a Chase con cara rara también. Echó un vistazo a la sala antes de mirar de nuevo a Ian.

—Supongo que puedo decírselo sin sentirme culpable de mentir porque este lugar está lleno de mujeres. No diré nada de que la mujer con la que estabas no llevaba ropa.

—Te lo agradezco —dijo Ian riéndose. Storm se dio la vuelta.

—¿Storm?

—¿Sí? —dijo él girándose.

—Sé que es algo temporal, pero sea quien sea espero que merezca la pena para hacerte pasar por esto.

Storm frunció el ceño, abrió la boca para decirle a su primo que ninguna mujer le estaba haciendo pasar mal rato pero cambió de opinión y salió del club.

Jayla oyó el teléfono justo cuando estaba terminando de secarse y se puso el albornoz del hotel. Salió del cuarto de baño y levantó el teléfono al cuarto toque.

—¿Sí?

—¿Qué tal ha ido tu siesta?

Jayla frunció el ceño. Lo último que necesitaba saber Storm era que no había sido capaz de dormir porque no podía dejar de imaginárselo rodeado de mujeres desnudas.

—Estupenda —mintió—. ¿Qué tal el espectáculo? —preguntó ella deseando no haberlo hecho.

—Interesante.

Jayla frunció aún más el ceño. Una parte de ella quería colgar pero era demasiado orgullosa. Además, se tenía en alta estima y pensaba que estaba bastante bien, con o sin ropa.

—Llamo para saber si estás libre más tarde.

—¿Para cenar quieres decir? —preguntó ella.

—Sí.

En su actual estado, Storm era la última persona a la que deseaba ver. Estuvo a punto de sugerirle que se lo pidiera a alguna de las «señoritas» del club pero se lo pensó finalmente porque era muy capaz de hacerlo.

—Creo que no. No tengo mucha hambre.

—Pues yo sí. ¿Qué te parece hacerme compañía?

—¿Que te haga compañía?

—Sí. Me lo paso muy bien contigo.

Jayla se dejó caer encima de la cama sintiéndose ridículamente complacida por su admisión. Aunque sabía que no debería creer mucho sus palabras, en ese momento se sintió confiada.

—Bueno, pero espero que sepas que mi compañía te va a costar cara —dijo finalmente.

—¿En qué sentido?

Acarició con un dedo la madera de la mesilla de noche.

—No quiero cenar algo pesado, pero me muero por un trozo de tarta de queso y fresa de K-Paul's.

—¿K-Paul's? He oído hablar de ese sitio pero nunca he estado. Me

fiaré de ti.

—Créeme. No te decepcionará.

—¿Cuánto tiempo tardarás en arreglarte?

—Acabo de salir de la ducha así que no tardaré mucho en ponerme algo.

Casi pasaron cuarenta y cinco minutos antes de que Jayla apareciera en el vestíbulo del hotel. Pero cuando salió del ascensor, Storm supo que había merecido la pena la espera. Se puso tenso mientras la observaba acercarse. Estaba absolutamente increíble.

Cuando le dijo por teléfono que acababa de salir de la ducha, Storm se había dado cuenta de que se estaba metiendo en problemas. No le había costado imaginársela desnuda, algo que le pareció mucho más excitante que cualquier espectáculo de striptease.

El sentido común le decía que se parara a pensar y recordara quién era aquella mujer. Pero a medida que se acercaba a él, el sentido común fue disminuyendo. Permaneció prácticamente inmóvil observándola, cautivado, mientras el deseo lo invadía poco a poco.

Llevaba un vestido corto y ceñido que marcaba sus deliciosas curvas dejando la vista unas espléndidas piernas. Se fijó en ellas particularmente. Apenas había podido dejar de mirarlas durante todo el tour de la mañana y parecía que esa noche iba a pasar lo mismo. Deseaba que aquellas piernas lo abrazaran.

Inspiró profundamente y se esforzó por no pensar en ello. Tanto si le gustaba como si no se sentía irremediablemente atraído hacia Jayla Cole.

—Perdona por haberte hecho esperar —dijo Jayla deteniéndose delante de él.

—Ha merecido la pena. ¿Nos vamos?

—Sí.

Tomaron un taxi hasta el restaurante y al llegar se alegraron de haber hecho la reserva desde el hotel porque el sitio estaba atestado.

—Huele delicioso —le susurró a Jayla mientras el camarero los conducía a la mesa.

—Todo es delicioso aquí —dijo ella sonriendo. «Incluida tú». Se preguntaba cómo estaba tan seguro de ello si nunca la había probado. El camarero les entregó la carta.

—Para mí sólo café. Pediré postre después —dijo ella devolviéndole la carta.

—¿Qué me recomiendas?

—Te recomendaría el pato con gambas del chef —dijo ella tras pasarse la lengua por el labio inferior—. Lo tomé la última vez que estuve aquí y estaba delicioso.

—Entonces eso —dijo Storm devolviéndole la carta al camarero—, y una botella de agua con gas.

—Gran elección, señor —dijo el camarero antes de marcharse.

—¿Entonces vuelves al trabajo el lunes? —dijo Storm reclinándose en la silla.

—No. Oficialmente tengo días libres hasta el lunes de la semana siguiente. Ese martes tengo cita con la doctora Tara Westmoreland. ¿Es familia tuya?

—Sí. Es mi cuñada —dijo Storm con una sonrisa—. Se casó con mi hermano Thorn hace unos meses. ¿Por qué tienes cita con ella? Es pediatra y tú no tienes hijos.

«Todavía».

—La visito por cuestiones de trabajo. De hecho, hemos quedado para comer. La empresa para la que trabajo, Industrias Sala, quiere ganar la concesión del catering la noche en que se presenta el calendario elaborado con fines benéficos para recaudar fondos para Mundo Infantil y la doctora Westmoreland está en el comité. Será un evento importante y esperamos que asistan miles de personas.

—Creo que la fiesta es el mes que viene —dijo cuando el camarero regresó con las bebidas.

—Sí, la segunda semana de octubre y creo que tu hermano Thorn es Mr. Julio.

—Así es —Storm no podía olvidar cómo Tara le había encomendado la desagradable tarea de convencerlo para posar. No había sido fácil pero al final todo había salido bien y Thorn había descubierto que amaba a Tara y habían acabado casándose. Mundo Infantil era una fundación que conseguía que niños enfermos terminales pudieran ver cumplido un sueño. Para ello, organizaba todo tipo de eventos benéficos con el fin de recaudar el dinero necesario.

—Creo que el calendario ha quedado muy bien y se van a vender muchos ejemplares —dijo Jayla sonriendo interrumpiendo sus pensamientos—. Cuéntame algo de tu familia.

—¿Por qué? —preguntó él levantando una ceja.

—Porque yo fui hija única y siempre que mencionas a tus hermanos

o a tus primos, veo que estáis todos muy unidos. Yo me sentía sola por no tener hermanos y he tomado la decisión de que quiero tener una gran familia.

—¿Muy grande? —preguntó él riéndose.

—Al menos dos, posiblemente tres, tal vez cuatro.

Storm asintió. El también quería tener muchos hijos.

—La familia Westmoreland es grande y todos estamos muy unidos. Todo empezó con mis abuelos que tuvieron tres hijos, uno de ellos mi padre. Mis padres tuvieron seis hijos, todos chicos hasta que llegó Delaney. Daré es el mayor, luego están Thorn, Stone, Chase y yo. Como sabes, Chase y yo somos gemelos. El gemelo de mi padre es James y él también tuvo seis hijos con su mujer Sarah, todos chicos: Jared, Spencer, Durango, Ian, Quade y Reggie. El hermano pequeño de mi padre, el tío Corey, nunca se casó y por eso todos suponían que no tendría hijos pero hace unos meses nos dio la sorpresa.

Jayla dejó la taza en la mesa mirándolo con curiosidad.

—¿De veras?

—Sus hijos, que nunca supieron que él era su padre, igual que él no sabía que ellos eran sus hijos, contrataron a un investigador para que lo siguiera. El tío Corey era un guarda forestal jubilado de Montana y allí lo encontraron.

Jayla se mostraba fascinada con la historia que Storm estaba compartiendo con ella.

—¿Pero cómo es que nunca supo que tenía hijos?

—Parece que una antigua novia supo que estaba embarazada después de haber roto con él y nunca se molestó en decírselo. Sin que lo supiera mi tío Corey, la mujer dio a luz trillizos.

—¿Trillizos?

—Sí. Los embarazos múltiples son habituales en nuestra familia: Chase y yo; Ian y Quade o mi padre y el tío James.

—Y la novia de tu tío tuvo trillizos? —repitió ella tratando de absorber la información.

—Sí, los primeros de la familia Westmoreland. Parece ser que la madre les dijo que su padre había muerto antes de que ellos nacieran y sólo les dijo la verdad en el lecho de muerte. Aunque nunca se casaron, ella se mudó a Texas y tomó el apellido de la familia así que los hijos nacieron llamándose Westmoreland.

—¿Entonces tu tío tiene tres hijos y no lo sabía?

—Sí. Dos hijos y una hija —dijo él riéndose—. Y todos pensando que Delaney era la única chica de la familia en dos generaciones. El mes pasado, el tío Corey nos sorprendió diciéndonos que se casaba.

Dejaron la conversación cuando llegó el camarero con la cena. Storm sorprendió a Jayla al darle un tenedor.

—Aquí hay demasiado para mí solo. Compártelo conmigo.

Jayla miró el plato. Realmente estaba colmado de comida y tenía un aspecto magnífico.

—Mmm. Tal vez acepte un par de bocados —dijo ella tomando el tenedor.

—Sírvete.

Y así lo hizo. Formaban una estampa muy íntima, juntos a la mesa compartiendo la comida. Se relamió los labios cuando hubieron terminado.

—Ahora tendrás que ayudarme con la tarta —dijo ella.

—Creo que podré con ello.

Sintió como si le acariciaran el estómago al oír sus palabras. Jayla no tenía ninguna duda de que Storm Westmoreland podía con cualquier cosa. Y así fue. Acabaron con la tarta en un abrir y cerrar de ojos.

Storm miró la hora tras pagar la cuenta.

—Es temprano aún. ¿Te apetece ir a bailar? Las palabras danzaron en la mente de Jayla. Sabía que lo más inteligente sería decirle que no pero, por alguna razón, no quería ser inteligente.

No quería pensar. Estaba en compañía de un hombre guapísimo y no tenía prisa por separarse de él.

—Me encantaría ir a bailar contigo, Storm.

El club que les había recomendado un camarero del restaurante era pequeño, oscuro y estaba abarrotado. Storm y Jayla encontraron milagrosamente una mesa libre dentro del Café Basil, muy popular en el Barrio Francés.

Storm dudaba mucho que cupieran en la pista de baile pero estaba decidido a no irse de allí sin haber tenido a Jayla entre sus brazos, su cuerpo pegado al de ella. La miró pero apenas si adivinaba sus rasgos a la tenue luz del local. Adivinaba que estaba balanceándose al compás de la música de jazz en directo y, mientras la miraba, Storm tuvo que esforzarse mucho para controlar los sentimientos que pugnaban en su interior.

Había estado con muchas mujeres en su vida. Nunca les había prometido nada más que un buen rato en la cama. No le interesaba satisfacer las necesidades emocionales de aquellas mujeres, sólo las físicas. Pero había algo en Jayla que lo atraía. La atracción era definitivamente sexual pero había algo emocional también.

En ese momento, la canción que estaba sonando dejó de hacerlo para dar comienzo a una nueva melodía. Varias parejas regresaron a sus asientos y la pista se despejó.

—Nuestro turno —le dijo a Jayla levantándose y extendiendo la mano hacia ella.

Jayla sonrió y tomó su mano. Storm sintió como si una fuerza le estrangulara la boca del estómago pero trató de ignorarlo. Inspiró profundamente y después expulsó el aire lentamente mientras Jayla amoldaba su cuerpo al de él.

—Me gusta tenerte en mis brazos —susurró Storm al oído de Jayla y lo decía con toda sinceridad.

—¿De veras? —preguntó ella separándose ligeramente de él para poder mirarlo a los ojos.

—Así es.

Jayla sonrió y Storm pensó que era la sonrisa más hermosa que había visto en su vida y le gustó que la hubiera provocado él. Se fijó entonces en sus labios. Tan sólo sería necesario acercarse un poquito más y...

—Hueles muy bien, Storm.

—Gracias, pero no deberías decirme esas cosas.

—¿Por qué no? Si tú puedes decirme que te gusta tenerme en tus brazos no veo por qué no puedo decir yo que hueles bien.

Storm la sujetaba por la cintura, muy cerca de su cuerpo y ella le rodeaba el cuello con los brazos. La balada era lenta y sus cuerpos apenas se movían. Sabía que Jayla era consciente de lo excitado que estaba. La atrajo hacia su cuerpo con más ímpetu. Quería que viera cómo se sentía con ella entre sus brazos y Jayla respondió apoyando la cabeza en su pecho.

Entonces, la música cesó y dejaron de bailar pero Storm no quería soltarla.

Jayla alzó la vista y miró a Storm a los ojos. La mirada que había en ellos era puro fuego sexual.

—Debería tratar de luchar contra esto —dijo Storm esperando que

ella comprendiera.

—No lo hagas —dijo ella con suavidad comprendiendo perfectamente.

—No estás facilitándome las cosas, Jayla —gimió muy cerca de su oído.

—¿Por qué debería? —dijo ella entornando los ojos.

Storm la miró largo tiempo y finalmente miró en derredor. Parecían ser el centro de atención.

—Pero tú mereces algo más que...

—¿Una aventura de una noche? ¿Y no crees que debería ser yo la que lo decidiera, Storm? Tengo veintiséis años. Soy una mujer independiente, no una niña, y ya es hora de que te des cuenta.

—Acabo de hacerlo —contestó él y sin pensarlo más, la tomó de la mano y la sacó del club.

—¿Adonde vamos? —preguntó Jayla tratando de seguir las largas zancadas de Storm mientras éste intentaba parar un taxi.

—¡Al hotel!

Storm lanzó una maldición. Todos los que pasaban estaban ocupados. Echó un vistazo al otro lado de la calle y vio un coche de caballos aparcado.

—Vamos —dijo tirando de Jayla. Cruzaron la calle y se acercaron al conductor que sujetaba las riendas de los animales.

—¿Podría usted llevarnos al hotel Sheraton? —preguntó Storm casi sin aliento.

—Cobro por hora —dijo el hombre.

—De acuerdo pero llévenos rápido.

El conductor asintió haciéndole ver que comprendía. Storm abrió la portezuela. Cuando Jayla levantó una pierna para subir al carruaje, Storm la levantó en brazos y la colocó dentro, entrando él a continuación.

En el momento en que el coche de caballos empezó a andar, una expectación y un deseo sexual como nunca antes había sentido, lo invadieron. Ya se preocuparía por las consecuencias de sus actos al día siguiente.

—Ven aquí, Jayla —dijo Storm que apenas si la veía en el interior poco iluminado del carruaje.

Ella lo miró antes de acercarse. El le tomó el cuello con una mano y la atrajo hacia sí, se inclinó y tomó con fiereza los labios que había

estado deseando besar desde hacía diez años. Notó cómo Jayla se estremecía cuando sus lenguas se unieron. Storm se tomó su tiempo en saborear lo que ella le ofrecía tratando de apaciguar un deseo que parecía inagotable. Su sabor era como una droga. Se deleitó con cada pequeño gemido de Jayla disfrutando con la sensación de verse correspondido.

El beso se fue haciendo más profundo y Jayla correspondía todo el tiempo. Parecía como si hubiera despertado un hambre voraz que hacía tiempo no había sido satisfecho. Dieron un brinco cuando el coche se detuvo y se separaron. Storm miró por la ventana y vio que habían llegado al hotel. ¿Cambiaría Jayla de opinión o terminarían lo que habían empezado?

Consciente de que la decisión era de ella, se inclinó y le dio un beso en los labios.

—¿Qué quieres hacer, Jayla? —le susurró al oído con la esperanza de que quisiera lo mismo que él.

Jayla sonrió. A continuación, extendiendo una mano, le acarició el pecho y después descendió hasta su cintura y más allá, hasta su miembro excitado.

—Quiero que me hagas el amor, Storm —susurró mirándolo a los ojos.

CAPÍTULO 4

Storm acarició la mejilla de Jayla con el dorso de la mano momentos antes de imprimir un beso en sus labios. Era justo lo que quería escuchar.

Distintas emociones entraron en conflicto en su interior. Una parte de él le decía que se apartara, incapaz de olvidar que era la hija de Adam, pero otra parte admitía que Jayla tenía razón. Ya era mayor para tomar sus propias decisiones. Incluso Adam había estado de acuerdo con eso antes de morir.

Renuente a separarse de ella, rompió el beso y tomó aire profundamente. Jayla lo miraba con ojos de deseo y Storm sintió de repente una fuerte necesidad de darle todo lo que deseaba.

Sin decir nada, le tomó la mano. Juntos, salieron del coche de caballos y entraron en el hotel. Recorrieron lo que parecía un trayecto interminable hasta el ascensor y Storm sólo podía pensar en todo lo que iba a hacerle cuando estuvieran a solas.

—¿Mi habitación o la tuya? —preguntó mientras se abrían las puertas del ascensor.

—La que esté más cerca —contestó ella sin disimular el deseo que ardía en sus ojos.

—La tuya entonces.

Entraron en el ascensor y cuando las puertas se cerraron, Storm se apoyó en una pared. Estaban solos y tuvo que apretar las manos para no tomarla en brazos y devorar aquella deliciosa boca. La situación se tensó aún más cuando Jayla se pasó, nerviosa, la lengua por el labio superior.

—Te deseo tanto —dijo Storm Finalmente sintiendo el embriagador perfume de Jayla.

—Y yo a ti, Storm.

Aquella afirmación no facilitaba las cosas.

Cuando el ascensor se detuvo, lo único que deseaba era tomarla en brazos pero, tomando aire profundamente, sujetó la puerta para que saliera. De la mano, recorrieron en silencio el pasillo. El deseo lo iba cercando más y más. Tuvo que admitir que nunca antes había sentido nada parecido por una mujer.

Cuando llegaron a la habitación de Jayla, Storm se apoyó en la pared mientras ella abría la puerta. Entró ella primero y él tras ella, cerrando la puerta a continuación. Jayla encendió una luz tenue y se dio la vuelta para mirarlo.

Durante un momento, no dijeron nada. Finalmente, Storm se acercó y la tomó entre sus brazos. Su mente le decía que se lo tomara con calma pero en el momento que la tocó, una llama de deseo lo incendió y se olvidó de todo. Lo único que quería era levantarle aquel diminuto vestido y sentir su calor femenino.

Sus brazos se cernieron sobre el cuerpo de ella mientras devoraba con ansia su boca y sentía el roce de los pechos femeninos contra su cuerpo. Su lengua jugueteaba con la de ella mientras sus manos exploraban las sugerentes formas de Jayla. Storm dejó escapar un gemido de placer. Momentos después, rompió el beso, a pesar de estar rozando la locura por el deseo que sentía hacia ella.

—¿Estás segura? —preguntó de nuevo con el fin de asegurarse de que Jayla sabía en lo que se estaba embarcando.

—Totalmente —dijo ella ciñendo su cuerpo al de él.

—Eso espero —dijo él y sus labios tomaron con ferocidad los de ella. Sintió que un estremecimiento sacudía a Jayla y no hizo sino aumentar el deseo en él.

Storm levantó la cabeza ligeramente y de un golpe le quitó el vestido. Jayla quedó de pie ante él vestida con una pequeña combinación de raso negro. Era la imagen de la pura tentación. Se sintió trasportado por su embriagador perfume y en ese momento fue consciente de que lo que estaba a punto de compartir con Jayla no iba a ser simplemente «una aventura de una noche». Durante un breve segundo, el pensamiento le preocupó pero como todo había sido muy diferente para él esa noche, decidió no pensar en ello. Ya se ocuparía de sus confusos sentimientos a la mañana siguiente.

Volvió a besarla mientras la tomaba en brazos y la llevaba a la

cama. La colocó en el centro y él se situó a su lado, incapaz de esperar ni un minuto más a quitarle la combinación y poner sus manos sobre su cuerpo.

Inspiró profundamente mientras contemplaba con devoción su cuerpo desnudo. Invadido por el deseo de saborearlo, se inclinó y comenzó a trazar un húmedo camino desde su cuello. Descendió entonces hasta sus pechos y se detuvo a paladear sus pezones duros.

Notó que, una vez más, Jayla se estremecía a su contacto y dejaba escapar un suave gemido. Deseaba más y se lo estaba diciendo. Empezó a acariciarle entonces el vientre plano descendiendo hasta el corazón de su feminidad. Con manos expertas, empezó a manipularlo sintiendo cómo se iba poniendo más y más húmedo.

Jayla sintió que se quedaba sin aliento. Había luz en la habitación pero no era capaz de ver nada, sólo podía sentir, y eran cosas que nunca antes había sentido. Los dedos de Storm la estaban enloqueciendo y sentir cómo le lamía los pezones al tiempo era una absoluta tortura. Notaba el cuerpo encendido mientras un deseo ciego lo recorría.

—No puedo esperar más —le oyó decir mientras se retiraba.

Jayla lo vio ponerse en pie y quitarse la camisa casi arrancando los botones en el proceso. A continuación se quitó los pantalones y los calzoncillos de una vez. Ella lo miraba mientras sacaba con un rápido movimiento un condón y se lo colocaba.

Jayla miró con asombro el tamaño de aquel pene erecto y, antes de que pudiera decirle que era virgen, Storm estaba de vuelta junto a ella en la cama, besándola y se abandonó de nuevo al deseo, un deseo que sólo él podía apaciguar. Su corazón bombeaba sangre a toda velocidad por sus venas. Era como si las manos y la boca de Storm. estuvieran por todas partes. Notó entonces la punta de su miembro erecto presionando en la entrada de su cavidad femenina con tal fuerza que no pudo sino abrir las piernas para él sin dejar de besarlo en ningún momento. Jayla estaba saboreando todas las cosas que él le hacía. Deseaba que aquellas sensaciones no terminaran nunca y, al tiempo, sentía una fortísima necesidad de que un vacío se llenara dentro de ella.

Sintió que Storm se colocaba sobre ella y le abría las piernas con sus potentes muslos al tiempo que unía su pecho con el de ella. Entonces le levantó las caderas con ambas manos.

Rompió el beso y bajó la vista para mirarla mientras entraba en ella

con una profunda embestida. El cuerpo de Jayla se quedó rígido debajo de él dejando escapar un grito de dolor que no fue capaz de controlar.

—Jayla —dijo él comprendiendo de golpe algo que se veía incapaz de creer.

Storm estaba tan sorprendido por lo que estaba pasando que se puso absolutamente tenso. Una oleada de pánico invadió a Jayla ante la idea de que Storm no quisiera terminar lo que había empezado y decidió tomar las riendas.

—No preguntes —dijo elevando el cuerpo para poder besarlo. Sus manos se crisparon sobre los hombros de Storm al tiempo que enrollaba sus piernas alrededor de su cintura, apresándolo contra sí.

Jayla notó la reticencia de él a continuar y comenzó a juguetear con su lengua en la boca de él. Lentamente, Storm reinició el movimiento, entrando y saliendo de ella suavemente, haciéndole el amor tal como Jayla siempre había soñado que sería. Sólo podía concentrarse en la fuerza con la que Storm hacía vibrar todo su cuerpo. Sabía que recordaría cada momento de esa noche durante toda su vida.

Storm dejó escapar un gemido cada vez que su cuerpo se encontraba con el de ella. Con ayuda de sus manos, elevó el cuerpo de Jayla por las caderas aumentando así el contacto de ambos cuerpos. Jayla tenía el cuerpo en tensión mientras él entraba y salía de ella, una y otra vez.

Storm parecía haberse recuperado de la sorpresa que le había causado descubrir que Jayla era virgen y decidió que, en vista de que iba a ser él quien la iniciara en el mundo del sexo, lo haría bien. Y a juzgar por la serie de pequeños jadeos que Jayla iba dejando escapar no debía de estar haciéndolo mal.

—Storm…

. Este notó que el cuerpo de Jayla se convulsionaba al tiempo que ocultaba su cara contra el hombro de él para ahogar un grito. La intensidad del orgasmo lo estimuló a conseguir su propio orgasmo, el más apasionado y frenético que había experimentado en toda su vida. Las sensaciones que estaba teniendo eran indescriptibles, únicas, increíbles. Desde luego no había esperado que fuera a ser así y por eso lo tomó por sorpresa. Se sentía arrastrado hacia algo que nunca antes había experimentado.

—Jayla! —gritó Storm mientras echaba la cabeza hacia atrás y seguía embistiéndola incapaz de salir definitivamente de ella. Estaba

alcanzando su tercer orgasmo, lo que nunca antes le había ocurrido.

Con un gemido que surgió de lo más profundo de su garganta, se inclinó sobre ella y la besó en los labios mientras su cuerpo seguía convulsionándose y en ese momento supo que lo que habían, compartido era algo muy inusual.

—Antes hice lo que tú querías y no pregunté, pero ahora te lo pregunto Jayla.

Jayla suspiró y se preguntó por qué no podía ser Storm uno de esos hombres que aceptan las cosas tal cual.

Alzó la mirada y vio la intensidad con que la estaba observando. También captó la impresionante forma de sus labios y el torso musculoso y cubierto de oscuros rizos. Tampoco ayudaba nada que estuvieran desnudos en la cama, él tumbado de lado y apoyado en un codo mientras la miraba expectante. Jayla cerró los ojos y sacudió la cabeza. Aquel hombre era demasiado guapo.

—Dímelo —continuó Storm inclinándose ligeramente para darte un beso en el hombro desnudo—. Dime por qué, en este mundo y en este siglo, una mujer sigue siendo virgen a la edad de veintiséis años.

—Porque las mujeres de este mundo y de este siglo también pueden tomar decisiones —dijo ella lentamente mirándolo a los ojos—, ¿Alguna vez has hecho un test de compatibilidad?

—¿Un qué? —dijo él arqueando una ceja.

—Un test de compatibilidad —repitió ella con una sonrisa confusa —. Hay una página en Internet en la que puedes buscar al hombre o la mujer perfectos. Bueno, después de varias citas infructuosas con varios hombres inseguros y muy arrogantes que siempre creían que la cita había sido tan increíble que acabarían en mi cama, decidí hacer el test y los resultados indicaron que el hombre perfecto para mí no existía.

—¿Vas a decirme que has estado evitando mantener relaciones por culpa de un estúpido test?

—Más o menos, sí. Descubrí que, al igual que el agua y el aceite, las relaciones y yo no hacemos buena combinación porque no tolero demasiado bien a los hombres que esperan demasiadas cosas demasiado pronto.

—¿Y qué me dices de los tipos que conociste a través de Internet?

—Fue mi manera de tratar de demostrar que el test se equivocaba. A partir de entonces, dejé de interesarme por encontrar al «hombre».

—¿Pero... pero no saliste con nadie en la universidad? —dijo Storm

sin poder salir de su sorpresa.

—Sí, pero desafortunadamente, nada más llegar conocí a un chico llamado Tyrone Pembroke —dijo ella sonriendo con tristeza.

—¿Qué ocurrió? ¿Te rompió el corazón?

—Al contrario —contestó ella riéndose con desprecio—. De hecho, me hizo un favor al mostrarme lo idiota que puede ser un hombre. Me abrió los ojos a sus juegos, juegos que a mí no me interesaban. Después de Ty, me propuse huir de toda relación seria, y como los encuentros casuales para un rato de sexo no me interesaban, no me sentí presionada a acostarme con ninguno.

—¿Y por qué ahora y conmigo? —preguntó Storm.

—Fácil. Te conozco y me gustas. También conozco tu opinión de las relaciones. Yo no busco nada más que lo hemos compartido esta noche y tú tampoco, ¿cierto?

—Cierto —contestó él. Lo último que quería era tener todo el día a una mujer colgada de él, pero a pesar de ello, sentía que conectaba bien con Jayla después de que ésta perdiera su virginidad con él. .

—Y ahora que he respondido a tu pregunta, ¿me dejarás dormir un poco? Estoy agotada —añadió Jayla sutilmente.

Storm la miró preguntándose si querría quedarse sola.

—¿Quieres que me vaya?

—De hecho... —sonrió Jayla—, esperaba que quisieras quedarte toda la noche conmigo.

Storm sonrió ampliamente. Claro que quería.

—Creo que eso tiene fácil solución —dijo inclinándose sobre ella para besarla en los labios—. Si me disculpas, tengo que ir al cuarto de baño un momento. Vuelvo enseguida.

—De acuerdo.

Había suficiente luz en la habitación para que Jayla pudiera admirar las formas perfectas de Storm cuando éste cruzó el espacio que los separaba del cuarto de baño. Había sido el amante perfecto. Tenía seguridad en sí mismo pero sin llegar a ser arrogante. Jayla estaba cansada pero alegre, dolorida pero satisfecha a la vez. Era curioso cómo funcionaban las cosas. Había pasado media vida intentando que Storm se fijara en ella y estaba empezando a creer en el dicho de que lo bueno se hacía esperar. Sin embargo, en su fuero interno sabía que no era el mejor momento para saborear lo ocurrido. Ella tenía que concentrar todos sus esfuerzos en el bebé.

—Ya estoy aquí.

Jayla notó que sus pezones se erguían al oír sus palabras. Lo miró mientras él se acercaba a la cama, cómodo en su desnudez. Verlo así despertaba el deseo en ella de nuevo y el cansancio de antes parecía haber desaparecido.

—¿Quieres que te prepare un baño antes de dormir? —preguntó él sentándose en la cama junto a ella—. Si no, probablemente te sientas más dolorida de lo que estás ahora.

Jayla se tumbó de espaldas. Dudaba mucho que la mayoría de los hombres pudieran mostrarse tan considerados.

—Tienes razón. Un baño me sentará bien.

—Volveré cuando esté preparado —dijo él sonriendo al tiempo que se levantaba.

—De acuerdo.

De nuevo, lo observó mientras cruzaba la habitación, incapaz de quitar la vista de su cuerpo musculoso. Sonrió sin poder creer que hubiera aceptado quedarse el resto de la noche con ella. Podría alargar su encuentro mientras estuvieran allí porque, una vez en Atlanta, las cosas serían muy diferentes. Cada uno volvería a sus muy diferentes vidas y Jayla se enfrentaría a la experiencia más alucinante que hubiera imaginado: ser madre.

—¿Lista?

Al oír su voz, Jayla miró hacia el baño y una oleada de deseo la invadió al verlo apoyado en el marco de la puerta, desnudo y completamente excitado. Si ella no estaba lista, era evidente que él sí lo estaba.

—Sí —contestó ella, incapaz casi de hablar. Se incorporó para salir de la cama y al momento él estaba a su lado, y la tomó en brazos. El ardor que despedía su piel se unió al que ella estaba empezando a sentir provocando una especie de corriente eléctrica. Comprendió repentinamente cuando hablaban de hormonas enloquecidas. Las suyas estaban fueran de todo control. Pero ella decidió que tenía que recuperar el control de las cosas.

—Puedo andar, Storm.

—Sí, pero quiero llevarte. Es lo menos que puedo hacer.

Apretó los labios para no decirle que ya había hecho suficiente. Lo suyo no había sido simplemente una aventura de una noche, sino un romántico paréntesis que recordaría toda su vida.

—Puede que estés acostumbrada a que el agua esté más caliente, pero esta temperatura calmará tus músculos —dijo él con voz apenas audible.

Ella asintió mientras él la introducía en la bañera. Tenía razón. El agua estaba tibia pero inmediatamente su cuerpo sintió el alivio. Jayla alzó la vista hacia él que permanecía en pie fuera de la bañera mirándola. Trató de mirar sólo la parte superior de su espléndido cuerpo.

—Parece que eres un experto en esto, Westmoreland. ¿Es así como tratas a todas las vírgenes?

—Aunque no te lo creas, es la primera vez que lo hago con una.

—¿La primera vez? —preguntó ella arqueando una ceja.

—La primera. Tú has sido la primera virgen con la que he estado y yo el primer hombre que te ha hecho el amor.

Jayla observó cómo la expresión de Storm se tornaba seria como si estuviera reflexionando sobre lo que había hecho.

—¿Necesitas mi ayuda? —preguntó a continuación.

—No, puedo arreglármelas. Gracias.

—Llámame cuando estés lista para salir —dijo él.

—Storm, de verdad, puedo arreglármelas sola —dijo ella con una sonrisa.

—Lo sé, pero quiero que me llames de todos modos —dijo él y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Storm se sirvió un vaso de agua y se llevó el líquido helado a los labios con la esperanza de que calmara su garganta seca.

Años atrás se había propuesto no acercarse jamás a Jayla. Sin embargo, después de haberle hecho el amor, sentía unas ganas tan fuertes de poseerla de nuevo que casi le dolía. Para terminar de empeorar las cosas, seguía teniendo en la boca su sabor y, sin poder contenerse, dejó escapar un gemido. Jayla Cole no tenía ni idea de lo deseable que era.. Veía claramente al tipo equivocado de hombre acercándose a ella y sintió una mezcla de orgullo y alivio al saber que ella se había mantenido firme y no había dejado que ninguno de ellos fuera el primero.

Se preguntó, sin embargo, si él sería diferente.

Su política de amar sin ataduras de ningún tipo no era su mejor tarjeta de presentación pero Jayla y él se habían visto arrollados por una pasión única hasta terminar en la cama. Y no se arrepentía.

Frunciendo el ceño, Storm dio otro sorbo de agua. Ninguna mujer le había hecho sentir de forma parecida. Era hora de que tratara de defenderse de la pasión que aquella mujer despertaba en él. Se puso los pantalones y trató de poner en orden sus caóticos sentimientos.

Oyó entonces un ruido a su espalda y se giró.

Jayla estaba de pie en la puerta del cuarto de baño, con un albornoz. Storm sintió que el corazón le daba un vuelco mientras la miraba de arriba abajo. Parecía relajada. Y tan sexy. Estaba increíblemente atractiva.

—¿Por qué no me has llamado para ayudarte a salir del baño? —dijo él tomando aire profundamente en un intento por calmarse.

—Porque, a pesar de haberme sentido tentada, no sería buena idea empezar a depender de ti —dijo ella con una sonrisa.

Para él no se trataba de dependencia. El sabía que ella era capaz de hacerlo sola pero había querido hacerlo él. Había algo en ella que despertaba su instinto de protección... entre otras cosas.

—¿Te sientes mejor?

—Sí —dijo Jayla dejando escapar el aire contenido mientras observaba su cuerpo parcialmente cubierto con los pantalones. Era una pena. Estaba empezando a acostumbrarse a verlo desnudo.

Sus miradas se cruzaron y no pudo evitar percatarse de la profunda mirada de sus ojos oscuros. La reacción de su cuerpo fue instantánea.

—Tengo que sacar un camisón del cajón — añadió Jayla con una voz apenas audible. Tragó con dificultad al ver que Storm se acercaba a ella.

—¿Has dormido desnuda alguna vez? —le preguntó él abriéndole el albornoz y acariciándole primero la cintura, descendiendo hacia sus caderas y finalmente haciendo presa en sus firmes glúteos.

—No —consiguió decir ella.

—¿Te gustaría probar? No se me ocurre nada mejor que tener tu cuerpo desnudo junto al mío toda la noche.

Jayla dejó escapar un suave gemido cuando Storm se inclinó sobre ella y chupó con delicadeza el lóbulo de una oreja primero, y después de la otra. Un estremecimiento seductor la recorrió y decidió que definitivamente cualquier mujer podría hacerse dependiente de un tratamiento como aquél. Y después dejó de pensar simplemente cuando Storm comenzó a explorar su boca con la lengua. El pensamiento de que Storm estaba derribando las barreras que ella había levantado para

salvaguardar sus sentimientos incomodó a Jayla aunque estaba demasiado absorta en la forma en que su lengua exploraba su boca. Entonces, Storm se separó de ella ligeramente y la miró a los ojos.

—¿Entonces nos quedamos desnudos?

—Sí —consiguió decir ella con voz temblorosa.

—Bien —murmuró él al tiempo que le quitaba el albornoz haciéndolo deslizarse por sus hombros—. Volvamos a la cama.

Le tomó una mano y la besó en la palma y a continuación la tomó en brazos y la llevó a la cama. La colocó en el centro y se quitó los pantalones.

Jayla lo observaba mientras pensaba que nada podría distraerla en ese momento de mirar aquel glorioso cuerpo. No quería perder detalle de un milímetro de aquel cuerpo que tanto la había hecho disfrutar. El también la miraba mientras se quitaba los pantalones. A continuación, sacó un paquete de condones del bolsillo y se dispuso a protegerse.

—Aunque mi plan es dormir, no hay nada malo en jugar de forma segura.

—Inteligente —dijo ella suspirando. Se metió rápidamente en la cama y la tomó en sus brazos notando que Jayla estaba temblando.

—¿Tienes frío? —preguntó con voz ronca.

—No. Tengo calor.

—Pues conozco la manera de refrescarte —dijo él cambiando de posición para tener mejor acceso a su pubis y deslizó los dedos entre sus rizos.

Jayla cerró los ojos al tiempo que comenzaba a jadear lentamente mientras él la iba encendiendo más y más.

—No... creo que esto ayude, Storm —murmuró ella apenas consciente.

—Claro que sí —murmuró él a su oído—. Sólo relájate y disfruta.

Y así lo hizo.

Los dedos de Storm hacían maravillas entre los pliegues de su sexo hasta el punto de hacerla enloquecer. Jayla cometió el error de abrir los ojos y se encontró con los de él. Había algo en el fondo de éstos que la hizo desmoronarse. Una profunda emoción pesaba en su pecho al tiempo que su cuerpo perdía el control al llegar al orgasmo. Las sensaciones que la invadieron la hicieron gritar su nombre al tiempo que él la besaba sin dejar de acariciarla íntimamente.

Cuando recuperó la sensación de su cuerpo, Jayla cobró conciencia

de que si no tenía cuidado acabaría... Una voz interior le dijo que no podía permitirse sentir algo así. Ella había hecho planes para su vida futura y Storm Westmoreland no estaba en ellos.

CAPÍTULO 5

Storm inspiró profundamente al ver a la mujer que tenía en sus brazos, dormida. Un peso le presionaba el pecho y tuvo que sofocar como pudo el impulso de deseo que lo invadió. Era una mujer increíblemente hermosa.

Nunca olvidaría cómo se había sentido al darse cuenta de que era virgen. La sorpresa lo había paralizado y luego el pánico se había apoderado de él pero la idea de dejar lo que estaban haciendo se había esfumado cuando ella empezó a besarlo con un ansia igual a la que él sentía.

Y volvía a tener ganas. A decir verdad, no había dejado de desearla en ningún momento pero le había querido dar tiempo para que su cuerpo se ajustase a él. Pero volvía a desearla. Miró el reloj. Eran poco más de las seis. Quería dejarla dormir pero no podía. Tenía que hacerle el amor. Se inclinó sobre ella hasta rozarle los labios.

—Jayla —susurró. Unos momentos después, ella respondió y abrió los ojos lentamente.

—Storm —murmuró con voz adormilada aunque a él le pareció extremadamente sensual. Tenía el pelo revuelto y algún mechón le tapaba la mejilla. Storm lo retiró suavemente y después le acarició el cuerpo. Cambió ligeramente de posición para dejarle sentir lo excitado que estaba.

—Quiero hacerte el amor —susurró él preguntándose si Jayla habría captado la urgencia que había querido imprimir a su voz. La necesidad. La desesperación. Y debió de hacerlo porque acercó los labios a los de él y se dejó besar arrebatadamente.

—Storm —dijo ella suavemente al cabo rompiendo el beso mientras sus manos descendían tratando de buscar su miembro excitado—. Yo

también quiero.

Storm no perdió el tiempo en encaramarse a ella. Bajó las manos y buscó a tientas el sexo cálido y húmedo de Jayla. Inclinó la cabeza y se introdujo en la boca un pezón duro. Jugueteó con él mientras ella se estremecía de placer.

Jayla seguía teniendo en sus manos el sexo erguido de Storm y lo guió hacia ella y, aupándose hacia él, hizo que la penetrara.

Storm estaba tan excitado que no podía ir despacio y la embistió con fuerza aunque el cuerpo de Jayla ya no estaba rígido como la noche anterior. Se detuvo para darle tiempo a adaptarse a tenerlo dentro, pero sus suaves gemidos y la forma en que hacía rotar sus caderas le confirmaron que ella no quería que se detuviera.

La penetró una y otra vez, inclinándose para besarla. Necesitaba el contacto con sus labios y entonces comenzó a elevar el ritmo a medida que el deseo lo consumía en un acto que no parecía de este mundo. Pero Jayla estaba junto a él, acompañándolo en su viaje interestelar mientras se dejaban arrastrar más y más por la pasión.

Storm jadeó con voz ronca mientras incrementaba el ritmo de su balanceo en perfecta armonía con Jayla. Cada movimiento contribuía con un poco más de placer. Storm inspiró cuando sintió que estaba a punto de llegar al éxtasis.

Apresó con sus manos las caderas de ella. Los músculos vaginales de Jayla se contrajeron en respuesta a cada embestida de él, y cuando éste escuchó el grito de placer que escapó de los labios de Jayla al tiempo que su cuerpo se convulsionaba y arqueaba hacia él, Storm se dejó ir también y se derrumbó sobre ella alcanzando él también su clímax.

—Jayla!

Storm creía haber alcanzado un placer tan inmenso y primitivo que dudaba que pudiera recobrarse pero no quería pensar en ello. Seguían moviéndose al compás como si todas sus células estuvieran electrificadas con una energía desconocida. Y entonces, sin darse tiempo a recuperarse, comenzó todo de nuevo con renovada potencia. Los dos se vieron arrastrados hacia un orgasmo tan potente que los hizo sentir como si la habitación comenzara a girar y ellos estuvieran en el centro de una espiral. Ambos dejaron escapar un grito de placer, primero él seguido de cerca por ella para derrumbarse de nuevo de puro placer.

Storm la abrazó con fuerza y sintió que volvía a excitarse. Sentía

que aquella mujer estaba absorbiendo todos sus fluidos y también su mente sin que él pudiera hacer nada por detenerla.

Jayla estaba exhausta pero satisfecha tras la increíble sesión de sexo. Miró hacia el techo tratando de calmar el ritmo de su respiración, y después sonrió al girarse para mirar a Storm. Estaba tumbado boca arriba y tenía los ojos cerrados. El también respiraba profundamente como si quisiera calmarse. Cuando se dio cuenta de que estaba excitado otra vez, ella volvió a sentir que una corriente eléctrica recorría su cuerpo. Era fuerte como una roca y parecía estar preparado para otra frenética sesión.

—Todo lo que he oído sobre ti es cierto —dijo ella suspirando profundamente.

—¿Y qué es lo que has oído sobre mí?

—Que eras perfecto en la cama.

Storm frunció el ceño. Por alguna razón no quería que Jayla pensara en las otras mujeres con las que había estado, y él tampoco quería pensar en ellas. La única mujer en la que quería pensar era ella. Se inclinó y la besó apasionadamente mientras le acariciaba sus partes más íntimas.

—No ha sido mi intención ser brusco.

—Y no lo has sido —dijo ella con una amplia sonrisa—. Me has dado todo lo que te he pedido.

—Sí, pero tú eres nueva en esto.

—Y he disfrutado cada minuto —dijo ella estudiándolo un momento —. Cuando tenía dieciséis años, sentía curiosidad por ti. Fuiste el primer chico por el que sentí interés.

—¿De veras?

—Sí.

Storm le sostuvo la mirada. Recordaba vividamente cómo, siempre que iba de visita a casa de Adam, los ojos color miel de Jayla lo estudiaban y dejaban traslucir todo tipo de emociones de adolescente. Estaba loca por él y Storm se había dado cuenta y le parecía que Adam también. Era consciente de que era la hija de su jefe y que estaba empezando a fijarse en los chicos pero, desafortunadamente, ella había decidido poner los ojos en él que ya no era un jovenzuelo como ella, y lo que era aún peor, estaba tratando de que él se fijara en ella y él había tenido que hacer un gran esfuerzo para no hacerlo.

—¿Vamos a quedarnos en la cama todo el día o te apetece que

salgamos a dar una vuelta? —dijo ella irrumpiendo en sus pensamientos—. Para tu información, la idea de quedarnos en la cama no me molesta en absoluto.

Storm no pudo sino echarse a reír.

—He creado un monstruo.

—No creo que puedas negar que a ti te apetezca teniendo en cuenta tu estado —dijo ella señalando su miembro erguido mientras lo miraba con una ceja levantada.

—Bueno, sí, pero algunas cosas no pueden tomarse con prisas. Dame un poco de tiempo.

—Si crees que lo necesitas, está bien, pero por lo que tengo entendido la mayoría de los hombres necesitan tiempo para levantarla, no para bajarla.

Storm sonrió. Disfrutaba con el giro que había tomado la conversación pero sabía que si no salían de la cama pronto, la conversación se convertiría en otra cosa. Se obligó a incorporarse.

—Supongo que será mejor que vuelva a mi habitación y me dé una ducha —dijo mirando el reloj—. ¿Quieres que desayunemos juntos abajo en el restaurante?

—Sí, estoy hambrienta.

—Y después de desayunar, ¿quieres salir a dar una vuelta? «Cualquier cosa menos quedarnos en la habitación». ¿A qué hora sale tu avión mañana? —preguntó y, de pronto, cobró conciencia de lo corto que se le había hecho el tiempo en su compañía. Y a juzgar por la expresión en el rostro de Jayla, ésta pensaba lo mismo.

—Por la mañana, a las ocho. ¿Y el tuyo?

—Por la tarde, a las tres.

—Es una pena que no vayamos en el mismo vuelo —dijo ella con tranquilidad.

Storm había estado pensando lo mismo.

—Sí, es una pena.

Aunque tal vez fuera lo mejor. Si pasaba mucho más tiempo con ella, sentiría todos sus poros invadidos por su presencia hasta llegar a algo para lo que no estaba preparado.

Habían ocurrido demasiadas cosas entre ellos en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Nada ha cambiado, ¿verdad, Jayla? Ninguno de los dos está buscando una relación duradera.

Jayla lo miró y comprendió al instante la necesidad de Storm de dejar bien claras las reglas del juego,

—No, no ha cambiado nada. Créeme, una relación seria con alguien es lo último que necesito en este momento. Voy a estar muy ocupada en los próximos meses y no podría ocuparme también de una relación de pareja.

—Vaya. ¿Y qué es eso tan importante que vas a hacer?

Jayla se humedeció los labios nerviosa. No tenía intención de contarle lo de su maternidad.

—Un proyecto en el que voy a comenzar a trabajar.

—¿Y de qué se trata?

Era evidente que preguntaría. Jayla decidió que lo mejor sería cambiar de tema.

—Nada que te pueda interesar, créeme.

—Podría sorprenderte —dijo él observándola detenidamente—. Si alguna vez necesitas mi ayuda, no dudes en llamarme.

—Gracias por el ofrecimiento, pero lo tengo todo bajo control.

—De acuerdo. Vuelvo en un segundo.

Jayla lo observó mientras se dirigía al cuarto de baño y cerraba la puerta tras él. Giró y se colocó boca abajo en la cama y hundió la cara en la almohada. No podía creer que Storm se hubiera ofrecido a ayudarla en su proyecto. Pero ella sabía que Storm no era de los que querían vincularse en la paternidad y, aunque lo fuera, arruinaría el estilo de vida que a ella le gustaba llevar. Storm ya le había dejado clara su opinión de que una mujer trabajadora no podía ocuparse a la vez de la casa y de la familia. Jayla no envidiaba a la mujer que acabara casándose con él porque era evidente que sería un marido controlador.

Salió de la cama, se puso el albornoz y se acercó a la ventana desde la que contempló cómo el sol se levantaba. Al día siguiente, la aventura entre Storm y ella terminaría y ambos regresarían a Atlanta donde no volverían a encontrarse. Sería difícil verlo y no pensar en la intimidad que habían compartido.

Storm rodeó a Jayla por la cintura y la abrazó.

—¿Una hora? —preguntó levantando la ceja—. ¿Quieres decirme que necesitas una hora par encontrar un vestido para esta noche?

—Sí. Ya he visto varias cosas que me gustaría probar. Tiene que ser algo perfecto —dijo ella con una gran sonrisa.

—Jayla —suplicó él.

—Por favor, Storm. Quiero comprarme un vestido nuevo para esta noche.

Storm comprobó el entusiasmo en el rostro de Jayla y, pensó que estaba aún más hermosa, si es que eso era posible. Cuando se vieron en el restaurante para desayunar, le había dicho que su primo Ian lo había llamado. Ian, gran amigo del alcalde de Nueva Orleáns, había sido invitado a una gala en honor de éste. Ian había invitado a Storm y éste a su vez había pedido llevar a Jayla como pareja. En vez de salir a visitar la ciudad como habían planeado en un principio, Jayla había insistido en que lo primero que tenía que hacer era ir a comprar un vestido especial para la gala.

—De acuerdo, supongo que puedo encontrar algo para matar el tiempo mientras tú compras —dijo él soltándola—. Pero volveré en una hora.

—Y yo habré terminado —dijo ella devolviéndole la sonrisa.

Un rato después, Storm paseaba por Jackson Square. Recordó lo emocionada que se había mostrado Jayla cuando le había dicho lo de la fiesta con el alcalde. Disfrutaba viéndola feliz. También estaba disfrutando mucho con su compañía... tal vez demasiado. Le gustaba estar con ella, dentro y fuera de la cama. Y tuvo que recordarse más de una vez que aquello no era más que una aventura.

Miró la hora. Todavía quedaban cuarenta y cinco minutos para ir a buscarla. Se maldijo porque ya la estaba echando de menos. El sentimiento hizo saltar la alarma en su cerebro: era la primera vez que admitía echar de menos a una mujer. Suspiró y se convenció de que tenía que ser sincero consigo mismo. Lo cierto era que le gustaba tener a Jayla cerca y eso no iba con él.

Siguió caminando mientras se preguntaba qué tenía Jayla que le estaba haciendo reaccionar de forma tan extraña en él. No le gustaba. Ambos sabían que no era nada más que una aventura pasaera. La idea de mantener una relación seria estaba totalmente fuera de toda lógica, ¿pero por qué lo pensaba entonces?

—Estás confundido, ¿verdad?

Storm se giró al oír la voz cascada y vio a una anciana sentada en un banco a poca distancia de él.

—Disculpe. ¿Ha dicho usted algo?

—Sí. He dicho que estás confundido. Y nunca te ha ocurrido antes,

¿verdad? —dijo la mujer con una serena sonrisa.

Storm ladeó la cabeza mientras estudiaba con curiosidad a la mujer preguntándose si no estaría mal de la cabeza. Hablaba como si lo conociera.

—Creo que debe de haberme confundido con otra persona.

—No —murmuró ella sacudiendo la cabeza—, y no estoy loca —añadió como si le estuviera leyendo la mente—. Te diré más si me dejas leerte el futuro.

Storm asintió al comprender. La mujer era una vidente. Nueva Orleáns estaba llena de ellas. Se cruzó de brazos en actitud divertida.

—¿Y qué cree que puede decirme que yo no sepa?

—Te sorprenderías.

Storm no lo creía pero decidió darle el gusto a la anciana.

—De acuerdo, sorpréndame. ¿Cuál es su especialidad? ¿Cartas del tarot o bola de cristal?

—Ni una cosa ni otra —dijo ella escrutándolo—. Leo la palma de la mano.

—De acuerdo. ¿Cuánto por leer mi mano?

—Veinte dólares.

Storm suspiró mientras se metía la mano en el bolsillo y sacaba un billete de veinte dólares sin dejar de pensar que aquello era una pérdida de tiempo. Miró el reloj. Aún le quedaba media hora. Se sentó junto a la mujer y extendió el brazo.

Observó cómo la mujer le tomaba la mano y estudiaba la palma. Momentos después, cuando levantó la mirada, la intensidad en sus ojos oscuros lo dejó impresionado. Sonrió.

—Veo que estás confuso.

—¿Y eso qué significa? —dijo él frunciendo el ceño.

—Tu vida va a dar un giro inesperado y aunque lo que más deseas es tranquilidad, veo que se avecinan turbulencias. Mantén los ojos abiertos, sé paciente y deja que el destino siga su curso.

Storm frunció el ceño aún más. Hacía tres meses que lo habían ascendido así que los cambios no podían ser laborales. Estaba pensando en cambiarse a una casa más grande pero ¿qué problemas podría acarrear semejante decisión? Tenía que ser otra cosa.

—¿Eso es todo?

La anciana lo miró y suspiró profundamente.

—Confía en mí, hijo. No necesitas saber nada más por el momento.

—¿No podría ser un poco más precisa?

—No. Te he dicho todo lo que tienes que saber.

Storm se levantó despacio. No podía esperar a contarle a sus hermanos la experiencia. Conociéndolos, probablemente se reirían de él.

—Ha sido una experiencia agradable —dijo sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Te deseo toda la suerte —dijo la mujer sacudiendo la cabeza lentamente.

—Gracias —dijo él antes de marcharse sin saber muy bien por qué se las estaba dando.

—Dile que te gusta el rojo.

Storm se dio la vuelta y levantó una ceja.

—¿Cómo ha dicho?

—Dile que te gusta más el rojo —repitió la anciana.

Storm frunció el ceño sin comprender. Decidió que sería mejor no preguntar, así que se limitó a asentir con la cabeza, y dándose la vuelta, se marchó. Poco después, cuando llegó a la tienda de ropa, vio a Jayla de pie junto a la caja, esperándolo. Se le iluminó el rostro al verla.

—¿Has encontrado algo?

—Sí —dijo ella muy nerviosa—. Me gustan mucho dos vestidos pero voy a elegir el que más te guste.

Vio cómo tomaba dos vestidos, uno azul y otro rojo. Storm parpadeó sorprendido y sintió de pronto la boca seca al recordar las palabras de la anciana.

—¿Y bien? ¿Cuál te gusta mas, Storm? —preguntó ella sosteniendo ambas prendas delante de él.

—El rojo —se apresuró a decir él, sintiéndose realmente extraño.

Jayla no se dio cuenta de nada y se limitó a darle a la dependienta el vestido rojo.

—A mí también me gusta más —dijo con una enorme sonrisa en los labios.

Más tarde, Storm tuvo que admitir que realmente le gustaba mucho aquel vestido rojo, especialmente en el cuerpo de Jayla. Se había quedado boquiabierto cuando la vio salir del ascensor en el vestíbulo del hotel. Verla y sentir un ataque de deseo por ella había sido todo uno. Nada como un sexy vestido rojo ajustado marcando las esbeltas

líneas de una mujer hermosa. Se había puesto algunos complementos plateados que le daban un aire sofisticado y elegante. El vestido era corto y tenía un escote que realzaba su pecho haciéndolo parecer voluptuoso.

—Lo he pasado muy bien esta noche, Storm. Me ha gustado mucho tu primo Ian.

Storm la miró. Estaban sentados en la parte trasera de un taxi de camino al hotel. Estaba oscuro, pero la luz de la luna y las luces de las casas en la calle permitían adivinar los rasgos del otro, aunque si no hubiera podido verla, habría podido oler su perfume lleno de sensualidad que lo estaba volviendo loco.

—Sí, y yo creo que tú también le has gustado a él —respondió él con voz ronca. «Casi demasiado, diría yo».

—No veo la hora de llegar al hotel para poder quitarme estos zapatos. Me están matando.

Storm sonrió y se alegró de la poca iluminación porque así Jayla no pudo ver el brillo lascivo de sus ojos. El tampoco veía la hora de llegar al hotel para quitárselo todo. Verla con ese vestido toda la noche había sido una tortura para él. Ahora no podía esperar a ver qué tenía, o no tenía, debajo de él.

—Pon los pies en mi regazo y te daré un masaje —murmuró él ansioso por tocarla.

Jayla no lo dudó un momento. Storm sabía que notaría lo excitado que estaba. Le quitó los zapatos plateados de tacón y empezó a masajear los doloridos pies. Storm cayó de pronto en la cuenta de que nunca había sentido el deseo de agradar tanto a una mujer.

—Ummm, qué pronto me podría acostumbrar a esto. Tienes unas manos prodigiosas, Storm.

—Lo que sea para hacerte feliz —respondió él con una sonrisa. Pero al momento se puso a pensar en lo que acababa de decir. Se preguntaba qué haría feliz a una mujer como Jayla.

—Hemos vuelto muy pronto —dijo Jayla en el momento en que llegaban al hotel. Storm le colocó los zapatos y se sintió un poco vacío cuando Jayla retiró las piernas de su regazo.

La miró decidido a borrar el tono de decepción de su voz. Se inclinó sobre ella y, acercándola a él, la besó en los labios. Su sabor era realmente excitante... En cuestión de minutos, Jayla respondía a sus caricias con un gemido.

—¿Tu habitación o la mía? —le susurró al oído.

—Nunca he estado en la habitación de hotel de un hombre, y como este viaje ha sido la primera vez para mí en muchos sentidos, creo que prefiero que vayamos a tu habitación esta noche.

Storm volvió a besarla, devorando sus labios, y pensó que realmente le resultaría fácil acostumbrarse a ello.

Jayla se despertó al oír el teléfono. Miró el reloj de la mesilla y comprendió que era el servicio despertador del hotel que había solicitado la noche anterior. Vio que Storm descolgaba y sin contestar volvía a colgar. Entonces, sus miradas se cruzaron por un momento y a Jayla le pareció ver una sombra de tristeza en sus ojos.

—Supongo que es la hora.

—Sí, eso parece —dijo ella suavemente aunque no quería levantarse ni vestirse a pesar de saber que tenía que hacerlo. Tenía que ir a su habitación y hacer la maleta. Su vuelo salía en unas horas y quería llegar a tiempo al aeropuerto.

Jayla sintió una oleada de calor mientras Storm la miraba. Recordó lo que había ocurrido la noche anterior. Ella había entrado primero en la habitación y después Storm, cerrando la puerta tras él. Ella había ido a su encuentro y se habían unido en un apasionado beso. En cuestión de segundos, Storm le había quitado el vestido y las medias dejándola sólo con el diminuto tanga.

Nunca olvidaría su mirada ni la forma en que la había llevado en brazos hasta la cama donde se había entregado única y exclusivamente a complacerla.

—¿Necesitas que te ayude a hacer la maleta? —le preguntó Storm. Estaba guapísimo recién despierto. Sonrió y se apoyó en un codo para mirarla mejor. A continuación alargó un brazo y le acarició suavemente los pezones. Se hincharon al contacto y Jayla notó una sensación de calor entre las piernas.

Le devolvió la sonrisa consciente de que si aceptaba su oferta nunca terminarían de hacer la maleta.

—Gracias pero creo que puedo arreglármelas sola.

Jayla notó cómo su sonrisa se desvanecía al cobrar conciencia de la cruda realidad. Aunque no se lamentaba por lo ocurrido, sabía que iba a terminar. Tenía que concentrarse en el hijo que iba a tener. Tan pronto como llegara a casa concertaría una cita con la clínica para empezar con los preparativos. Seguir con Storm no le daría más que

complicaciones porque él no era su hombre perfecto. ¿Entonces por qué le costaba tanto salir de su cama? ¿Y por qué quería hacer el amor con él una vez más antes de salir de la habitación?

—Lo he pasado muy bien contigo, Jayla.

—Yo también, y no lo lamento —dijo ella con una sonrisa.

—Yo tampoco —Storm alargó la mano y enredó los dedos en el cabello de Jayla—. Somos adultos y hemos hecho lo que queríamos hacer.

—Gracias Storm por enseñarme lo fantástico que puede ser el sexo —dijo entonces Jayla con una sonrisa.

—De nada —dijo él sonriendo también.

—Pero la vida continúa —dijo Jayla cuando más deseaba besarlo.

—Sí, la vida continúa pero no será fácil. Si me encontrara contigo dentro de poco no podría mirarte sin recordar el vestido rojo y los tacones de vértigo, por no hablar del tanga que llevabas debajo.

—Sorprendido, ¿eh? —dijo ella riéndose.

—Sí, sorprendido, pero también muy agradado —dijo él con una sonrisa.

Storm decidió que lo que no iba a decirle era que era la mujer que más lo había sorprendido en su vida. Era una mujer capaz de reír con él, bromear con él y hablar con él de cualquier cosa. Y el sexo que habían compartido había sido increíble. No pensaba dejarla ir sin hacerle el amor una última vez y grabar para siempre el recuerdo del tiempo que habían pasado juntos.

Para siempre.

Era la primera vez que usaba esas dos palabras en su vocabulario asociadas a una mujer. Nunca antes había pensado que las cosas fueran para siempre. Aunque tenía que admitir que con Jayla Cole pensaba en cosas que nunca antes se le habían pasado por la cabeza. Y le alegraba haber pasado ese tiempo con ella porque había aprendido cosas de ella que de otra manera no sabría como su pasión por la tarta de queso y fresa y cómo ejercía de voluntaria con los enfermos de cáncer del Hospital universitario Emery.

—Storm, tengo que levantarme, vestirme y tomar un avión.

Storm la miró y sintió que algo en su interior se rompía ante la inminente despedida. Era algo que nunca antes le había sucedido y que no podía explicar. De pronto, la deseaba tanto que no podía contenerse. Se limitó a inspirar profundamente y…

—Storm…

CAPÍTULO 6

>—¿Qué tal te ha ido en Nueva Orleáns? —preguntó Lisa Palmer sentada a la mesa de la cocina de Jayla. Ésta levantó la vista y se encontró con la mirada llena de curiosidad de su amiga.

—Bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me he dado cuenta de que no has hablado mucho desde que has vuelto.

Javia inspiró profundamente mientras trataba de huir del escrutinio a que la estaba sometiendo su amiga. Sabía que tarde o temprano tendría que contárselo todo, incluido el plan de la inseminación artificial.

—¿Por qué tengo la impresión de que me estás ocultando algo?

—Imaginaciones tuyas.

—No, no lo creo —dijo Lisa mirándola pensativamente—. Te comportas de una manera distinta. Pareces más relajada y eso sólo puede significar una cosa.

Jayla tragó con dificultad preguntándose si realmente tan evidente era el cambio.

—¿Qué?

—Que has descansado mucho en ese viaje por lo que me alegro de no haber ido contigo —dijo Lisa sonriendo ampliamente—. Si hubiera ido te habría agotado yendo de compras y...

—Me encontré con un conocido.

Lisa levantó una ceja. Los segundos pasaban y como Jayla no decía nada. Lisa acercó su silla a la de su amiga.

—Muy bien. ¿Y piensas dejarme en ascuas o vas a contarme lo que pasó?

Jayla dio un sorbo de limonada antes de responder.

—Me encontré con Storm Westmoreland.

Lisa dejó su vaso de limonada en la mesa.

—¿Storm Westmoreland? ¿La máquina sexual?

—Sí, ese Storm —se rió Jayla.

Lisa miró a su amiga un momento mientras recordaba que ésta le había contado lo de su enamoramiento cuando tenía dieciséis años. Y, como muchas otras mujeres en Atlanta, ella también conocía la reputación de Storm y eso era lo que más le molestaba.

—¿Qué estaba haciendo Storm Westmoreland en Nueva Orleáns? —preguntó Lisa sospechando que había algo más.

—Estaba en una conferencia —contestó Jayla.

—¿Y...?

Jayla guardó silencio un momento. Sabía que Lisa tenía muchas preguntas que hacerle y decidió que sería mejor contárselo todo ella misma.

—Y nos encontramos y una cosa llevó a la otra y terminamos teniendo una aventura.

Jayla casi sonrió al ver la cara de asombro de su amiga. A continuación, observó cómo su amiga apuraba el contenido de su vaso como si fuera algo más fuerte que una simple limonada.

—¿Ya no eres virgen? —preguntó sin poder salir de su asombro.

—No —contestó Jayla sonriendo esta vez.

Lisa se reclinó en su silla y la miró inquisitivamente a la espera de saberlo todo.

—Como te he dicho, Storm y yo nos encontramos en el hotel y decidimos pasar el tiempo juntos y una cosa llevó a la otra.

—Es evidente.

—Y no esperes que te lo cuente todo porque hay detalles que será mejor que no conozcas —dijo Jayla recordando todas las cosas que Storm y ella habían hecho. Habían hecho el amor tantas veces que había perdido la cuenta y cada vez había sido mejor que la anterior.

Recordaba con especial cariño la primera vez y cómo le había preparado un baño caliente y la había llevado en brazos hasta la bañera, pero también había un rincón especial en su memoria para la vez que habían hecho el amor la misma mañana que ella regresó a Atlanta.

Con una ternura que casi la había hecho llorar, Storm había utilizado sus manos y su boca para llevarla hasta el límite hasta que su

cuerpo se había vuelto loco de deseo por él. Y justo cuando estaba a punto de llegar al orgasmo la había penetrado moviéndose con una mezcla de ternura y deseo loco, conduciéndola hasta el orgasmo que la había dejado exhausta pero satisfecha y feliz. Y por mucho que había intentado mantenerse despierta, se había dormido. Los dos se durmieron. Cuando despertaron, Jayla se marchó a su habitación para hacer la maleta.

Él había ido a su habitación para ayudarla a hacer la maleta y el beso de despedida que le dio había sido fantástico, casi irreal. Aunque nunca más practicara el sexo con otro hombre, siempre recordaría los días que había pasado con Storm. Durante tres días, aquel hombre la había hecho sentir especial y ella todavía no podía creer el regalo que le había hecho.

—Jayla?

—¿Qué? —dijo Jayla dando un brinco cuando Lisa chasqueó los dedos delante de su cara.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —dijo Jayla frunciendo el ceño.

—¿Lo lamentas?

—No —se apresuró a decir Jayla sacudiendo la cabeza—. Veintiséis años son muchos años para ser una virgen, pero nunca antes había conocido a nadie que mereciera el regalo de mi virginidad hasta que me encontré con Storm.

—¿Con la reputación que tiene te parece que él lo merecía? —dijo Lisa levantando una ceja.

—Sí, porque no trató de engatusarme para llevarme a la cama. De hecho, al principio trató de resistirse a mis avances. Yo fui la que empezó y él siempre se comportó como un perfecto caballero conmigo, me dio la opción y no dio nada por sentado.

—¿Es cierto todo lo que hemos oído de él? —dijo Lisa con un brillo de curiosidad en los ojos.

Jayla trató de no hacer caso a la oleada de calor que subía por sus piernas al pensarlo. Storm era un amante muy experimentado.

—Sí, todo es cierto —dijo con una sonrisa.

—Maldita sea. Algunas mujeres son muy afortunadas —dijo Lisa con envidia. Al cabo sonrió—. ¿Y cuándo vas a verlo de nuevo?

Jayla trató de ocultar el dolor que la pregunta le produjo, esforzándose por convencerse de que no era más que indigestión.

—No volveremos a vernos. Lo que compartimos en Nueva Orleáns no ha sido más que una aventura, y como ninguno de los dos está buscando una relación seria, decidimos que cuando volviéramos a Atlanta continuaríamos con nuestras vidas como si nada.

—Pero tu vida es bastante aburrida, en general. Lo único que haces es ir del trabajo a casa, excepto en esos días en los que vas al hospital como voluntaria.

Jayla sabía que todo eso era cierto pero en unas semanas cambiaría por completo. Sonrió.

—Quiero que sepas que mi vida ya no será aburrida nunca más porque he decidido dar el primer paso en algo que será para toda la vida.

—¿Y de qué se trata?

—Voy a tener un bebé.

Jayla observó la expresión de Lisa.

—¿Qué quieres decir con tener un bebé?

—Eso. Tú sabes cuánto quiero a los niños.

—Bueno, yo también los quiero pero no pienso tener uno hasta que no encuentre a mi hombre perfecto y me vea preparada para sentar la cabeza y casarme.

—Bueno, sí, pero algunas pensamos que no existe el hombre perfecto y por eso he decidido no esperar más.

Lisa mantuvo la calma como pudo y clavó la mirada en Jayla.

—Dime que no has intentado quedarte embarazada de Storm Westmoreland.

Jayla no pudo evitar la risa. La idea de Lisa era ridícula. Storm Westmoreland sería el último hombre en quien pensaría para ser el padre de sus hijos. Era demasiado controlador.

—Créeme, nunca se me ocurrió tal cosa. Además, nunca engañaría a un hombre de esa manera. Ya lo había dispuesto todo antes de ir a Nueva Orleáns y voy a ir a una clínica de fertilidad para someterme al tratamiento.

—Espera un poco. Alto, alto. ¿De qué estás hablando?

Jayla sonrió. La expresión de Lisa era graciosa y enloquecida al tiempo. Estaban muy unidas y la conocía lo suficientemente bien como para saber que no aprobaría la idea de la clínica. Pero Lisa no tenía problemas para buscar a su hombre porque ya tenía una relación con un hombre estupendo. Además, ella venía de una gran familia y no

conocía el significado de la palabra soledad.

—Te estoy hablando de mi decisión de tener un hijo. Ya he pasado los preliminares y han encontrado a un posible padre que cumple todos los requisitos que yo solicité. Ahora sólo tengo que pasar un examen médico el próximo viernes. Decidirán cuál es mi momento más fértil del ciclo para hacer la inseminación. Si no sale a la primera, se intentará las veces que sean necesarias.

Lisa no sonreía. Parecía más bien horrorizada.

—Dime que es una broma, Jayla.

Jayla suspiró. Se mordió el labio inferior varias veces, algo que hacía cuando se encontraba en una situación incómoda. Desde que se conocían, Lisa no siempre había estado de acuerdo con los actos de Jayla, pero siempre la había apoyado. Sabía que el tema era difícil de aceptar para Lisa por sus creencias tradicionales y por eso no había querido contárselo antes.

—No, no es una broma. Lisa. He tomado una decisión. Puede que no estés de acuerdo pero necesito que me apoyes. Quiero tener un hijo más que nada en el mundo.

—Pero hay otras opciones, Jayla.

—Sí, y las he considerado también pero ninguna me ha atraído tanto. Quiero un hijo pero no necesito una relación con un hombre que no es el indicado, y no tengo tiempo para esperar hasta que la suerte me sonría. Los tiempos han cambiado. Una mujer ya no necesita a un hombre para quedarse embarazada y tener un hijo, y así es como quiero que sea conmigo.

Lisa guardó silencio durante un rato y finalmente, extendió la mano y tomó la de Jayla.

—Aunque puedo comprender que algunas mujeres se sometan a esos procedimientos en determinadas situaciones, tu caso es diferente, Jayla, y lo que vas a hacer va contra todo aquello en lo que creo. Siempre que sea posible, creo que un bebé tiene derecho a tener un padre y una madre, pero si estás decidida a pasar por ello, ten por seguro que allí estaré contigo para lo que necesites.

—Gracias —dijo Jayla parpadeando con rapidez para secar las lágrimas.

—Vamos, Storm, concéntrate en el juego y deja de soñar despierto.

Las palabras de Thorn Westmoreland atrajeron la atención de Storm que tiró otra carta y se reclinó en la silla a continuación con el ceño

fruncido.

—No estaba soñando despierto y estoy concentrado en el juego —dijo tirando otra carta.

Después de otra vuelta, Stone Westmoreland sacudió la cabeza.

—Pues si estás concentrado en el juego, entonces es que eres un pésimo jugador porque has tirado una de diamantes en vez de corazones lo que significa que renuncias —dijo Stone con una gran sonrisa—. Pero no me quejo porque eso me sitúa en condiciones de ganar.

Storm apartó la silla, se levantó y miró a sus cuatro hermanos. Parecía que todos ellos encontraban graciosa su falta de concentración y a él le parecía todo menos gracioso.

—Me voy fuera un momento. Necesito aire fresco.

—¿Pero qué le pasa? —oyó que su hermano Thorn preguntaba a los otros.

—No lo sé —respondió Dare—. Se ha estado comportando de una forma extraña desde que volvió de la conferencia en Nueva Orleáns.

—Tal vez esté sufriendo mucha presión en su nuevo puesto de jefe de bomberos —oyó que su otro hermano Chase decía—. No hay nada peor que sentir que tu trabajo te estresa.

—Tienes razón —dijeron el resto de sus hermanos.

Storm sacudió la cabeza cuando la imagen de una mujer cruzaba su cerebro. Era la imagen que había estado tratando de evitar durante toda la pasada semana: Jayla Cole.

Apretó los puños mientras se preguntaba qué le estaba ocurriendo. Ninguna mujer antes había permanecido en sus pensamientos tanto tiempo después de haber vivido una aventura. Las imágenes de Jayla con el vestido rojo lo estaba volviendo loco.

Jayla había conseguido encenderlo pero también parecía haber satisfecho una necesidad que no sabía que existía. Cada vez que la había llevado a la cama habían hecho el amor con locura. No podía olvidar el precioso rostro de Jayla cuando alcanzaba el orgasmo. Era como si la potencia de lo que sentía en su interior la dejara sin respiración y la intensidad hacía que su mundo explotara en mil pedazos hasta que finalmente se derrumbaba plenamente satisfecha. Como resultado al ver esa expresión en su rostro, Storm siempre había conseguido orgasmos nunca antes experimentados, normalmente más de uno.

Se maldijo por no poder controlar sus pensamientos y se limpió con la mano la frente perlada de sudor. Estaba acostumbrado a las relaciones sexuales, pero que los simples recuerdos de una de ellas consiguiera excitarlo era algo a lo que no estaba acostumbrado. Incluso había pensado en acercarse por su casa para asegurarse de que estaba bien. Nunca antes había hecho algo así.

—Storm, ¿estás bien?

Inspiró profundamente al escuchar la voz de su cuñada pero decidió que, aunque estuviera oscuro, no era buena idea dejar que lo vieran en su estado.

—¿Storm?

—Sí, Tara. Estoy bien —dijo finalmente cuando volvió a tener la situación bajo control.

Tara Matthews era una mujer hermosa. Todos los hermanos Westmoreland quedaron hechizados con ella cuando la conocieron en casa de su hermana Delaney. Storm podría haber tenido una relación con ella pero rápidamente averiguó que Tara era una mujer de armas tomar. En seguida, Storm y sus hermanos decidieron que el único que podría manejar a una mujer como Tara era Thorn así que lo retaron. Habían pasado casi dos años de aquello y Tara se había convertido en su esposa.

—Me tenías preocupada —dijo ella suavemente—. Al pasar por el comedor y ver que no estabas, tus hermanos me han dicho que habías salido a tomar el aire. No sabía si estabas enfermo, especialmente cuando me han dicho que estabas jugando mal.

—Santo Dios, pero si ellos siempre dicen que juego mal hasta cuando voy ganando —dijo Storm con una brillante sonrisa.

—Bien. ¿Qué tal fue tu viaje a Nueva Orleáns? —preguntó Tara a continuación.

Storm volvió a imaginarse a Jayla desnuda para él mientras le recorría con la lengua todo su cuerpo haciéndola gritar de placer.

—¿Storm?

—¿Sí?

—Te he preguntado qué tal fue tu viaje a Nueva Orleáns —repitió Tara acercándose más a Storm y lo miró detenidamente a los ojos—. ¿Estás seguro de que estás bien? Tienes las pupilas muy dilatadas.

«Y estoy completamente excitado pero no quieras saber por qué».

—Estoy bien y lo pasé muy bien en Nueva Orleáns. Estuve con Ian y

me dijo que vendría a Atlanta para asistir a la gala benéfica que estás organizando.

—¿De verdad? —preguntó Tara con una sonrisa—. Esa noche desvelaremos el calendario que hemos confeccionado y todo el mundo verá a Thorn en Mister Julio.

—No creo que sea ésa la única razón por la que venga, Tara. Ian va a venir porque tú se lo has pedido pero hay otro motivo.

—¿Y cuál es? —preguntó ella alzando una ceja.

—Sabe que habrá muchas mujeres solteras guapas en la fiesta —dijo él con una brillante sonrisa.

Tara sacudió la cabeza sonriendo, haciéndose a la idea.

—Supongo que es cierto porque once de los doce hombres que han posado también están solteros. Thorn es el único que se ha casado desde que se hicieron las fotos.

De repente, Storm recordó algo que había dicho Jayla sobre una comida con Tara a la vuelta de Nueva Orleáns. Si los planes no habían cambiado, esa comida iba a celebrarse al día siguiente. Si supiera dónde iban a comer podría pasar por allí por casualidad pero no podía preguntarle abiertamente sin que Tara sospechara cómo lo sabía;

—¿Qué te parece si os llevo a Madison, Shelly y a ti a comer mañana? —sugirió casualmente aunque sabía que Shelly, la mujer de Dare, no había vuelto de Florida, y Madison, la mujer de Stone, iba a acompañarle a firmar libros en Kansas City.

—Gracias por el ofrecimiento, Storm, pero Shelly y Madison estarán fuera. Además, ya tengo planes para comer mañana. He quedado con una mujer que trabaja conmigo en la organización de la gala. He llegado a un acuerdo con su empresa para que se ocupen del catering y el servicio de bebidas de la fiesta.

Storm se sintió revitalizado al instante. Volvía a ser un hombre seguro, engreído y fanfarrón.

—Qué mala suerte. ¿Y dónde iréis?

—¿Cómo dices? —preguntó ella alzando una ceja.

Storm inspiró profundamente. Sabía que no podía presionar demasiado o Tara sospecharía.

—Te he preguntado que dónde iréis a comer. Puede que sea un sitio en el que ya haya estado yo antes. Tal vez podría recomendarte.

—Créeme, sé que has estado en este sido y definitivamente doy fe de que se come muy bien. Quedamos en que yo elegiría el sitio y aún

no le he dicho nada pero voy a sugerirle que vayamos a Chase's Place.

El corazón de Storm dio un vuelco repentino v sus labios se curvaron en una sonrisa. La respuesta no podía haber sido mejor. Tara iba a llevar a Jayla al restaurante de su hermano, un sitio en el que solía comer a menudo así que no sería extraño si apareciera por allí.

—Estupenda elección.

—¿Chase's Place? —preguntó Jayla como queriendo asegurarse de que había oído bien.

—Sí —dijo Tara con tono animado al otro lado del teléfono—. Es de mi cuñado, Chase Westmoreland, y la comida es fabulosa.

Jayla se levantó de la mesa, nerviosa. Sabía que la comida era fabulosa pero no era eso lo que le preocupaba. Recordó que Storm le había dicho que solía a comer allí a menudo. Estuvo tentada de sugerir otro restaurante pero rápidamente recordó que había sido ella quien le había dado a Tara carta blanca para elegir el sitio. Suspiró resignada.

—Lo conozco y tienes razón, la comida es fabulosa.

—Y ha prometido tratarnos muy bien.

—¿Quién? —preguntó Jayla levantando una ceja.

—Chase. Se le da muy bien ocuparse de los demás.

Jayla estuvo a punto de decir que debía de ser algo de familia porque no era el único que cuidaba muy bien a los demás. Recordó la forma en que Storm se había ocupado hasta de sus más pequeños deseos.

—¿A qué hora quedamos?

—¿Te va bien a la una y media? Así no nos molestará todo el público que suele ir a comer a media mañana. Pero si quieres que vayamos antes...

—No, está bien. Nos vemos allí a la una y media —dijo Jayla sentándose de nuevo. Empezó a pensar en cuál sería la forma más adecuada de comportarse si se encontraba con Storm. Después de muchas vueltas, decidió que lo mejor sería actuar de forma natural consciente de que habían comparado algo íntimo pero que no estaban juntos.

—¿Cuál es el motivo de que todavía estés por aquí?

Storm se encogió de hombros y miró a su hermano gemelo con una brillante sonrisa.

—Me gusta este sitio.

La expresión de Chase decía que lo conocía demasiado bien. Normalmente iba a comer y raramente se quedaba a hacer vida social. Normalmente estaba demasiado ocupado persiguiendo mujeres para hacer visitas largas a su hermano.

—Bueno, si no tienes nada mejor que hacer, ¿qué te parece si me ayudas a atender las mesas? Una de las camareras ha llamado para decir que está enferma y no nos vendría mal la ayuda.

Storm consultó el reloj al tiempo que sacudía la cabeza.

—Lo siento. Me gustas, Chase, pero no tanto —dijo Storm mirando hacia la puerta pensando si habrían cambiado de idea. Y justo en ese momento la puerta se abrió y las dos mujeres aparecieron.

Storm contuvo el aire al ver a Jayla. Sentando al final de la barra donde estaba, sabía que ella no podía verlo. Iba vestida de forma diferente a cuando estaban en Nueva Orleáns. Jayla iba vestida con un traje oscuro pero seguía estando preciosa y sexy. Storm sintió que la libido se le descontrolaba. Se giró y vio a Chase.

—He cambiado de idea. Te ayudaré.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea tan rápidamente? —preguntó Chase suspicaz.

—Si un hombre no puede depender de su hermano gemelo en un momento de necesidad, ¿en quién lo hará entonces? —dijo Storm exhibiendo su sonrisa más ingenua.

Chase miró por encima del hombro de Storm.

—Espero que la mujer que estabas esperando encontrarte sea la mujer que está con Tara y no Tara. No me gustaría que Thorn tuviera que matarte.

—Tranquilízate. Superé lo de Tara hace tiempo. Sólo me divierte meterme con Thorn —contestó Storm e, inclinándose por encima de la barra, tomó un lápiz y una libreta—. ¿Quién se ocupa de la mesa en la que están ellas?

—Pam.

—Entonces dile que se tome un descanso, o mejor aún, que se ocupe de otra mesa. De esa me ocupo yo —dijo Storm dirigiéndose hacia las dos mujeres.

—Hemos venido justo a tiempo —dijo Tara sonriendo—. Si hubiéramos llegado antes no habríamos encontrado sitio —añadió pasándole a Jayla la carta.

Jayla asintió mientras leía los platos.

—¿Qué te apetece comer? —dijo Tara sonriendo tras mirar ella también la carta.

Jayla le devolvió la sonrisa a la mujer. Le gustaba Tara Westmoreland. Habían hablado varias veces por teléfono pero era la primera vez que se veían. Jayla pensaba que era muy guapa y no le extrañaba nada que hubiera llamado la atención de Thorn Westmoreland.

—Umm —Jayla se pasó la lengua por los labios mientras echaba una última ojeada a la carta—. Todo tiene una pinta deliciosa, pero creo que tomaré...

—Buenas tardes, señoritas, ¿qué van a tomar?

Jayla levantó la cabeza y se quedó de piedra al ver a Storm de pie junto a su mesa.

—¡Storm! —dijo sin pensar al tiempo que una sensación de calor invadía su estómago,

Storm le dedicó una sonrisa traviesa recordándole momentos íntimos y muy apasionados.

—No estoy en el menú, Jayla, pero si soy lo que quieres, no tengo problema en hacer una excepción.

CAPÍTULO 7

—Veo que ya os conocéis —dijo Tara con curiosidad. Miraba a Jayla y a Storm de hito en hito.

Jayla se aclaró la garganta sin saber qué decir pero antes de que pudiera pensar en algo Storm rompió el silencio.

—El padre de Jayla fue el primer jefe que tuve. Era como un segundo padre para mí —dijo sonriendo—. Así que, sí, nos conocemos.

Jayla tragó con dificultad, agradecida por la agilidad mental de Storm que le había dado a su cuñada una explicación bastante aceptable.

—Me alegro de verte, Jayla —dijo a continuación.

—Yo también —dijo ésta con una sonrisa, sintiendo cada palabra aunque desearía que no fuera así.

—Por cierto, estás muy guapa.

—Gracias —dijo Jayla ampliando la sonrisa. Pensó que él también estaba muy guapo con los pantalones de color caqui y un polo. Y olía muy bien. Su colonia siempre alteraba sus sentidos. Todo en él era realmente perturbador, su fibrosa musculatura, su increíble trasero, sus largas piernas, su aniquiladora sonrisa y sus ojos oscuros como pepitas de chocolate, y ella sentía debilidad por el chocolate.

Jayla cayó entonces en la cuenta de que Tara seguía mirándolos y pensó que no sería mala idea pedir.

—Yo tomaré el especial del día y un vaso de té helado.

—Muy bien —dijo Storm garabateando en la libreta el pedido de Jayla sin saber lo que era el especial del día. Sólo podía pensar que se había encontrado con ella de nuevo. A continuación se giró hacia Tara —, ¿Y qué quiere usted, señora Westmoreland?

—Una explicación de por qué estás tú atendiendo las mesas.

Storm se rió. Estaba perdido si dejaba que Tara hiciera preguntas. Llevaba mucho tiempo con Thorn.

—Chase andaba escaso de camareros así que pensé que podría echarle una mano.

Tara asintió pero su mirada dejaba ver que no la convencía del todo la historia.

—Eso ha sido muy amable por tu parte, Storm. Yo también tomaré el especial del día y un vaso de limonada.

—Os traeré las bebidas —dijo Storm guiñándoles un ojo tras tomar nota de los pedidos.

Jayla lo observó mientras se alejaba. Cuando volvió su atención a Tara supo que ésta la había visto mirar a Storm.

—El mundo es un pañuelo —dijo tratando de quitar hierro a la situación.

—Sí, lo es —dijo Tara sonriendo y estudió con detenimiento a Jayla. Storm había flirteado con ella, lo que no era nada nuevo. Ella había visto a su cuñado en acción muchas veces pero había algo diferente aunque no se atrevía a decir qué.

—Estoy deseando que llegue la gala —dijo Jayla sacando a Tara de sus pensamientos y recordándole el motivo de la comida.

—Yo también, y el comité agradece mucho que Industrias Sala se encargue del catering. El dinero que se recaude con el calendario será suficiente para hacer realidad los sueños de muchos niños enfermos.

—¿No te molesta que tu marido sea Mister Julio en ese calendario? —dijo Jayla sonriendo.

Tara se rió al recordar cómo había convencido a Thorn para que posara. De hecho, lo consiguió después de que Thorn le hiciera una proposición que ella no pudo rechazar.

—No, no me molesta. Me agradará saber que otras mujeres encuentran a mi marido tan sexy como yo.

Jayla asintió. Ella había conocido en persona a Thorn Westmoreland y era un hombre realmente sexy aunque no tanto como le parecía Storm. No pudo evitar levantar la vista buscándolo y lo encontró detrás de la barra preparando sus bebidas. Como si se hubiera sentido observado, levantó la vista hacia ella y sonrió.

Fue una sonrisa que la hizo estremecerse de pies a cabeza. Parecía decir: «Recuerdo todo lo que ocurrió en Nueva Orleáns». No pudo evitar devolverle la sonrisa porque ella también lo recordaba.

Cuando volvió su atención a Tara, Jayla se dio cuenta de que ésta había notado el silencioso intercambio de sonrisas entre Storm y ella.

—Yo... esto... —comenzó a decir Jayla incómoda porque la hubiera pillado mirando a Storm.

Tara extendió la mano por encima de la mesa y tocó la de Jayla.

—No tienes que darme explicaciones, Jayla. Estoy casada con un Westmoreland. Lo entiendo.

Jayla inspiró profundamente preguntándose cómo podría Tara comprender cuando ni ella misma comprendía sus sentimientos hacia Storm.

—No es más que pura química —optó por decir finalmente.

Tara sonrió recordando su propia reacción cuando vio a Thorn Westmoreland por primera vez.

—Ocurre hasta en las mejores familias, créeme.

Jayla se rió sintiendo un repentino alivio y pensando que realmente Tara Westmoreland le gustaba mucho.

—¿Vas a quedarte aquí todo el día mirando a esa mujer que está con Tara? —preguntó Chase mirando a su hermano.

—Me gusta verla comer. Me encanta cómo se mueve su boca —dijo Storm sonriendo a su hermano.

Chase miró a Jayla sin encontrar nada fascinante en su forma de comer aunque tenía que admitir que era una mujer muy guapa. Volvió su atención a Storm.

—¿Quién es?

—La hija de Adam.

Chase miró de nuevo hacia la mesa.

—¿Me estás diciendo que es la hija de Adam Cole?

—Sí.

—Vaya. No la había visto desde que estaba en el instituto. Su padre la traía por aquí de vez en cuando a cenar —dijo Chase dejando escapar un silbido de apreciación—. Chico, ha cambiado mucho. Era una niña muy mona pero ahora es una mujer muy sexy. Yo diría que está en su momento justo de madurez.

Storm se giró y miró a su hermano por encima de la barra, los puños apretados dentro de los bolsillos.

—Haré como que no he escuchado eso último que has dicho.

—Bueno, hombre. No sabía que las cosas están así con ella —dijo Chase a modo de disculpa.

—¿Y cómo es así? —dijo Storm mirando a su hermano fijamente.

Chase sonrió ampliamente. Storm estaba acostumbrado a meterse con los demás pero no reconocía cuando alguien lo hacía con él.

—Es obvio que te interesa.

—Claro que me interesa —Storm se encogió de hombros—. Adam era una persona muy querida para mí. Era como un padre para mí. Era...

—No estamos hablando de Adam, Storm, sino de su hija. Admítelo. Estás interesado en ella como la mujer que es y no porque sea la hija de Adam.

—No voy a admitir nada —dijo Storm frunciendo el ceño.

—¿Entonces por qué te has puesto celoso hace un momento? —dijo Chase riéndose.

Storm parpadeó sorprendido y miró a su hermano como si estuviera loco.

—¿Celoso? Esa palabra no está en mi vocabulario.

Chase estudió la expresión de su hermano y supo que ya lo había presionado bastante por un día, pero no pudo resistirse a una última pulla.

—Pues debes de haberla incluido últimamente. No sólo ahora está en tu vocabulario sino que deberías escribirla con mayúsculas. Y yo que creía que te portabas de forma extraña por el trabajo.

Tal como yo lo veo, esa mujer ha tirado el anzuelo y está tirando del hilo.

Storm inspiró profundamente, cuadró los hombros y miró a su hermano con ojos fríos como el hielo.

—Lamentarás haber dicho eso.

—Y yo digo que tú lamentarás no haberte dado cuenta tú solo.

Jayla se quitó los zapatos cuando entró en casa y cerró la puerta. Exhaló con fuerza. La comida con Tara Westmoreland había ido muy bien y habían cerrado los detalles de la gala benéfica pero lo único en lo que podía pensar era en Storm.

Más de una vez sus miradas se habían cruzado e, invariablemente, ella había sentido una corriente de fuego por dentro. Storm había conseguido excitarla a pesar de la distancia entre ellos haciendo flaquear varias veces su concentración en la conversación con Tara.

Y cuando le sirvió su plato, Jayla miró sus manos recordando lo hábiles que eran sus dedos y cómo la habían acariciado con singular

pericia. Sólo había conseguido concentrarse cuando Storm se hubo marchado del restaurante poco después de servirles la comida.

De camino a la oficina, tuvo que recordarse varias veces que no había nada entre ellos y que una relación con él no tenía sentido. Les interesaban cosas distintas en la vida. Considerar una relación estable entre los dos complicaría demasiado las cosas. Lo que habían compartido en Nueva Orleáns, un sexo fantástico, se había terminado.

Dejó el bolso en la encimera que separaba la cocina del comedor y se puso a revisar el correo. Sonrió al ver que había una carta de la clínica de fertilidad.

La abrió y leyó por encima el contenido. La informaban de la cita para el chequeo médico que tenía previsto para la semana siguiente y le daban información sobre el procedimiento de inseminación.

Guardó la carta en un cajón sintiéndose realmente feliz. Ansiaba que llegara el día en que el médico le dijera que estaba embarazada. Aunque Lisa no estaba de acuerdo con ella, al menos había dicho que la apoyaría. Y había accedido a ser la madrina de su hijo.

En su corazón, Jayla creía que las cosas saldrían bien. Tenía una buena amiga que estaría con ella todo el tiempo, y tenía un buen trabajo. Como le había dicho a Lisa, si la inseminación no salía bien a la primera lo intentaría hasta quedarse embarazada.

Decidió darse una ducha y relajarse un poco antes de cenar. Después, se acomodó en el sofá y apoyó los pies en la mesa de centro dispuesta a disfrutar de la lectura. Intentó no pensar en la sensación de soledad que la invadió de pronto. Lisa salía con su novio Andrew esa noche y no podía llamarla para hablar.

Intentó no recordar que a esa hora la semana anterior estaba en Nueva Orleáns con Storm. Habían compartido momentos en la cama fantásticos pero eso no había sido todo. Había descubierto el lado divertido de Storm. Antes de Nueva Orleáns siempre había pensado que era un hombre muy serio.

No pudo evitar compararlo con el último hombre con el que había salido, Erik Turner. Había resultado un tipo de lo más aburrido y además había intentado irse a la cama con ella en la primera cita.

Jayla se levantó y se dirigió a la habitación con el ceño fruncido recordando cuánto se había enfadado aquella noche. Le enfadaba haber tenido grandes expectativas de los hombres por querer que la trataran como a una dama, con respeto, sin asumir que iban a sacar algo,

especialmente en la primera cita. De aquel fracaso, la gota que colmó el vaso en realidad, sacó en claro que no pasaría por alto esos detalles por el simple hecho de querer tener una relación.

Por eso también había tardado tanto tiempo en decidirse a perder la virginidad. Había oído decir a muchas mujeres que si un hombre se acostaba contigo era porque te amaba y nada más lejos. Ella desde luego no había asumido tal cosa cuando se acostó con Storm. No esperaban nada el uno del otro. Se habían comunicado bien dentro y fuera de la cama.

Suspiró mientras se desnudaba para meterse en la ducha pero por mucho que intentara no pensar, no podía dejar de rememorar la forma en que Storm la había mirado en el restaurante esa misma tarde.

Storm inspiró profundamente y levantó la mano para llamar a la puerta pero volvió a bajarla mientras se preguntaba por enésima vez qué estaba haciendo en la puerta de la casa de Jayla. Pero la respuesta siempre era la misma.

Seguía deseándola.

Haberla visto en el restaurante le había hecho más mal que bien y lo que Chase había dicho no mejoraba las cosas. El comentario de que lo había pescado era ridículo. Storm quería pensar que un hombre no podía seguir tan tranquilo después de haber tenido una relación sexual como la que él había tenido con Jayla.

Sólo por esa noche, rompería la regla de no volver a ver a una mujer cuando su aventura había terminado pero tenía que asegurarse de que lo único que lo estaba haciendo volver hacia ella era el fabuloso sexo. Podía asumir una fuerte atracción física pero no podría decir lo mismo de una atracción emocional.

Inspirando de nuevo, levantó la mano y llamó. Esperaba que aquello no fuera un tremendo error. Ya iba a llamar por segunda vez cuando escuchó su voz al otro lado.

—¿Quién es?

—Soy yo, Jayla. Storm.

Mientras esperaba a que la puerta se abriera, la expectación crecía en su interior. Cuando por fin abrió, la visión lo hizo tambalearse como si lo hubiera golpeado un huracán. Tenía el pelo suelto sobre los hombros y el corto albornoz no cubría todas las partes de su cuerpo que aún estaban húmedas. Deseó fervientemente abrirle el albornoz y ver si llevaba algo debajo.

—¿Qué haces aquí, Storm?

Su tono de voz de baja intensidad pero gran sensualidad no hizo sino aumentar el deseo que sentía por ella. Si seguía mirándola, le haría el amor allí mismo.

—¿Storm?

Jayla no lo creería si dijera que pasaba por allí ya que ella vivía en la zona norte de la ciudad y él en el otro extremo. Creyó que lo mejor sería ser sincero.

—Después de verte hoy me di cuenta de algo —murmuró apoyado sobre el marco de la puerta.

—¿Qué?

—Que Nueva Orleáns no fue suficiente. Sigo deseándote.

La oyó inspirar profundamente y el sonido le recordó al tono de su voz momentos antes de alcanzar el orgasmo. Y no era sólo su mente la que lo recordaba. Su cuerpo también lo hacía. Quería acercarse a ella y demostrarle lo excitado que estaba.

—¿Puedo entrar? —se decidió a preguntar al ver que ella no decía nada.

—Storm...

—Sé que no debería haber venido y estoy tan confundido como tú —se apresuró a decir—. Pero verte hoy me ha afectado, Jayla, de una manera desconocida. Era como si mi cuerpo soportara un peso muy grande y sólo tú pudieras descargarlo. Desde que volví de Nueva Orleáns no he dejado de pensar en el sexo que compartimos y esta noche no podía soportarlo más.

Suspiró profundamente. Ya lo había dicho aunque le había costado admitirlo.

Era realmente patético pero no podía hacer nada. Sentía a Jayla Cole bajo su piel... al menos temporalmente. Una noche más con ella debería acabar con aquella locura. La observó mientras trataba de tomar una decisión pero la paciencia nunca había sido su fuerte.

—¿Entonces vas a dejarme entrar?

El silencio llenó el aire. Momentos después, Jayla suspiró profundamente. Su cabeza se debatía entre lo que debería hacer y lo que quería hacer.

Decidió que lo harían una vez más. No había nada malo en ceder a la tentación una vez más. Sabía que en cuanto le dejara entrar, sería el final... o el principio. Su cuerpo empezó a temblar y todo el control

sobre sí misma disminuyó. Aquella noche lo necesitaba tanto como él parecía necesitarla a ella. Era una locura.

—Sí —dijo por fin, retrocediendo un paso—. Pasa. Storm entró y cerró la puerta con llave. El sonido resultó demasiado alto en medio del incómodo silencio que había caído sobre ellos.

—¿Tienes sed? —preguntó ella.

—Mucha.

Jayla se dirigió a la cocina y se sorprendió cuando Storm la alcanzó y la abrazó.

—Tengo sed de ti.

Cuando sus labios se abrieron por la sorpresa, Storm introdujo su lengua como si necesitara beber de ella tanto como respirar. Sus labios estaban ardiendo y su lengua le estaba empezando a hacer el amor con una pasión que la dejó sobrecogida. Incapaz de hacer nada, le rodeó el cuello con sus manos dejándose arrasar por el ardor de él, rompiendo toda resistencia.

Jayla apartó de su mente todo el buen juicio y las dudas que pudieran quedarle. Ya se ocuparía de ello después. En esos momentos, lo más importante era estar entre los brazos de Storm. Todo en él —su olor, su fuerza, su virilidad— traspasó su piel y hasta su riego sanguíneo.

Cuando sus bocas se despegaron, dejó escapar un largo suspiro. Lo miró y fue como si la ansiedad reinante hiciera crujir el aire.

Storm trazó con el dedo un camino desde el centro de su cuello y descendió lentamente abriendo el albornoz para revelar lo que había debajo.

Nada.

Jayla escuchó que Storm se quedaba sin respiración y a continuación empujaba la bata para que cayera por sus hombros.

—Hace unos momentos tenía sed de tus labios, pero ahora me muero por esto —dijo al tiempo que la acariciaba entre las piernas—. Cuando te lleve a la cama, tengo la intención de hacerte el amor toda la noche.

—Y yo espero que cumplas tu promesa, Storm Westmoreland —dijo ella conteniendo la respiración.

CAPÍTULO 8

—¿Por dónde se va a tu habitación?

—Todo recto y luego a la derecha.

Storm no perdió el tiempo en llevarla y la colocó en el centro de la cama, desnuda. Retrocedió un paso para mirarla. Permaneció inmóvil durante unos segundos, abrumado por su belleza. Ansiaba hacerle el amor y fundir su cuerpo con el de ella.

Amarla.

Sintió como si no le quedara aire en los pulmones y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para no caer de bruces. La idea de querer amarla no tenía sentido. Él sólo se embarcaba en relaciones superficiales y cortas. No quería ataduras. Y de pronto sintió un peso en el pecho al tiempo que una fuerza extraña aceleraba el ritmo de su corazón.

Algo extraño estaba ocurriéndole. Después lo pensó mejor. Tal vez no fuera nada extraño y sólo estuviera imaginando las cosas. Seguro que vería las cosas más claras cuando regresara a casa más tarde y en el trabajo al día siguiente. Verse rodeado por los chicos del parque haría que volviera todo a la normalidad.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche, Storm?

Storm parpadeó sorprendido intentando aclararse la mente y al momento quedó hechizado por el brillo juguetón en los ojos de Jayla. Tragó con dificultad tratando de tomar el control de la situación pero lo único que consiguió fue una tremenda excitación.

—No si puedo evitarlo —dijo él sintiendo la repentina necesidad de estar con ella, de tocarla, de saborearla, de fundirse con su cuerpo.

En ese momento.

Se quitó la camiseta y empezó a desabrocharse el cinturón y los

vaqueros no sin antes sacar un condón del paquete que llevaba en el bolsillo trasero. Tras colocárselo, la miró con una gran sonrisa.

—Y ahora a cumplir mi promesa.

Sólo mirarlo bastaba para que su corazón bombeara la sangre a doble velocidad. El pulso se le aceleró cuando Storm se deslizó junto a ella en la cama. Se movía con la gracia de un leopardo, al acecho como un tigre, y mostrando el deseo por ella. Tenía un cuerpo perfecto.

No pudo evitar alargar los brazos para acariciarlo. Le temblaban los dedos mientras acariciaba los rizos de su pecho y sonrió cuando oyó el ritmo acelerado de su respiración. Ella también tenía la respiración agitada especialmente cuando notó el miembro erecto de Storm presionando sobre su muslo. Miró entonces sus pezones duros y sintió la necesidad de saborearlos. El había chupado los suyos muchas veces pero ella nunca lo había hecho.

Inclinándose, introdujo el botón rosado en su boca y empezó a jugar con él, pero no era suficiente. Extendió la mano y tomó el miembro erecto y caliente entre sus dedos y empezó a acariciarlo. Era la primera vez que intentaba darle placer a un hombre y, a juzgar por los sonidos que escapaban de la garganta de Storm, no lo estaba haciendo tan mal.

Cuando oyó que pronunciaba su nombre entre gemidos levantó la cabeza sin dejar de acariciarlo.

—¿Umm? —respondió ella mientras mordía el cuello dejando su marca en él.

—No puedo más, Jayla —gruñó Storm sintiendo que estaba a punto de alcanzar el clímax. Con un rápido movimiento la tumbó de espaldas ignorando el grito de sorpresa.

Pero Jayla no se resistió sino que acercó su cuerpo al de él, elevando las caderas y rodeándole el cuello con los brazos mientras él acomodaba su cuerpo al de ella.

—Tengo que penetrarte —dijo completamente desmadejado sosteniéndola por la cintura, sujetándole el cuerpo con sus potentes muslos. Tomándole los brazos que rodeaban su cuello los sostuvo por las muñecas por encima de su cabeza. Después la miró a los ojos al tiempo que penetraba en su cuerpo cálido.

Storm dejó escapar un grito ahogado. El placer de estar dentro de ella era casi insoportable. Echó la cabeza hacia atrás y rugió como un animal dejando claro que su necesidad de ella era salvaje. Y comenzó a moverse, dentro, fuera, tensando los músculos, adaptando la pelvis y

las caderas.

La cama comenzó a temblar y hasta los cristales de la ventana parecían estremecerse como si una gran tormenta la estuviera azotando, pero la única tormenta estaba teniendo lugar entre las sábanas. Storm no se arredró cuando Jayla le clavó las uñas en la carne sino que gimió cuando sintió bajo él el estremecimiento de los músculos de Jayla, aprisionando su miembro. Jayla estaba aprendiendo muy rápido cómo llevarlo hasta la cima de su propio placer.

—¡Storm!

Y mientras ella gritaba y se estremecía de placer infinito él continuó moviéndose dentro y fuera de ella, haciéndola suya.

Suya.

La idea lo hizo alcanzar la cúspide. Embistió con fuerza, enterrando su cuerpo dentro de ella mientras conseguía el orgasmo no una, ni dos, ni siquiera tres veces. Las continuas sensaciones que lo embargaban eran demasiado para él.

—Jayla!

Y allí estaba ella, elevando de nuevo las caderas hacia él, abriéndose a él, moviéndose al mismo ritmo que él, ascendiendo juntos en un torrente de placer inexplicable.

Las primeras luces del alba comenzaron a filtrarse por las ventanas haciendo juegos de sombras sobre los dos cuerpos desnudos. Jayla se despertó lentamente y aspiró profundamente el aroma de Storm y los restos del sexo que flotaban en el aire.

Cerró los ojos al sentir que el pánico se apoderaba de ella. ¿Qué había hecho? Le bastó una mirada al hombre que dormía, con una sonrisa en los labios, para saber lo que había hecho. Aunque la pregunta que realmente tenía que responder era por qué.

La reputación que precedía a Storm era clara: nunca buscaba a la misma mujer dos veces.

Cuando una relación se terminaba, era para siempre. Si lo suyo se había terminado, ¿por qué había vuelto? ¿Qué había en ella que siempre lo hacía volver a por más?

Jayla frunció el ceño. Aunque la mayoría de las mujeres habrían estado encantadas, para ella era una distracción en sus planes y no podía permitírselo. Si se enterara de sus planes con la clínica de fertilidad, probablemente intentaría hacerla desistir, igual que Lisa. Pero a diferencia de ésta, no comprendería su determinación, ni la

apoyaría aunque no estuviera de acuerdo.

Lo miró preguntándose por qué le importaba tanto contar con su apoyo. Jayla estaba bastante segura de que Storm no estaría de acuerdo con la idea de que Jayla se dejara inseminar artificialmente. Al igual que su padre, Storm era muy tradicional. Aunque ella tenía que admitir que, al menos en la cama, sus maneras tradicionales y caballerosas le parecían encantadoras. Ser un caballero en la cama no quería decir que no se prestara al más ardiente sexo imaginable sino que nunca la haría hacer cosas que la hicieran sentir incómoda y, por supuesto, nunca daría nada por hecho. La razón de que siguiera en su cama de madrugada era que le había preguntado si le importaba que se quedara a dormir.

Lo único que sí le importaba eran las ideas que tenía Storm sobre la incompatibilidad de carrera profesional y maternidad. Era algo demasiado conservador para el mundo actual.

Se levantó sin hacer ruido y lo dejó descansar. Se lo merecía. Aquel hombre parecía inagotable. No había terminado un orgasmo cuando ya iba a por otro y siempre conseguía llevarla con él. Era como si sus orgasmos —tenía varios— provocaran los de ella. Había leído sobre los orgasmos múltiples y siempre le había parecido imposible. Ahora sabía que era posible. Sonrió al pensar en cuánto la estaba malcriando. No sabría cómo reaccionar si otro hombre le hiciera el amor.

Su sonrisa se apagó lentamente ante la idea de disfrutar del sexo con otro. Por muchos años que pasaran, siempre compararía a todos los demás con Storm. Sacudió la cabeza mientras se dirigía a la ducha. Se estaba encariñando cada vez más.

Storm se despertó lentamente con el ruido del agua corriendo y el olor a jazmín. Sonrió y cerró los ojos dejando que su mente se llenara de imágenes de lo que había ocurrido entre Jayla y él la noche pasada.

Volvió a abrir los ojos al darse cuenta de que seguía igual de confuso que la noche anterior. No sabía muy bien por qué estaba en la cama de Jayla en vez de estar en la suya. Y entonces recordó. Había querido estar con ella. Había estado dispuesto a decir cualquier cosa, incluso suplicar, para compartir su cama.

Miró el reloj que había sobre la mesilla. Era temprano pero era hora de irse. Le esperaba un turno de veinticuatro horas en el parque de bomberos. Disfrutaba mucho con su nuevo puesto como jefe de bomberos. Había significado muchas noches de estudio para pasar los

exámenes de promoción interna. Había tenido que renunciar a muchas cosas por ello, incluidas las mujeres y ni siquiera entonces le había parecido tan duro. No recordaba haber echado de menos a ninguna durante esa época.

Cerró de nuevo los ojos. No parecía dispuesto a moverse aún; ni siquiera sabía si quería hacerlo. Pero la idea de Jayla desnuda bajo la ducha lo excitó.

Suspiró profundamente y, de pronto, los rasgos de la anciana que le había leído la mano en Nueva Orleáns aparecieron en su mente, hablándole igual que entonces: «Tu vida va a dar un giro inesperado y aunque lo que más deseas es tranquilidad, veo que se avecinan turbulencias. Mantén los ojos abiertos, sé paciente y deja que el desuno siga su curso».

Abrió los ojos y se sentó en la cama. Podía escuchar la voz de la anciana. Sacudió la cabeza pensando que se había vuelto loco de verdad.

Se giró al oír que la puerta se abría y vio a Jayla que salía del baño envuelta en una toalla. La suave sonrisa que adornaba su rostro hizo que se excitara aún más. Y por mucho que pensara que se había vuelto loco, no se lamentaba de haber ido a verla.

—Deberías haberme despertado. Me habría metido contigo en la ducha —dijo él levantándose y cruzando la habitación hacia ella.

Storm observó cómo los ojos de Jayla recorrían su cuerpo desnudo desde el pecho, pasando por el abdomen y parándose justo debajo. Notó que la erección aumentaba y vio la mirada de deseo en los ojos de Jayla y sus mejillas sonrojadas.

—Te gusta estar desnudo, ¿eh? —dijo ella levantando la vista hacia sus ojos.

—Sí y también me gusta que tú estés desnuda —dijo él con una sonrisa.

—Creo que tenemos que hablar —dijo ella sacudiendo la cabeza y riéndose.

—Preferiría que hiciéramos otra cosa —dijo él sonriendo más abiertamente.

—Por desgracia tenemos que ir a trabajar esta mañana —dijo ella aclarándose la garganta.

—Tenías que recordármelo, ¿verdad? —dijo él tomándola en sus brazos—. Cena conmigo mañana por la noche en Anthony's.

—¿Cenar? —dijo ella separándose de él. Storm no retrocedió. Bajó la cabeza y le lamió el lóbulo de la oreja. No le había pasado desapercibido el tono de sorpresa en la voz de Jayla. Él también estaba sorprendido de haberlo dicho.

—Sí, cenar. Para hablar —dijo él consciente de lo que Jayla quería hablar. Quería saber por qué no estaba cumpliendo el acuerdo al que habían llegado en Nueva Orleáns. Sólo esperaba que cuando la viera al día siguiente tuviera las cosas más claras.

—Storm... no creo que...

Storm le levantó la barbilla con la punta del dedo para que lo mirara a los ojos.

—Como has dicho, tenemos que hablar, Jayla, y no podemos hacerlo aquí ni en mi casa.

Jayla asintió. Tenía que ser en un sitio donde no hubiera camas alrededor.

—De acuerdo.

Entonces Storm bajó la cabeza y la besó. Su sabor era como una droga a la que se había vuelto adicto. Era también un problema para que el que tenía que buscar una solución pero por el momento...

Era casi hora de comer y Jayla seguía pensando en la noche que había pasado con Storm. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie se había dado cuenta del rubor que cubría sus mejillas color chocolate.

Estaba en una sala con el vicepresidente de Industrias Salas así como los directores de ventas y publicidad. Era el momento del año en que se reunían para preparar el informe anual que la empresa distribuía entre los grupos de inversión y posibles clientes dando cuenta de los resultados de las actividades y los éxitos de la empresa durante el pasado año. Uno de los logros de Salas el pasado año había sido su relación con actos benéficos. El proyecto con Mundo Infantil era un ejemplo.

Jayla llevaba trabajando en la empresa desde que terminó la carrera y su trabajo en ella había sido lo más importante para ella aparte de la relación con su padre. Tras la muerte de éste, el trabajo se había convertido en su prioridad lo que en determinado momento la había llevado a tomar la decisión de tener un hijo. Necesitaba tener una vida fuera del trabajo y alguien con quien compartir su tiempo. Sonrió al pensar que sólo le quedaban ocho días para someterse al examen médico, el primer paso para cumplir su sueño.

Observó la mesa de conferencias y vio a Lisa que la miraba extrañada. Levantó una ceja y Lisa le respondió con el mismo gesto. Jayla no pudo evitar sonreír. Era evidente que Lisa había notado que se había sonrojado antes.

Cuando la reunión terminó, Lisa la sujetó antes de salir de la sala.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? —preguntó Jayla haciéndose la tonta.

—Del hecho de que te hayas pasado la mitad de la reunión pensando en las musarañas. Menos mal que el señor McCray no se ha dado cuenta.

Jayla se puso seria rápidamente. Una cosa era tener pensamientos eróticos pero otra muy distinta era tenerlos delante de sus colegas.

—Lo siento.

—No te disculpes. No me pensaría dos veces cambiarte el sitio. Has estado con Storm Westmoreland, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Jayla con curiosidad.

—O lo has visto o has estado recordando momentos muy tórridos. Pero yo diría que esos momentos han tenido lugar hace menos de veinticuatro horas.

Jayla suspiró mientras cerraba la puerta para hablar con Lisa totalmente en privado. Se apoyó en la mesa y Lisa hizo lo mismo.

—Storm apareció en mi casa anoche.

—Es un comienzo. Había oído que cuando las relaciones terminaban, Storm Westmoreland nunca miraba atrás. Las incursiones en busca de botín no son su estilo.

Jayla frunció el ceño y Lisa levantó una mano a modo de disculpa.

—Lo siento. Sólo era una observación.

Jayla exhaló profundamente. Aquélla era una observación que no necesitaba.

—Quiere que quedemos mañana por la noche para cenar. En Anthony's.

—Un sitio muy elegante —dijo Lisa sonriendo—. ¿Cuál es el problema?

Jayla le devolvió la sonrisa. Lisa era muy buena algunas veces.

—El problema es lo que has dicho antes. Storm no es un hombre que vuelva la vista a las mujeres de su pasado. Yo lo sabía cuando estábamos en Nueva Orleáns y él también lo sabía. Quedó claro que cuando regresáramos a Atlanta no habría razón para ir en busca del

otro.

—¿Y te parece que él está haciéndolo contigo? —dijo Lisa.

—Sí, y no puedo permitir que siga pasando. Lisa se levantó y la miró más de cerca.

—¿Y puedo preguntar por qué?

Jayla se pasó la mano por el pelo y suspiró con gesto frustrado.

—Porque no es el momento adecuado. Mi vida va a sufrir cambios importantes, Lisa, por el amor de Dios. Tengo previsto hacerme el reconocimiento médico dentro de ocho días y después comenzará el proceso de inseminación. Lo último que necesito es que Storm decida que soy una novedad para él.

—Escucha, Jayla, no te subestimes. Puede que haya otra razón para que Storm Westmoreland crea que eres interesante. Puede que le gustes de verdad. Puede que lo hayas dejado hechizado.

El comentario de Lisa hizo que Jayla se detuviera en seco. Pensó en la posibilidad durante dos segundos pero al cabo sacudió la cabeza.

—Imposible. Aun en el improbable caso de que eso fuera cierto, Storm y yo no podríamos ir nunca en serio.

—¿Por qué? —preguntó su amiga levantando una ceja.

—Se parece demasiado a mi padre —dijo Jayla frunciendo el ceño —. Me tendría demasiado controlada. De hecho cree que una mujer debería quedarse en casa cuando tenga hijos. Supongo que su mujer ideal es una a la que mantener y dejar embarazada.

—Pues a mí no me importaría que me mantuviera y me dejara embarazada —dijo Lisa sonriendo.

—Pues a mí sí. Ya he planeado lo que quiero hacer con mi vida, gracias. Voy a tener un hijo sin las complicaciones de un hombre. Lo último que necesito es tener a alguien que me diga lo que tengo que hacer y estoy segura de que Storm lo haría.

—Sí, pero es tan sexy —dijo Lisa agrandando la sonrisa.

—Pero yo no puedo ver lo sexy que es si quiere controlarme todo el tiempo —dijo Jayla mirando el techo.

—Está claro que anoche no tuviste problemas a juzgar por la forma en que te sonrojabas hace un rato. Pero si es así como te sientes, deberías decírselo. No tendría que resultarte muy difícil decírselo si no estás interesada en seguir con él.

Jayla asintió. Sí, se lo diría al día siguiente en la cena.

Storm entró en la floristería de Coleman y miró a la mujer que había

detrás del mostrador. Luanne Coleman estaba considerada una de las mujeres más cotillas del barrio pero le encantaba hacer negocios con ella. Además, ninguna de las mujeres a las que había enviado flores vivía en College Park, la zona de Atlanta en la que él y la mayoría de su familia vivían y donde el sheriff era su hermano Dare.

—Buenos días, Luanne.

La mujer levantó la vista del pequeño televisor y lo miró. Estaba viendo alguna telenovela.

—Hola, Storm. ¿Lo de siempre?

Sonrió. Normalmente, Luanne enviaba un ramo primaveral de flores variadas.

—No, quiero algo un poco diferente esta vez.

Sabía que eso llamaría la atención de la mujer. Luanne Coleman lo miró largo y tendido. Finalmente, levantó una ceja con gesto de curiosidad.

—¿Algo diferente?

—Sí.

—Está bien. ¿Y qué has pensado?

—¿Qué flores duran más?

—Tengo diversas plantas que quedan muy bien para regalar.

Storm asintió. No recordaba haber visto ninguna planta en casa de Jayla y pensó que sería perfecto, especialmente su dormitorio para que pudiera verla y recordar.

—Bien. Quiero que elijas la más grande y bonita que tengas y ésta es la dirección a la que quiero que la envíes —dijo él entregándole un trozo de papel.

La mujer miró el papel y luego sonrió.

—¿Cuánto quieres gastarte?

—No me importa el dinero —dijo él con una gran sonrisa—. Cárgalo en mi cuenta y asegúrate de que la entregan esta tarde.

La mujer asintió y sonrió.

—Debe ser una mujer muy especial.

Storm suspiró. Sí. Luanne acababa de ponerle voz a lo que él había estado pensando todo el día así que no pudo hacer más que sonreír y asentir.

—Lo es.

Jayla parpadeó sorprendida ante el hombre que sujetaba delante de ella una enorme planta, casi tan grande como ella.

—¿Seguro que no se ha equivocado de dirección?

—Seguro —dijo el hombre mirándola desde la frondosidad de la planta—. Es para usted.

Jayla asintió mientras retrocedía para dejar pasar al hombre preguntándose quién le enviaría aquella palmera. Cuando el hombre la dejó en el suelo, se giró dispuesto a marcharse.

—Espere, voy a darle...

—No se preocupe por la propina. Ya se han ocupado de ello —dijo el hombre y se marchó.

Jayla se apresuró a abrir la tarjeta que acompañaba a la planta.

Para que me recuerdes siempre que la mires.

Storm

Jayla sintió que el corazón le daba un vuelco. Parpadeó rápidamente y se dejó caer en el sofá. Storm le había enviado una hermosa planta, grande, lustrosa y por primera vez en mucho tiempo, no supo qué decir.

CAPITULO 9

—Gracias por la planta, Storm. Es muy bonita...

—De nada. Me alegro de que te haya gustado.

—Y gracias por traerme aquí esta noche. Es un sitio precioso.

—De nada otra vez.

Jayla miró a su alrededor. Anthony's era un conocido restaurante famoso por su espléndido servicio y la deliciosa comida. Estar allí le recordaba a Nueva Orleáns y se preguntó si sería ésa la razón por la que Storm lo había elegido. Miró a Storm y sus miradas se cruzaron. El la había estado mirando, algo que había estado haciendo toda la velada. Había ido a buscarla a las siete y como ella ya estaba lista lo había invitado a entrar mientras iba a buscar el bolso y un chal.

O eso era lo que ella había pretendido.

Pero Storm la había tomado en brazos nada más entrar, y le había dado un beso de saludo. Por mucho que ella deseara lo contrario, era evidente que había algo entre ellos, algo que no se había terminado al volver de Nueva Orleáns.

Lo miró con interés y, aunque sabía que tenía que sacar el motivo por el que estaba allí, no estaba preparada para hacerlo. Todo estaba siendo demasiado perfecto para hablar de cosas desagradables.

—¿Qué tal va el trabajo? —preguntó entonces dando un sorbo de vino.

En Nueva Orleáns le había dicho que había ascendido a jefe de bomberos pero no había entrado en detalles. Como su padre había sido jefe de bomberos mucho tiempo, sabía los puestos por los que tenían que pasar. También sabía que los bomberos ahora tenían que recibir una mayor formación sobre estructuras más elaboradas y para utilizar equipos cada vez más sofisticados que se usaban en los muy diversos

tipos de incendios. A sus ojos, todos los bomberos eran héroes, pero sabía que un jefe tenía que demostrar, además, dotes de líder. Tenía que saber establecer y mantener una disciplina y eficacia, así como dirigir las actividades de los bomberos a su cargo.

—Bien. ¿Qué tal en Industrias Salas? —preguntó él sacándola de sus pensamientos.

—Genial. Además de trabajar con Tara para la gala benéfica por Mundo Infantil, estoy trabajando en un proyecto con una agencia que se ocupa del medio ambiente.

—¿Y cómo va ese otro proyecto tuyo que te emocionaba tanto?

Jayla tragó con dificultad. Sabía a qué se refería. Se mordió el labio inferior varias veces antes de responder.

—Aún no ha empezado.

Decidió que era el momento de discutir el motivo por el que estaban allí. Ya habían evitado el tema bastante tiempo. Miró a Storm y una corriente de deseo se apoderó de ella al ver el deseo en ellos. Menos mal que estaban en un lugar público. Sintió que un calor la invadía, que todo su cuerpo ardía. Trató de ignorar el tormento que estaba sufriendo y lo miró hasta que finalmente fue capaz de hablar con un hilo de voz.

—Me dijiste que me darías una explicación esta noche, Storm.

Storm seguía sosteniéndole la mirada. El único problema era que seguía sin una respuesta. De lo único que estaba seguro era de que quería seguir viendo a Jayla. Disfrutaba con su compañía, saliendo a hacer cosas juntos, riéndose juntos, igual que habían hecho en Nueva Orleáns. Por alguna razón, congeniaba con ella y no podía evitarlo.

—¿Storm?

Parpadeó rápidamente y se dio cuenta de que, mientras había estado pensándolo, se había quedado mirándola como un loco.

—Jayla, ¿hay alguna posibilidad de que salgamos juntos?

A juzgar por la mirada de Jayla la pregunta la había tomado por sorpresa.

—¿Por qué? —preguntó ella mirándolo como si la pregunta careciera de toda lógica.

—Me gustas.

Jayla parpadeó sorprendida y le dedicó una sonrisa que lo tomó desprevenido.

—Storm, te gustan todas la mujeres. Tu reputación lo dice todo.

Storm no quería oírla decir esas cosas. No estaban hablando de las demás mujeres. Estaban hablando de ella. Para él, ella pertenecía a una categoría diferente al resto de las mujeres con las que había salido. Para él, ninguna podía comparársela. Vio cómo se inclinaba por encima de la mesa y lo miraba con curiosidad.

—Es por lo de mi virginidad, ¿verdad?

Storm se quedó sin palabras. Parpadeó sorprendido sin comprender lo que acababa de preguntarle. Tardó unos segundos en hacerlo y, entonces, frunció el ceño.

—¿Qué te hace pensar algo así?

Jayla se reclinó sobre su silla y se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa podría ser? Fui la primera virgen con quien te acostabas. Tú mismo lo dijiste. Soy una novedad para ti —y tomando la copa de vino dio un pequeño sorbo y sonrió—. Créeme, lo superarás.

—Dime una cosa —dijo Storm frunciendo aún más el ceño—. ¿Cuándo has pensado eso?

—¿Qué? ¿Lo de la novedad o lo de que lo superarás? —preguntó con una gran sonrisa.

—Lo de que eres una novedad para mí.

Se humedeció los labios y Storm sintió que se quedaba sin respiración.

—La noche que te presentaste en mi casa. Que fueras a buscarme era algo muy inusual en ti y pensé que tenía que haber un motivo ya que básicamente cualquier mujer puede complacer a un hombre en la cama. Entonces me di cuenta de por qué yo era diferente.

Storm inspiró profundamente. Se alegraba de estar sentado al fondo del salón en una zona en la que estaban prácticamente a solas. No le gustaría que nadie pudiera escuchar su conversación.

Sacudió la cabeza lentamente. Todo lo que había dicho Jayla le parecía lógico, excepto por una cosa: era una lástima que estuviera tan lejos de ser cierto.

—Para empezar, y en contra de lo que puedas pensar, Jayla, cualquier mujer no puede complacer a un hombre en la cama. Cuando hacen el amor, la mayoría de los hombres... y las mujeres experimentan diversos grados de placer. En una escala de uno a cinco, la mayoría de los hombres experimentan un tres. En algunas situaciones, pueden llegar al cuatro, y sólo si son muy afortunados a un cinco.

—¿Y cómo dirías que fue tu puntuación conmigo? —preguntó Jayla

levantando una ceja.

Storm sonrió ampliamente. Sabía que la curiosidad natural de Jayla le haría preguntar. De hecho, esperaba que lo hiciera.

—Un diez.

—¿Un diez? —repitió ella sonriendo.

—Oh, sí. Un diez —dijo él riéndose.

—¿Pero cómo es eso posible si la puntuación sólo llega a cinco?

Storm extendió la mano por encima de la mesa y tomó la de ella.

—Porque tú, Jayla Cole, estás fuera de toda tabla de puntuación —dijo él observando cómo su sonrisa se ampliaba, complacida—. Y no tiene nada que ver con que fueras virgen sino con el hecho de que eres una mujer muy apasionada —Storm ladeó la cabeza—. También tiene mucho que ver con que los dos estamos bien juntos. Conectamos. Cuando hacemos el amor, siento una conexión contigo que nunca había sentido con ninguna otra mujer —añadió pero no dijo que cuando le hacía el amor sentía que estaban hechos el uno para el otro.

—Eso es muy profundo, Storm —dijo ella mirándolo seriamente.

—Sí, muy profundo —dijo él dejando escapar un suspiro—, y es la razón por la que digo que me gustaría que siguiéramos viéndonos.

Jayla inspiró. A ella también le gustaría pero sabía que no era lo más adecuado. En menos de un mes la inseminarían y se quedaría embarazada. Lo último que quería era empezar a salir con alguien, especialmente Storm, por muy tentadora que fuera la idea.

—¿Jayla?

—No creo que sea una buena idea, Storm. Ese nuevo proyecto en el que me voy a embarcar me ocupará mucho tiempo y no podría empezar una relación.

El pensó en sus palabras. Sentía mucha curiosidad por el proyecto. Le había preguntado por ello en .Nueva Orleáns pero ella se había ido por las ramas. Lo único que se le ocurría pensar era que tuviera algo que ver con su trabajo. Un proyecto confidencial.

—¿Y yo no podría ayudarte?

—No.

La respuesta fue rápida, definitiva.

—¿Cuándo empezarás?

Jayla se encogió de hombros. Le harían el reconocimiento médico el próximo viernes y probablemente comenzarían con el proceso en tres semanas.

—Aproximadamente dentro de un mes.

—¿Hay algún motivo para que no sigamos viéndonos hasta entonces? —preguntó él mirándola a los ojos. Lentamente, se llevó la mano de Jayla a los labios y la besó.

Jayla tragó con dificultad y supo lo que debería decir. Debería decir que sí, que había muchos motivos por los que no podían seguir viéndose, pero por alguna razón no fue capaz de decir nada. Lo que Storm había dicho antes era cierto. Estaban bien juntos, conectaban y, en lo más profundo de ella, sabía que quería pasar ese tiempo con él. Después, al menos tendría el recuerdo.

—No, no hay ningún motivo —dijo finalmente—. Pero tendrás que prometerme algo, Storm.

Storm le besó la mano otra vez antes de preguntar.

—¿Qué?

—Cuando yo diga que se ha terminado, será así. No vendrás a verme ni me llamarás.

—No puedo comprometerme a eso, Jayla. Le prometí a tu padre que pasaría a verte de vez en cuando y…

—No estoy hablando de eso, Storm. Me refiero a que vengas a verme con la intención de volver conmigo. Tienes que prometerme que cuando te diga que se ha terminado, se habrá terminado. Sin preguntas.

Storm la miró largo y tendido mientras multitud de sentimientos giraban en su cabeza. No comprendía lo que le estaba pasando, pero sabía que las cosas nunca se terminarían entre ellos, con o sin aquel proyecto. Ya se ocuparía él.

—Está bien —dijo finalmente—. Haré lo que tú me digas.

—¿Estás en el juego o no, Storm?

Storm miró a Thorn y frunció el ceño.

—Sí.

—Bueno, pues entonces concéntrate. Estás soñando despierto otra vez.

—Vale, como tú digas —dijo él frunciendo el ceño y miró al resto de sus hermanos que lo miraban con una mueca divertida en los rostros —. ¿Qué es tan divertido?

Fue Dare, el hermano mayor, quien habló.

—Dicen las malas lenguas que una misteriosa mujer ha llamado tu atención. Detuve el otro día al viejo señor Johnson por saltarse un stop y me contó que te has quedado tan prendado de una chica que no das

pie con bola.

Cuando Storm entornó los ojos para mirar a su hermano. Dare levantó la mano.

—Ésas fueron las palabras del viejo Johnson.

—Y yo he oído que estás gastando tanto dinero en flores que la señora Coleman de la floristería ha podido poner un columpio nuevo en el porche a tu costa —dijo Chase riéndose.

—Y yo he oído —dijo Stone con una gran sonrisa—, que te han visto por todo Atlanta con ella y que es una belleza. Es raro que aún no la hayamos conocido.

—¿Qué ha sido de tu política de «amarlas y dejarlas», Storm? —dijo Thorn. Storm se reclinó sobre su silla pensando que la pregunta de Thorn era buena, pero no tenía intención de contestarle.

—Yo sí la he visto —dijo Chase con una sonrisa—. Vino al restaurante el otro día con Tara.

—¿Tara? —preguntó Thorn levantando una ceja—. ¿Tara la conoce?

—Eso parece porque estaban comiendo juntas. Sin embargo, no sé si Tara sabe que Storm está loco por ella —dijo Chase.

—Perdonadme, chicos —interrumpió Storm—, preferiría que no hablarais de mí como si yo no estuviera aquí.

—Está bien, entonces hablaremos como si estuvieras aquí —se rió Stone y miró a continuación a Chase—. ¿Es tan guapa como dicen?

—Sí. Es la hija de Adam bien crecidita —dijo Chase.

—¿Adam? —dijo Thorn frunciendo el ceño—. ¿Adam Cole, el jefe de Storm que murió hace unos meses?

—Sí.

—¿Estás saliendo con la hija de Adam Cole? —preguntó Stone mirando a su hermano con curiosidad.

—Vale. Se acabó. Ya no juego —dijo Storm levantándose y tirando las cartas sobre la mesa.

Dare miró a su hermano pequeño. Como era el mayor, algunas veces tenía que ser él quien pusiera paz entre los demás y, a veces, orden.

—Siéntate, Storm, estás haciendo una montaña de un grano. Y para ser sincero contigo, no has estado jugando desde que llegaste. No has estado concentrado en toda la noche —dijo Daré levantando una ceja a continuación—. ¿Qué hay de malo en que queramos saber quién es la

mujer con la que sales? ¿No crees que tenemos derecho a tener curiosidad, al menos?

Storm inspiró profundamente y miró a sus hermanos.

—No me gusta que habléis de ella como si se pareciera a las otras mujeres con las que he salido.

—Si no es como las otras mujeres tienes que ser tú quien nos lo diga —dijo Dare—. No hay nada malo en que nos digas que es especial, en vez de guardarlo en secreto —añadió en voz baja.

Storm se sentó y miró a sus hermanos. Todos lo estaban mirando, expectantes. Inspiró de nuevo profundamente.

—Se llama Jayla Cole y, sí, es la hija de Adam Cole, y salimos juntos. Nos lo estamos tomando con calma, y sí, ella es especial. Muy especial.

—¿Cuándo la conoceremos? —dijo Stone sonriendo.

—Os la presentaré el día de la gala benéfica por Mundo Infantil —dijo Storm reclinándose sobre la silla—. Su empresa es uno de los patrocinadores y ella se está ocupando de todo en colaboración directa con Tara.

—Todos estamos deseando conocerla —dijo Dare asintiendo y sonriendo tras mirar al resto de sus hermanos—. Y ahora juguemos a las cartas.

Jayla se acurrucó en el sofá y miró alrededor del salón pensando que la semana anterior se había convertido en el escenario de un romántico encuentro. Storm le había enviado flores prácticamente todos los días y la había invitado a cenar a menudo.

El sábado por la noche, habían ido a un espectáculo de láser en Stone Mountain y el domingo al cine. El lunes no se habían visto porque Storm había tenido turno en el parque pero el martes por la noche apareció en su casa con comida china. Habían cenado en la cocina mientras ella le contaba el día que había tenido en el trabajo y cómo iban los últimos preparativos para la gala.

También habían hablado de él. Storm le había contado que había sido elegido para representar el programa de prevención de incendios que se llevaría a cabo durante todo el año próximo en la ciudad y estaba entusiasmado con ello.

Miró entonces la carta que tenía en la mano, la misma carta que llegara la semana anterior, de la clínica de fertilidad recordándole que tenía cita para el reconocimiento médico que tendría lugar al día

siguiente. Mientras la leía se reafirmó en su deseo de pasar por el proceso.

Dio un brinco cuando oyó el teléfono. Pensó que tal vez sería Storm y dejando la carta sobre la mesita se acercó hacia el aparato. La había llamado antes para decirle que iba a jugar a las cartas con sus hermanos hasta tarde y que la vería al día siguiente.

—Diga —contestó ella levantando el teléfono.

—Soy Lisa. ¿Cómo estás?

Jayla sonrió. Lisa había estado fuera de la ciudad casi toda la semana por negocios.

—Bien. ¿Qué tal tu viaje?

—Estupendo. Me encanta Chicago. Ya lo sabes.

Sí. Lo sabía. A Lisa le encantaba ir de compras y Chicago era su ciudad favorita para eso.

—¿Entonces sigue en pie tu idea de hacerte el reconocimiento mañana?

La pregunta silenció los pensamientos de Jayla. Frunció el ceño.

—Claro. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Porque por lo que me has dicho cada vez que te he llamado esta semana, tú relación con Storm va viento en popa.

—¿Y? —preguntó Jayla encogiéndose de hombros—. Lo nuestro no va a durar mucho. Lo sé y él también.

—Pero no tiene por qué ser así, Jayla. Creo que las cosas podrían durar si les dieras una oportunidad.

Jayla miró al techo con resignación.

—Créeme, Lisa, no lo harán. Lo que hay entre Storm y yo es totalmente físico. Me gusta estar con él y a él estar conmigo. ¿Por qué habría de ser de otro modo?

Ambas guardaron silencio unos momentos. Fue Lisa la que lo rompió finalmente.

—¿De qué tienes miedo, Jayla?

Jayla se estremeció.

—No tengo miedo de nada.

—Pues yo creo que sí. Storm Westmoreland es todo lo que una mujer desearía y tú tienes suerte de ser la mujer que le gusta. ¿Por qué quieres dejar pasar esa maravillosa oportunidad?

Jayla cerró los ojos. Nunca podría ser la mujer que Storm quería. Además, él tampoco era lo que ella quería. En ese momento, ninguno lo

era. Lo que ella quería era un bebé y no una complicada relación. Hacía tiempo que había dejado de buscar al hombre perfecto. La rutina de un matrimonio. con hijos era un cuento de hadas que, tal vez, ella nunca encontraría. Su reloj biológico presionaba y ella tenía que tomar la decisión de formar una familia.

Se volvió al oír que llamaban a la puerta.

—Lisa, tengo que colgar. Llaman a la puerta. Hablaré contigo más tarde. Adiós.

Eran más de las doce de la noche. La única razón por la que aún estaba levantada era porque había tomado la mañana del día siguiente libre para ir a hacerse el reconocimiento y eso no sería hasta las nueve de la mañana.

Sabía que a esas horas sólo podía ser Storm. Eso explicaba que el corazón le estuviera latiendo a un ritmo frenético. Trató de no pensar en las palabras de Lisa.

—¿Quién es?

—Storm.

Abrió la puerta y allí estaba, mirándola con la habitual intensidad que indicaba el deseo que sentía por ella.

—Hola —dijo ella con una sonrisa en los labios. Él le devolvió la sonrisa y de inmediato Jayla sintió que su cuerpo se caldeaba.

—Hola. La partida terminó pronto y no tenía ganas de ir a casa.

—¿De veras?

—Tenía que verte, Jayla.

—Vale. Ya me has visto. ¿Y ahora qué? —dijo ella con un brillo juguetón en los ojos.

Storm avanzó unos pasos hacia ella, y ella retrocedió para dejarle entrar. Cuando entró, cerró la puerta y echó la llave. Se acercó a ella, posó las manos sobre sus hombros y la atrajo hacia sí, sus bocas a escasos centímetros de distancia.

—Ahora esto —dijo él a media voz.

Y la besó.

En el momento en que sus bocas se rozaron, Storm sintió que la sangre volaba por sus venas. El aroma que desprendía Jayla, su sabor los tenía metidos dentro y sólo podía pensar en devorar aquella boca, hacerle el amor. De pronto, un sentimiento que nunca antes había sentido, afloró en su interior. Derrotado por su fuerza, finalmente lo reconoció.

Amor. Amaba a Jayla.

Storm se echó hacia atrás y la miró durante un segundo antes de besarla de nuevo. Empezó a acariciarla y a desnudarla, y sólo interrumpió el beso para desnudarse él. Entonces la tomó en brazos y la llevó a la habitación.

Lo que habría sido sencillo descubrir para cualquiera, era durísimo para un soltero empedernido como él. La razón por la que quería una relación con Jayla no tenía nada que ver con el sexo y sí con unos sentimientos que no había podido reconocer hasta esa noche.

Estaba enamorado de Jayla Cole. Esa mujer le había robado el corazón.

CAPÍTULO 10

Apoyado sobre los codos por encima de Jayla, Storm la miró y sonrió. Siempre estaba muy hermosa después de experimentar un orgasmo. Qué más podía pedir un hombre que estar ahí para experimentarlos con ella.

Suspiró profundamente. Ahora que sabía que la amaba tenía que encontrar la manera de hacer que ella también lo amara. Primero tendría que conseguir que confiara en él y después hacerle comprender que él era el hombre perfecto para ella y que su relación sería duradera y terminaría en matrimonio. Una sonrisa se apoderó de sus labios. Sí, quería que Jayla fuera su mujer.

—¿De qué te ríes?

Storm la miró. Un delicioso rubor teñía sus mejillas. Se inclinó y depositó un suave beso en sus labios.

—Después de lo que hemos compartido, ¿cómo puedes hacerme esa pregunta?

Como siempre, el sexo había sido perfecto. Habían llegado juntos al clímax mientras un fuego los abrasaba. Un fuego que él no había querido apagar sino incentivar más y más hasta hacerlo arder sin control.

Cuando la había penetrado, Jayla estaba loca de deseo, suplicándole que le hiciera el amor. Le había clavado las uñas en la espalda y mordisqueado los hombros y cuando finalmente habían alcanzado el orgasmo, ella gritó su nombre mientras él no dejaba de moverse hasta llevarla a la cima del placer.

La amaba. Storm paladeó el significado del nuevo sentimiento. Se inclinó sobre ella y murmuró su nombre.

—¿Te importa que me quede?

—Me decepcionarías si no lo hicieras —dijo ella con una sonrisa.

—En ese caso —rió él—, me quedaré —dijo dándole un beso en los labios, ansioso por saborearla de nuevo. Momentos después, se echó hacia atrás para admirarla mejor. Sintió una oleada de calor en la entrepierna. Si no salía de la cama, empezaría a hacerle el amor de nuevo y Jayla tenía que descansar.

—Apagaré las luces —susurró él.

—Vale pero date prisa.

Storm sonrió. Salió de la cama y se puso los vaqueros. Y pensar que había supuesto que necesitaba descansar. Miró la planta colocada en un rincón de la habitación, donde él había querido para que pensara en él cada vez que la viera.

Pensó en la sexy sonrisa de Jayla mientras le decía que se diera prisa en volver. Cuando llegó al salón, se inclinó para apagar la lámpara que había junto al sofá y reparó en la carta que había sobre la mesa de centro. Era una carta de una clínica de fertilidad.

Sin pensar que no tenía derecho alguno a leerla, la tomó y la leyó. Segundos después, se derrumbó sobre el sofá sin poder creer lo que acababa de leer. Estaba consternado. Confuso. Jayla había buscado los servicios de una clínica de fertilidad para que la inseminaran artificialmente con el esperma de un extraño. ¿Pero por qué?

Volvió a leer la carta pensando que debía haber entendido mal pero no. Tenía cita para el reconocimiento médico al día siguiente, y cuando determinaran el momento más fértil, comenzaría el proceso.

—Se suponía que ibas a darte prisa.

Storm se levantó al ver salir a Jayla de la habitación. Cuando ésta vio la carta en sus manos, se apresuró a acercarse a él y se la arrancó.

—No tienes derecho a leer eso, Storm.

Storm la miraba mientras todos sus músculos vibraban. La confusión estaba dando paso a la rabia.

—¿Entonces por qué no me lo cuentas?

—Es personal y no te incumbe —dijo ella mirándolo.

—¿Que no me incumbe? Te equivocas. Si te incumbe a ti entonces a mí también. ¿Estás considerando la posibilidad de que te inseminen con el esperma de otro hombre?

Jayla se irguió. Su rabia rivalizaba con la de él. Por sus palabras parecía que su plan era algo asqueroso y degradante.

—No estoy considerando la posibilidad, voy a hacerlo. Hace meses

que tomé la decisión.

La respuesta de Jayla lo tomó por sorpresa y se pasó las manos por la cara como queriendo borrar la ira. Cuando volvió a mirarla, Jayla estaba frente a él, con las manos apoyadas en las caderas, mirándolo fijamente. De pronto, comprendió.

—Espera un momento. ¿Es ése el proyecto con el que estabas tan entusiasmada?

—Sí.

Storm sacudió la cabeza sin poder creer lo que estaba ocurriendo.

—Comprendo que se tenga que acudir a esos centros en determinadas situaciones, pero no que lo hagas tú. ¿Por qué, Jayla?

—¡Porque quiero tener un hijo! —contestó ella y sus ojos echaban chispas—. Tener un hijo es lo que más deseo en el mundo.

Storm se quedó de piedra. Ella había mencionado alguna vez que quería tener hijos, pero nunca le había dado la impresión de que estuviera obsesionada con tener uno ya.

—¿Tanto quieres tener un hijo que has considerado la posibilidad de tenerlo de un hombre al que ni siquiera conoces?

—Sí. De hecho, prefiero que sea así. Quiero un hijo y no a su padre. No quiero un hombre que me controle.

—¿Cómo que te controle?

—Diciéndome cómo vivir mi vida, obligándome a elegir entre mi carrera profesional y mi familia.

Storm reconoció la acusación y se sintió culpable.

—¿Y qué tiene de malo que un hombre quiera responsabilizarse de su mujer para que ella no tenga que trabajar fuera de casa?

—Para algunas mujeres, nada, pero yo prefiero cuidar de mí misma yo sola. No quiero depender de nadie.

Storm frunció el ceño y cruzó los brazos.

—¿Entonces estás dispuesta a negarle a ese niño la oportunidad de tener un padre por puro egoísmo?

—Si eso significa dejar de perder el tiempo buscando a un hombre ideal que no existe, sí.

Storm trató de controlar su ira. ¿Por qué no era capaz de ver que él era ese hombre? Sacudió la cabeza lentamente antes de volver a hablar.

—Si quieres un hijo, yo te daré un hijo.

—iQué! .

—Me has oído. Estás muy equivocada si crees que voy a dejar que

la mujer que amo tenga un hijo de otro hombre.

—¿La mujer que amas? —dijo ella sin salir de su asombro.

El silencio invadió la estancia y Storm supo que había llegado el momento de confesarle hasta donde llegaban sus sentimientos por ella. Cruzó la habitación y se acercó a ella. Le levantó la barbilla con el dedo para que lo mirara a los ojos.

—Sí, Jayla. Te amo y si quieres tener un hijo, nos casaremos y tendremos uno.

Jayla lo miró como si no pudiera creer lo que Storm acababa de sugerirle. Finalmente, retrocedió.

—Las cosas no funcionarían, Storm. Tú quieres de una esposa algo que yo no estoy dispuesta a darte.

—Pero yo te amo. ¿Qué me dices de eso?

—Creo que te gusta acostarte conmigo, pero me parece difícil creer que me ames de verdad, Storm —dijo ella encogiéndose de hombros.

Suspiró hondo al ver que Storm no decía nada aunque seguía mirándola fijamente.

—Acordamos que las cosas terminarían cuando yo lo dijera —continuó Jayla rompiendo el silencio—. Bueno, pues ha llegado el momento. Seguir viéndonos sólo complicaría las cosas.

—¡Complicar las cosas! —dijo él levantando la voz—. Te digo que te quiero y que quiero casarme contigo y darte el hijo que tanto ansias, y tú me dices que no crees ni una palabra y que prefieres seguir con tu vida. Y para colmo, vas a seguir con ese plan loco de inseminación artificial para tener un hijo de un hombre que no sólo no te ama, sino que tú ni siquiera lo conoces.

—No tengo que darte explicaciones, Storm. Yen vista de cómo te estás poniendo, creo que será mejor que te vayas.

Storm la miró un momento y después se dirigió a la habitación. Poco después, ya vestido, volvió al salón.

—Espero que un día te quites la venda. Tal vez entonces puedas reconocer cuándo el hombre ideal pasa delante de ti —y diciendo esto, se marchó.

Cuando Storm se hubo marchado, Jayla trató de convencerse de que estaba contenta de que hubieran terminado. Lo último que necesitaba era un hombre que intentara controlarla.

Después de apagar las luces, volvió a la habitación y se metió en la cama tratando de no hacer caso del olor de Storm impregnado en las

sábanas. Cerró los ojos.

«Te quiero, Jayla...»

Abrió los ojos, se puso boca arriba y miró al techo tratando de convencerse de que no era ella la que tenía una venda en los ojos sino él. ¿Acaso no veía que lo que sentía por ella no era amor sino deseo físico? Los solteros empedernidos como Storm no se enamoraban tan fácilmente después de unos cuantos encuentros amorosos.

Se puso de lado y cerró los ojos pero no podía dejar de pensar en Storm. Intentó hacerse fuerte pero sabía que los recuerdos que habían compartido eran demasiado profundos. No le resultaría nada fácil superarlo. Tenía que concentrarse en las cosas buenas que le estaban ocurriendo. Al día siguiente iría a la clínica y se sometería al reconocimiento médico que la llevaría a emprender la gran aventura de su vida.

Storm no era lo más importante en su vida... tener un hijo, sí.

—¿Puedo hablar contigo un momento, jefe?

Storm levantó los ojos de los papeles que se amontonaban en su mesa. Después de pasar la noche en vela, se había levantado al amanecer y había ido al parque. La mayoría de sus hombres aún no habían llegado. Aunque no se lo requerían, él prefería trabajar las mismas horas que sus hombres.

—Claro, Cobb, dime.

Darryl Cobb acaba de ser padre por tercera vez. Darryl era más joven que Storm y se conocían desde los tiempos del instituto. También conocía a su mujer. Era evidente que ella no había tenido problemas en reconocer en Darryl a su hombre ideal.

—Me preguntaba si podría tomarme unas horas libres hoy. Tenemos cita con el pediatra y Haley ha llamado. Su jefe ha convocado una reunión importante para hoy.

Storm asintió. Haley era programadora informática en una compañía financiera.

—No creo que haya ningún problema —dijo Storm examinando el tablón de actividades—. Tienes que ir a dar una clase de prevención de incendios en una escuela. ¿Te puede sustituir alguien?

—Reed me ha dicho que a él no le importa —dijo Darryl con una sonrisa.

Storm asintió. Lo que más le gustaba de ser el supervisor era que se llevaba muy bien con sus hombres y se ayudaban cuando surgía algún

imprevisto.

—En ese caso no hay problema —dijo anotándolo en el tablón—. ¿Qué tal os va desde que Haley ha vuelto al trabajo?

—Una locura —dijo él riéndose.

—¿Por qué ha vuelto entonces? —preguntó y al momento sintió que se había pasado de la raya, pero a juzgar por la risa de Cobb no parecía sorprendido. Desde que era bombero, Storm había sido objeto de todas las burlas por sus ideas anticuadas sobre lo de que la mujer tenía que quedarse en casa a cuidar de los hijos. Todos le habían dicho siempre que le costaría mucho encontrar una mujer dispuesta a cumplir sus deseos.

—Bueno, esa casa gigantesca que hemos comprado en Stone Mountain es una buena razón —dijo Darryl riéndose—, pero otra buena razón es que Haley disfruta haciendo lo que hace y no le voy a pedir que renuncie a ello —dijo él mirando a Storm intencionadamente—. En eso es en lo que muchos hombres se equivocan.

—¿En qué? —dijo Storm levantando una ceja.

—Al asumir que son ellos los únicos que pueden cuidarlas. Personalmente, creo que son las mujeres las que lo tienen bajo control, y nosotros somos meros espectadores. Además, ocuparme de mis hijos igual que Haley me hace sentir que soy tan importante en sus vidas como ella y eso es importante para mí. Lo que importa no es quién trae el pan a casa sino que los dos somos el sustento de nuestros hijos y les estamos dando además todo el amor que nos tenemos, y eso es mucho. Y para mí eso es lo más importante.

Cuando Cobb se hubo marchado, Storm se acercó a la ventana de su despacho y pensó en lo que su amigo le había dicho. La razón de que Jayla no lo viera como su hombre ideal era precisamente lo que le había dicho Darryl.

Pensó en su padre. El había provisto para toda su familia con el sueldo de un obrero. Pensó también en sus hermanos y sus esposas. Incluso su hermana, casada con un jeque, seguía trabajando como pediatra y criando a su hijo Ari, pero su marido Jamal también tenía un papel importante en la educación del pequeño. Luego estaban sus cuñadas, Shelly, Tara y Madison. Aunque Shelly y Dare eran los únicos que tenían un hijo de once años, Storm estaba seguro de que si Tara y Madison pensaran en quedarse embarazadas no estarían dispuestas a dejar sus trabajos.

Pensó entonces en la escena con Jayla la noche anterior. Ella, la mujer a la que amaba, no creía que él fuera su hombre, no creía que él fuera capaz de comprender que ella quería tener el control de su vida.

Abrió los ojos y consultó la hora. Según la carta, Jayla estaría en la clínica para hacerse el reconocimiento médico a las nueve. Después de ello aún quedarían dos o tres semanas para que el proceso comenzara. Con un poco de suerte tendría suficiente tiempo para convencerla de que la amaba y de que quería satisfacer todas sus necesidades, incluida su independencia... hasta cierto punto. Cambiar sus creencias convencionales no sería tan fácil, pero estaba dispuesto a hacerlo por ella.

Lo más importante era hacerla ver que él era su hombre. El único. Por segunda vez desde que habían vuelto de Nueva Orleáns, las palabras de la anciana se le aparecieron en la mente.

Sonrió. Tal vez la anciana tuviera un don después de todo y supiera de qué estaba hablando. La gala benéfica era al día siguiente y sabía que Jayla estaría allí. Empezaría a enamorarla con la intensidad de un hombre que sólo tiene una idea en la cabeza: ganarse el amor de la mujer con la que quería casarse.

—Ya puede vestirse, señora Cole —dijo la enfermera—. La doctora volverá en unos minutos con los resultados.

—Gracias.

Jayla suspiró profundamente y empezó a vestirse. No había pegado ojo en toda la noche y por la mañana la idea de ir a la clínica no parecía entusiasmarla tanto como debería.

Se acercó al espejo y se miró. Tenía un aspecto patético. Su reflejo revelaba una mujer hundida en su miseria y lo merecía. Ni siquiera Lisa había dicho nada cuando Jayla la había llamado por la mañana para contarle la discusión que había tenido con Storm. Y cuando le había dicho que Storm le había dicho que la amaba y que quería casarse con ella, su amiga se había puesto definitivamente en contra de Jayla. Pero para eso estaban las amigas.

Lo triste era que Storm y Lisa tenían razón. Ella no quería reconocer a su hombre ideal aunque lo tuviera delante.

Suspiró mientras se ponía las medias. Tampoco era tan malo que Storm fuera un poco convencional. Querer cuidar de tu esposa no era tan malo.

Ella era la primera que pensaba que algunas de sus formas

anticuadas resultaban verdaderamente dulces. Además, si sus ideas tradicionales se le hicieran difíciles de sobrellevar, ella podría modernizarlo. Tampoco pasaba nada porque se pareciera demasiado a su padre. Adam Cole había sido un gran padre y en ese momento ella agradecía que hubiera sido tan estricto con ella.

Tras despertarse por la mañana, le había llevado varias horas revolcarse en la autocompasión, y aguantar la riña de Lisa hasta que, finalmente, se había quitado la venda de los ojos. Storm la amaba, él era su hombre ideal y ella también lo amaba.

Comprendió entonces por qué se había mantenido alejado de ella durante tanto tiempo pero aun así le había resultado duro cuando era adolescente. Desde aquel momento, había levantado una muralla a su alrededor para protegerse de él antes que volver a sentirse rechazada por él. Pero ya era una mujer adulta y quería lo que cualquier otra mujer querría: un hombre que la amara. Y ese hombre le había pedido que se casara con él y le había prometido darle el hijo que tanto deseaba. Era realmente afortunada.

Pero su dicha se esfumó al recordar que había rechazado sus palabras de amor. Y a ella le parecía que Storm no era de los que se tomaban bien el rechazo. ¿Qué ocurriría si no quería volver a verla?

Se puso la falda rápidamente. En su cabeza había una sola idea: tenía que esforzarse por enmendar el error que había cometido o lo perdería para siempre. Lo primero que tenía que hacer era anular el proceso de inseminación. Sólo quería a un hombre para ser el padre de su hijo: Storm.

Se dio la vuelta al oír que llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo ella con una sonrisa de disculpa al ver a la doctora Susan Millstone—. He cambiado de idea —dijo antes de que la doctora pudiera decir nada.

—¿Que has cambiado de idea?

—Sí. He decidido no someterme a la inseminación artificial después de todo.

La doctora se apoyó en la puerta.

—¿Y puedo preguntar la razón?

—Sí. El hombre al que amo quiere casarse conmigo y darme el hijo que ansío, y yo también quiero —dijo Jayla con una sonrisa.

La doctora Millstone sonrió y sacudió la cabeza.

—Esto que me dices me hará un poco más fácil decirte lo que tengo

que decirte.

—¿Perdón?

—Tengo los resultados de tus pruebas y parece que ya estás embarazada.

La noticia fue tan sorprendente que Jayla se dejó caer en una silla. Miró a la doctora sin poder creer lo que le estaba diciendo.

—¿Embarazada?

—Sí. De un mes —dijo la doctora riéndose. Jayla sacudió la cabeza sin poder creer lo que estaba oyendo. ¡Embarazada de un mes!

—Nueva Orleáns —dijo lentamente y sonrió.

—¿Perdón? —ahora le tocó preguntar a la doctora sin comprender.

—He dicho Nueva Orleáns. Me quedé embarazada en Nueva Orleáns. ¿Pero cómo es posible si tomamos precauciones?

—Ni te imaginas los partos que he asistido en los que los padres decían haber tomado precauciones —contestó la doctora con una sonrisa—. Ningún método anticonceptivo es seguro al cien por cien.

—Eso es evidente —dijo Jayla riéndose.

—¿Entonces estás feliz con la noticia?

Jayla dio un salto llena de euforia.

—Sí, muy feliz. ¡Extática de felicidad! —dijo riéndose.

Sólo quedaba que Storm también lo estuviera cuando le dijera que ella también lo amaba y que estaba embarazada de su hijo.

CAPÍTULO 11

Todas las personalidades de Atlanta se habían dado cita en la gala benéfica para Mundo Infantil. Había políticos, grandes empresarios, celebridades, figuras del deporte.

También había un jeque entre los invitados, el guapísimo príncipe Jamal Ari Yasir, vestido con su atuendo típico de Oriente Medio lo que causó un gran revuelo entre las damas asistentes, casadas y solteras. Jayla sonrió, sabedora de que no servía de nada porque el jeque estaba felizmente casado con Delaney Westmoreland, la hermana de Storm.

Jayla miró hacia un grupo de hombres que charlaban y reían muy animados. Aunque Storm no había llegado todavía, no era difícil reconocer a los hermanos Westmoreland. Todos compartían una gran parecido físico.

La asaltó la duda de que Storm hubiera cambiado de idea y no tuviera intención de asistir. Tras abandonar la clínica el día anterior, había decidido tomarse el resto del día libre. Demasiado nerviosa para trabajar, se había ido a casa y había invitado a Lisa a comer.

En cuanto su amiga llegó y le contó las noticias se echó a llorar de alegría. Le contó también que tenía miedo de contárselo a Storm por si ya no la quería y volvía a rechazarla.

Lisa, con su optimismo habitual, le había dicho que aunque Storm pudiera estar un poco enfadado con ella no dudaba de su amor hacia ella.

Jayla había sentido el impulso de llamarlo para que fuera a verla pero luego recordó que tenía turno en el parque así que se pasó el resto del día dando vueltas por la casa preguntándose qué le diría cuando lo viera en la gala.

—Todo está precioso, ¿no crees?

Jayla se giró al reconocer la voz de Tara Westmoreland. Tara iba acompañada de otras tres mujeres que Jayla reconoció al instante. Al principio, le pareció que todas ellas era hermosas a su manera. Al igual que Tara, estaban sonrientes y en sus sonrisas se reflejaba la sincera amistad que las unía. Jayla devolvió la sonrisa cuando fueron presentadas.

Las mujeres eran Shelly Westmoreland, la mujer del sheriff Dare Westmoreland; Madison Westmoreland, casada con Stone Westmoreland y Delaney Westmoreland Yasir. Jayla tragó con dificultad. Las cuatro formaban parte del clan Westmoreland. Jayla consiguió que la voz le saliera para contestar al comentario de Tara.

—Sí, realmente precioso. Todos en la fundación debéis estar orgullosos de lo que habéis conseguido.

—Sí, pero tu empresa también ha tenido un papel importante. La comida es fabulosa. Todo el mundo está hablando del fantástico catering que hemos elegido. Es evidente que Industrias Salas se ha superado esta noche.

—Gracias.

—Y yo tengo que decir que el vestido te queda maravilloso —dijo la mujer que le habían presentado como Madison Westmoreland.

—Gracias —dijo Jayla sonriendo. Empezaba a relajarse.

Las cinco empezaron a hablar entonces de estilos de ropa y de las últimas películas que habían visto en el cine cuando un revuelo se levantó proveniente de las mujeres que tenían alrededor. Un rápido vistazo a la entrada del salón reveló el porqué. Storm y su primo Ian acababan de entrar y estaban cruzando el salón al encuentro del resto de los Westmoreland. Ambos estaban increíblemente guapos vestidos de esmoquin.

Parte de Jayla habría deseado que Storm no hubiera mirado en su dirección. Segundos después, decidió que habría sido mejor que no lo hubiera hecho al oír la conversación de dos mujeres que estaban cerca de ella.

—Creo que voy a intentar ir a por Storm esta noche —dijo una de ellas.

—Storm Westmoreland tiene fama de no estar con la misma dos veces —se rió la otra.

—Sí, pero también he oído que se puede hacer cambiar de opinión y yo lo voy a intentar esta noche.

Un ataque de celos la invadió y se giró para ver a la mujer y decirle que más le valía mantenerse lejos de Storm. Pero no pudo hacerlo. No tenía derecho.

Levantó la vista cuando sintió que alguien le apretaba el hombro cariñosamente.

—Yo en tu lugar no me preocuparía por lo que esas dos están diciendo —susurró Shelly Westmoreland con una sonrisa—. Una buena fuente me ha contado que Storm ha encontrado una mujer muy especial y sólo tiene ojos para ella.

Jayla parpadeó sorprendida al oír las palabras de Shelly y miró a las otras mujeres. Todas asintieron. Era evidente que las cuatro habían oído lo mismo. ¿Sería posible que supieran que Storm y ella habían estado saliendo juntos? ¿Y cuál era esa fuente de confianza de la que hablaba Shelly Westmoreland? ¿Les habría hablado Storm de ella?

El corazón se le paró y no estaba muy segura de qué decir a las mujeres que la miraban con sinceras sonrisas. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Puede que lo haya perdido —susurró sintiéndose de pronto llena de dudas.

Delaney se rió y le puso el brazo alrededor de los hombros aJayla.

—Lo dudo mucho. Mi hermano no te ha quitado la vista de encima desde que ha llegado.

—¿De verdad? —preguntó Jayla esperanzada. Estaba de espaldas a él y no podía verlo.

—De verdad —dijo Madison Westmoreland.

—¿Quieres tomar algo, Storm? —preguntó Jared Westmoreland a su primo mientras tomaba una copa de vino que un camarero llevaba en una bandeja.

—Storm no quiere nada de beber —dijo Ian con una mueca burlona —. Lo único que quiere es a la mujer que está allí hablando con las mujeres Westmoreland.

Stone Westmoreland levantó una ceja y echó una ojeada al salón. La mujer estaba de espaldas a ellos y no podía verle la cara.

—¿Tú también la conoces? —preguntó sorprendido.

—Sí. Storm nos presentó en Nueva Orleáns —dijo Ian riéndose.

El comentario llamó la atención del resto de los hombres. Chase miró a su hermano.

—¿Te la llevaste a Nueva Orleáns?

Antes de que Storm pudiera contestar, Ian lo hizo por él.

—Pues claro que no la llevó con él —dijo como si pensar que Storm pudiera llevarse a una mujer a un viaje de trabajo fuera ridículo—. Se encontraron en el mismo hotel. Ella es la hija de Adam Cole, el antiguo jefe de Storm.

—Sí, eso ya lo sabemos, Ian —dijo Thorn dando un sorbo de su bebida—, pero que se hubieran encontrado en Nueva Orleáns es nuevo.

—Y algo que todos vais a fingir no haber oído —amenazó Storm. Estaba realmente irritado por el comentario. Enfadado. Y muy serio—. Pensaba que os había dicho que no me gusta que habléis de mí como si no estuviera delante.

—Vale, como quieras —dijo Chase mirando a su hermano gemelo sin hacerle caso. A continuación miró a Ian—. ¿Y qué más puedes contarnos de la dama de Storm?

Las miradas de Ian y Storm se cruzaron y el primero captó el mensaje aunque no se podía decir lo mismo del resto. Ian sonrió y decidió hacerse el tonto.

—Se me ha olvidado.

Storm sonrió. Sabía que podía confiar en que Ian le guardaría el secreto, igual que éste podía contar con él. Miró entonces hacia Jayla y deseó que no hubiera tanta gente para poder verla mejor, o que se girara para que pudiera ver su lindo rostro. Quería que ella lo viera a él y entendiera que, por mucho que deseara echarlo de su vida, él había decidido quedarse.

Como si los hados le hubieran hecho caso, la gente que había a su alrededor se dispersó dejándola a la vista. Jayla se giró y sus miradas se cruzaron. El corazón le dio un vuelco al ver lo hermosa que estaba con su vestido rojo. El que él había elegido para ella en Nueva Orleáns. Deseó que aquello significara algo. Tal vez Jayla se hubiera dado cuenta, por fin, de que él era su hombre ideal.

Consciente de que sólo había una manera de saberlo, se alejó de sus hermanos. Su destino era la mujer que amaba.

Jayla se quedó sin habla cuando vio que Storm se acercaba a ella. La expresión en su rostro no le dejaba muy claro si se alegraba de verla o no, pero lo que sí parecía claro era que no la iba a evitar. Aunque tal vez estuviera sacando conclusiones apresuradas y tal vez sólo se estuviera acercando al grupo en el que ella estaba para saludar a sus cuñadas.

—Ahí viene Storm Westmoreland —oyó decir a una de las mujeres de antes—. Creo que se ha dado cuenta de mi interés y viene a hablar conmigo.

—Lo dudo —dijo Tara y Jayla no pudo evitar sonreír con la esperanza de que ésta tuviera razón. Conforme Storm se acercaba, aumentaron sus esperanzas al ver que la miraba sólo a ella. Suspiró profundamente cuando, finalmente, se detuvo frente a ella.

—Hola, Jayla.

—Hola, Storm —dijo ella sonriendo al tiempo que intentaba calmar el latido frenético de su corazón.

Sólo entonces Storm dejó de mirarla y saludó a sus cuñadas.

—Buenas noches, señoras. Como siempre, estáis todas preciosas y haciendo que los Westmoreland nos sintamos orgullosos —se detuvo y miró a Jayla a continuación—. Tú también estás preciosa, Jayla.

—Gracias —contestó ella—. ¿Podemos hablar un momento en privado, Storm? —añadió antes de perder el valor. Estaba tan guapo que casi la había dejado sin aliento.

Se le aceleró el pulso cuando Storm la miró a los ojos con tal intensidad que no pudo evitar sentir un escalofrío.

—Por supuesto —dijo y a continuación miró a las otras mujeres—. Si nos disculpáis un momento —y diciendo esto tomó la mano de Jayla y la condujo hacia la puerta del salón.

—Ha venido mucha gente —dijo Storm mientras se dirigían al elegante vestíbulo.

—Sí —dijo Jayla preguntándose adonde la llevaría Storm. Era evidente que buscaba toda la privacidad posible.

Se detuvieron al llegar a un hermoso atrio. Se encontraban rodeados de plantas y también había una especie de cascada decorativa. Jayla se sintió nerviosa de pronto, insegura, pero sabía que tenía que ser ella la que empezara a hablar. Storm se merecía saber que iban a tener un hijo pero antes tenía que decirle muchas otras cosas. Si quería volver con ella, tendría que ser porque la amara no por la obligación de ser un padre para su bebé.

—Storm —dijo finalmente tras aclararse la garganta.

—Jayla.

Esta sonrió cuando ambos hablaron al mismo tiempo. Lo miró y vio en él un rostro inexpresivo que no le daba ninguna pista de lo que estaba sintiendo.

—Las damas primero —dijo él mirándola a los ojos.

Jayla tragó el nudo que tenía en la garganta. Sabía que se jugaba mucho pero recordó lo que su padre solía decirle: «Quien no arriesga, no gana».

—Fui a la clínica esta mañana.

—Así que fuiste —dijo él tras contemplarla en silencio durante un momento.

—Sí pero decidí no seguir con el procedimiento —dijo ella tras exhalar un suspiro. El rostro de Storm seguía siendo insondable aunque a Jayla le pareció ver alivio en su mirada.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó al cabo de unos minutos.

Jayla tragó y levantó la barbilla.

—Me di cuenta de que tenías razón. Tenía una venda en los ojos y decidí quitármela para ver con más claridad.

La tensión se palpaba entre ellos. Jayla podía sentirla.

—¿Y qué ves, Jayla? —preguntó él con suavidad.

—Veo a un hombre alto y tan arrebatadoramente guapo que no puedo pensar con claridad; tiene unos ojos oscuros como el chocolate y su voz es tan sexy que siento escalofríos en la espina dorsal cuando me habla. Pero lo más importante, veo al hombre perfecto para mí y lo tengo delante. Ahora. En este momento. Sólo deseo no haberlo estropeado todo y que todavía tenga alguna posibilidad de que me quiera porque, ahora que me he quitado la venda, también he descubierto lo mucho que lo amo y cuánto desearía que formara parte de mi vida.

Jayla contuvo la respiración, expectante. La respuesta no se hizo esperar. Storm desplegó una de sus sonrisas y se inclinó hasta que estuvo a escasos milímetros de ella.

—Me alegra que hayas llegado tan pronto a esa conclusión, Jayla Cole, porque yo también te amo y no voy a dejarte escapar de ninguna de las maneras.

Antes de que Jayla pudiera decir nada, la besó. Fue un beso profundo pero tierno a la vez y Jayla no pudo evitar las lágrimas. Storm también la amaba. Juntos harían que su matrimonio funcionara porque el amor era el ingrediente principal y había en ellos.

—Sé que no puedes irte hasta que esto termine, pero no sabes cuántas ganas tengo de estar a solas contigo.

—Estamos solos, Storm —dijo ella mirando a su alrededor.

—Ya, pero esto es un lugar público, demasiado para lo que quiero hacer contigo —dijo él—. Pero antes, Jayla, tendremos que aclarar algunas cosas. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo. Pero sea como sea, llegaremos a un acuerdo.

—Puedes estar segura —dijo Storm tomándola en sus brazos de nuevo.

Pasaba de la medianoche cuando Jayla entraba en la casa de Storm. La velada había sido perfecta y se había recaudado mucho dinero para la fundación. No era difícil imaginar que los calendarios iban a venderse como churros. Sólo en la fiesta se habían vendido cien mil y ya se habían recibido pedidos por esa misma cantidad.

Pero habían ocurrido muchas más cosas. Storm había hecho varias declaraciones. Había presentado a Jayla a sus padres y al resto de su familia. Jayla había conocido también a los tres nuevos miembros de la familia, Clinton, Cole y Casey. No le había costada nada ver que la familia Westmoreland era muy especial y que todos estaban muy unidos.

—¿Quieres beber algo, Jayla?

Se giró y vio que Storm cerraba la puerta con llave.

—No, gracias —dijo ella mirando nerviosa a su alrededor. Reparó entonces en una foto que había sobre la chimenea. Era una foto de los dos con su padre en su última fiesta de cumpleaños. Su padre había insistido en que los dos posaran juntos y él, más alto, detrás. Sonreía con tanta felicidad que no pudo evitar preguntarse si conocería sus sentimientos por Storm y habría elegido esa forma de darles su aprobación. Cinco meses después, el cáncer se lo llevó.

—Siempre que miro esa foto creo que tu padre era más listo de lo que cualquiera de nosotros hubiera dicho.

Jayla asintió. Era evidente que Storm pensaba lo mismo que ella. Inspiró profundamente y su mirada se encontró con la de Storm.

—Estoy de acuerdo —dijo finalmente, y rompió contacto con su mirada para seguir estudiando el lugar decorado de una manera muy funcional—. Bonita casa.

—Gracias. Hace unos meses decidí venderla y comprar una más grande —dijo mientras la miraba de arriba abajo—. Gracias por ponerte ese vestido. Es mi favorito.

—Por eso me lo he puesto —dijo ella con una sonrisa—. Quería

darte una señal, o al menos hacerte recordar el tiempo que pasamos en Nueva Orleáns. Sabía que la otra persona que podría saberlo era Ian pero confiaba en que no se diera cuenta.

Mucho se temía Storm que el detalle no había pasado desapercibido para su primo. De hecho, todos los hombres presentes en la fiesta habían reparado en la belleza que se ocultaba bajo el vestido rojo y él se había sentido orgulloso de saber que aquella mujer era suya.

Pero ahora que estaban de pie en medio de su salón, Storm sólo deseaba quitárselo porque sabía que debajo sólo habría un diminuto tanga. Aunque antes de llevarla al dormitorio, tenían temas importantes que solucionar.

Suspiró y cruzó la distancia que los separaba. Le tomó la mano antes de hablar.

—Siéntate, por favor.

Ella asintió y se acercaron al sofá de piel.

—Lo he estado pensando mucho, Jayla, y tienes razón. No hay nada malo en que la mujer trabaje fuera de casa si quiere hacerlo. La razón por la que me oponía era porque, hace años, cuando estaba en el instituto, creí estar enamorado de una chica que me rechazó cuando le dije que no quería ir a la universidad sino a la academia de bomberos. Me dijo que un hombre sin educación superior no podría atender las necesidades de una familia. Al decirlo, algo se encendió en mi interior y traté de demostrarle que, con educación superior o sin ella, yo podría proveer lo necesario para mi familia.

Jayla asintió. Era evidente que Storm era un hombre muy orgulloso que se había visto maltratado por los comentarios insensibles de una mujer. Suspiró y se dio cuenta de que ya era hora que ella también se deshiciera de su bagaje emocional.

—La culpa de mi rechazo al matrimonio la tuvo papá y su estricta educación en mi adolescencia. Yo pensé que todos los hombres tratarían de controlarme pero ahora veo que papá no se equivocaba al criarme así. Creo que fallé tantas veces en mi búsqueda del hombre perfecto porque no era el momento adecuado. El momento llegó cuando nos encontramos en Nueva Orleáns.

Storm se inclinó hacia ella y la besó con toda la pasión y la intensidad que ya conocía en él y Jayla no pudo evitar lanzar un gemido, ni ignorar el calor que amenazaba con consumir todo su cuerpo. Ella le devolvió el beso poniendo en él todo su amor igual que

él.

Al cabo, Storm se separó y la tomó en brazos.

—¿Te casarás conmigo, Jayla Cole? ¿Me amarás para lo bueno y para lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe?

—¡Sí! ¡Sí! Te quiero —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—Yo también te quiero —dijo él sosteniéndole la mirada con una sonrisa—. Dime otra vez lo que ves.

—Veo al hombre perfecto para mí y... —susurró a su oído—, veo al padre de mi hijo.

Jayla contemplo a Storm el momento que tardó en comprender. Éste la miraba inseguro de haber escuchado con certeza.

—¿Has dicho lo que creo que has dicho? —preguntó sin aliento.

Jayla sonrió. Si tenía alguna duda de que Storm estuviera tan entusiasmado con la idea de tener, un hijo, se evaporó en ese mismo momento. Sus ojos relucían de felicidad.

—Sí. Después de hacerme el reconocimiento médico, le dije a la doctora que había cambiado de idea sobre la inseminación y ella me dijo que se alegraba porque ya estaba embarazada —dijo riéndose—. Según mis cálculos, me quedé en Nueva Orleáns pero sigo sin comprender cómo ocurrió si utilizamos siempre protección.

—Sí pero un condón no aguanta tanto, cariño. Cuando un hombre llega a tener orgasmos múltiples... —se interrumpió cuando Jayla le puso un dedo en los labios.

—Vale, me hago una idea —dijo ella con una sonrisa.

—Me alegro y supongo que sabes lo que significa que estés embarazada —dijo él llevándola a la habitación.

—¿Qué?

—Tendremos que casarnos inmediatamente.

—¿Cuándo? — se rió ella.

—Mañana me parece tarde.

—¿Qué te parece dentro de un mes?

—Es negociable —dijo Storm mientras la colocaba sobre la cama.

Storm retrocedió un momento y Jayla aprovechó para mirarlo de arriba abajo. Cuando reparó en lo excitado que estaba, inspiró profundamente.

—Tengo la sensación de que mañana no podré ni moverme.

—Me parece que tienes toda la razón. Y yo tengo la sensación de

que si no estuvieras embarazada ya, te quedarías esta noche.

—¿Estás seguro de que quieres ser padre, Storm? —dijo ella con una sonrisa—. Ya es un gran paso para un soltero empedernido casarse, cuanto más ser padre poco después.

—Pero vosotros no sois una esposa y un hijo normales —dijo él con una gran sonrisa—. Seréis extraordinarios porque seréis míos y prometo cuidar a la hija y al nieto de Adam como creo que él sabía que lo haría.

Se inclinó sobre ella y lentamente le quitó los zapatos, el vestido y las medias. Finalmente, le quitó el tanga.

—Me encanta ese vestido pero definitivamente, me gustas más desnuda —dijo tumbándose junto a ella.

EPÍLOGO

Un mes después

—Puedes besar a la novia.

Bajo la mirada de la familia Westmoreland al completo en el patio de la casa de sus padres, Storm sonrió a Jayla y la besó de una manera que todos consideraron más adecuada para estar a solas después. Aun así, era el beso que Storm quería dar a su esposa.

—Por fin ha encontrado a la mujer perfecta—dijo Dare a su hermano Thorn.

—Ya era hora —replicó éste sonriendo. Finalmente, Storm separó sus labios de los de Jayla y sonrió. Se inclinó entonces y le susurró algo al oído que la hizo enrojecer violentamente.

—Me pregunto qué le habrá dicho para hacerla enrojecer de esa forma teniendo en cuenta que es ya una mujer embarazada —susurró Stone a Chase.

—Ya conoces a Storm. Nada en él me sorprende —dijo Chase encogiéndose de hombros.

—Todavía no me lo puedo creer —dijo Jared Westmoreland sacudiendo la cabeza—. Siempre pensé que Storm sería el último en casarse y ahora, en menos de nueve meses, será papá.

Jared se rió y miró a Dare, Thorn, Chase y Stone.

—¿Qué pasa con todos vosotros? Todos estáis pasando por el altar —añadió.

—No todos —dijo Chase frunciendo el ceño.

—Se acerca tu turno, Chase —dijo Stone sonriendo y después miró a todos sus primos—. Y el vuestro también.

—No trates de lanzarme una maldición igual que la mujer esa hizo con Storm —dijo Durango. Dare sacudió la cabeza riéndose.

—No le lanzó una maldición, sólo le leyó la mano. Además, si tiene que ocurrir, ocurrirá. La duda es quién será el siguiente.

Miró con detenimiento a su hermano soltero y a sus ocho primos. Sonrió imaginando quién sería el próximo. Estaba impaciente.

—Lo único que os digo es que cuando ocurra, no luchéis contra el sentimiento. Después os daréis cuenta de que es lo mejor que os ha ocurrido.

—No es por faltarte el respeto, sheriff, pero vete al infierno —dijo Quade Westmoreland y volviéndose se alejó al igual que el resto de los hombres.

Dare se rió y no pudo dejar de hacerlo mientras pensaba que pronto asistirían a la boda de otro Westmoreland. Apostaría por ello… si fuera un hombre de hacer apuestas